Seix Barral

Jorge Begega

La piedad



Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Cita

UNO

DOS

TRES

CUATRO

CINCO

SEIS

SIETE

OCHO

NUEVE

DIEZ

ONCE

DOCE

TRECE

CATORCE

QUINCE

DIECISÉIS

DIECISIETE

Agradecimiento

Créditos

LA PIEDAD

Jorge Begega

Seix Barral

A Inés, por la fe

A mi madre y a mi padre, por todo lo demás

una montaña
que crece y crece
se hace forastera
hermana y enemiga
infinita

MARÍA SÁNCHEZ,
«Biografía»,
Cuaderno de campo

UNO

Los martes, el panadero siempre daba dos pitidos largos; José, el pescatero, daba varios cortos los jueves, y Zafiro, el de la carne, daba solo uno los viernes y esperaba a las paisanas mientras se echaba un cigarro. Era miércoles y yo llevaba desde las siete y pico de la mañana esperando al cartero. Y ni pitidos ni hostias. Solo el ruido de la lluvia contra la uralita. Mira que le dije a la chavala de admisión de la universidad que no quería que me llegase la carta a casa, que con el mail y la cuenta de alumno valía. Pero me dijo que ya la habían mandado y que esas cosas a los padres les hacía mucha ilusión. Pues al mío no, ni siquiera le dije que había echado los papeles y lo único que quería era tener la fiesta en paz antes de marchar a Madrid. Ni mi padre ni mi tío podían ver la carta. Nunca tuvimos un buzón en condiciones sino una caja de madera con un agujero en una de las columnas de piedra de la entrada, aunque a veces echaban directamente la carta por la cancilla. El cartero nuestro de antes, Toribín, siempre las abría, con cuidado, pero las abría, y luego andaba contándole chismes a todo el mundo. Nos lo hacía a nosotros y a todos los pueblos del ayuntamiento, vaya. El caso es que cuando teníamos suerte las cartas estaban en el buzón; cuando no, teníamos que coger los papeles mojados que se deshacían por la lluvia o por la nieve y teníamos que adivinar la hostia que nos iba a dar Iberdrola. Toda la morralla del correo rescatada del suelo o del buzón iba a parar a un aparador de la cocina que nunca usamos, las tazas boca abajo con su rodal de

polvo hacían de pinza con las cartas y ahí las íbamos acumulando por si acaso. En esta casa todo era por si acaso.

Cuando bajé, mi tío ni me miró. Intentaba rescatar bichos con sus dedos gordos y sus uñas astilladas del balde de la leche.

—¿Lavaste las manos?

Yo ya sabía que no, pero siempre le preguntaba por si acaso. Y siempre hacía lo mismo, levantaba la mirada del balde, me miraba y se descojonaba. Luego me decía que sí y me enseñaba las manos enredadas en un hilo de nata. Pero ese día se puso dos gotinas de Fairy en las palmas de aquellas manos que parecían hogazas y se enjuagó en la pica. Cuando lavaba las manos cerraba los ojos, apretaba la mandíbula y se estrujaba los dedos, como si pensase a toda hostia durante unos segundos. De guaje yo no lo entendía, ahora tampoco, pero por lo menos ya no me pone tan nervioso. Me senté y me puse el café. Le dije que se duchase: que no, me dijo el cabrón, que ya se duchaba el domingo. Calentamos dos trozos de pan en la económica, una cocina de carbón de toda la vida, que llamábamos así porque antes a los mineros les daban carbón con la paga y salía barato calentar la casa. A mi tío Amador le encantaba manejar la cocina. Solo la podía tocar él. El fuego y el vino malo cosechero le tranquilizaban. Cuando el pan ya estaba tostado le eché dos chorrines de aceite, saqué dos naranjas y desayunamos en silencio. Oí una ráfaga de muchos pitidos largos y salí corriendo sabiendo que no era el cartero porque así solo pitaba Tari, el gasolinero, que seguro que tenía el camión cruzado en la carretera y estaba cagándose en nuestros muertos. Venía a rellenar el depósito de gasoil; le dije a mi tío que le diese bola mientras yo buscaba billetes de cincuenta por los pantalones que mi padre tenía tirados por el salón. Tari no llenó el depósito hasta arriba porque a mi padre le daba miedo tenerlo completo y yo solo le pude pagar la mitad.

—Mi padre te lleva el resto a la gasolinera.

—A ver si es verdad, que encima que me debéis la tela tengo que venir hasta aquí gastando gasolina.

Tari se giró hacia mi tío y le dio un calendario de bolsillo de una tía en bikini. Amador le sonrió y le guiñó los dos ojos a la vez.

—Amadorín, ¿qué? ¿Cómo va la vida?

—Tirando. Tirando.

—Oye, Tari, ¿viste al cartero?

—Hace un mes por lo menos que no me lo cruzo, no sé quién me dijo que andaba con la hija en Oviedo.

—¿Y no trajeron otro?

—Y yo qué sé, chico. —Miró a mi tío—. El sobrino tuyo me ve cara de ayuntamiento.

Tari se subió al camión y nosotros nos quedamos viéndole maniobrar y jurar hasta que desapareció carretera abajo. Volvimos al desayuno. Mi tío terminó de comerse la naranja y luego lamió la hoja de la navaja. Siempre hizo lo mismo y nunca se pegó un tajo.

—¿Tú cogiste una carta?

Mi tío quedó unos segundos en silencio y negó con la cabeza. Se sonrió a sí mismo, orgulloso, y siguió destrozando lo poco que quedaba de naranja y haciendo ruidos gochos.

—No. Pero cuando fregues, llama a los del plus. Hay un canal que no se ve.

A veces, de algún lugar de su cabeza nace un deseo de autoridad, como de jerarquía conmigo, que es normal porque es mayor que yo y es mi tío. Ahí se siente como dios, como un tío de verdad, responsable, y le encantaba decir lo de luego llama a los del plus, que era una frase que me repetía mucho mi padre, porque él sus

batallas con los del plus las daba siempre por perdidas de antemano. Como todo en su vida.

Amador se restregó las manos y la boca en el hule dejando las babas en el plástico. Se sentó a mi lado sin mirarme y puso la repetición de *Supervivientes* mientras me contaba no sé qué de la novia de un torero y no sé qué historias de una palapa, a saber qué coño era eso de la palapa.

—¿Ya están todas? —Se puso a contar con los dedos y a mirar su cuaderno.

—Faltan cuatro: Garbosa está con el antibiótico, a Macarena le destetamos ayer el jatín, y Paloma y Bonita andan revoltosas hoy.

Le costó un mundo. Y luego sin leer el cuaderno me dijo que esta noche lo intentaría otra vez con Paloma y Bonita, que sin sol se ponían más suavinas. Debemos ser los únicos de la zona que siguen poniéndole nombre a las vacas. Antes todas las vacas, en todas las casas, tenían nombre. Ahora ya solo son números, y encima se los grapan en la oreja. Pobrinas. Me hice un piti y salí a la huerta con la mirada fija en la carretera por si aparecía el camioneto amarillo de correos. Debió de caer una helada cojonuda porque aún había rocío. La cerca estaba astillada y todo embarrado. Qué andarían buscando los putos jabalíes. Avancé un poco más y vi como un reflejo de arco iris en la helada. Era gasoil. Fue Amador, le encantaba echar el gasoil del tractor por el suelo de la huerta y esperar a la noche a que viniesen los jabalíes para verlos retozar. Pero era una putada porque ya metían el hocico en la berza y en la patata y lo dejaban todo hecho un cristo. Apañé como pude para que mi padre no se diese cuenta. No podíamos tirar el gasoil, en realidad no podíamos tirar nada. Nosotros no. Las pasábamos más putas que Caín para llegar a fin de mes. Eso sí, de puertas para adentro, de puertas para fuera

mi padre se esforzaba en aparentar que nos iba de lujo, pero, claro, la gente no es imbécil y habla. Amador se bajó a fumar un luki straiki y nos acordamos de cuando, hace más años que la hostia, jodió varias garrafas por el suelo y vinieron tantos jabalíes que se tuvo que subir al tractor. Nos reímos. Pero luego me acordé de que mi padre, mientras tanto, andaba a vinos y tuve que espantar yo a los jabalíes, arreglar la huerta, meter en la ducha a mi tío, hacerle la cena e ir por un camino de monte a buscar a mi padre a Oterienza para que viniese a casa de una puta vez, porque siempre dejaba el teléfono en casa. De aquella yo debía tener como mucho once o doce años y me encargué del desastre y de mi tío, que de aquella tendría casi cuarenta y andaba loco, como cuando disparan a un corzo en el espinazo pero no lo matan.

Nuestra casa es antigua. De piedra buena. Entras por una cochera llena de bicis colgadas, leña, polvo y carbón, a la izquierda está la cocina con escaño, el salón y luego unas escaleras que crujen como si las estuviesen apaleando. El techo de arriba me quedó pequeño a los quince años y ahí es donde están las habitaciones. Me entraron ganas de meterme en cama a leer después de desayunar, pero desde mi cuarto no iba a ver si llegaba el puto cartero. En el piso de arriba estaban también los baños. Uno que usamos Amador y yo, y el de mi padre, que yo siempre le decía que lo normal sería que Amador tuviese su propio baño, pero mi padre se niega. Total, como mucho se ducha dos o tres veces por semana. Pues por eso. Meé sin fijarme mucho en que el váter estaba atascado y al tirar de la cadena rebosó, me cagué en mi puta madre, bajé jurando y me puse los guantes de fregar. Volví a subir y metí la mano en la taza hasta que saqué un condón. Desde que mi padre le dijo que tenía

que usar siempre condón, mi tío los usaba para las pajas y luego los tiraba al váter.

—¡Amador!

Siempre se escondía para que nadie le pegase una voz. Su habitación estaba igual que cuando dormía ahí mi abuela, solo faltaba la virgen de mimbre que echamos a la cocina en cuanto se murió. A mí esa habitación no me gustaba nada, lo primero porque mi abuela era sonámbula y lo segundo porque las ventanas daban a la carretera y no a la huerta y a mí eso ya me daba por culo. Aunque cuando bajaba crecido se escuchaba muy bien el río y yo creo que por eso Amador se la pidió cuando le dejaron elegir habitación antes que a mí. El río, el vino malo cosechero y el fuego eran las cosas que le tranquilizaban.

En el tercer cajón de la cómoda entre los papeles del seguro estaba la caja del tesoro de Amador: el recuerdo de mi comunión, una pomada para empalmarse, una caja de condones y una foto de Piedad. Volví a bajar las escaleras pisando fuerte para que me oyese. En cuanto me vio se hizo el timidín y yo le ignoré. No hablarle era lo mejor que podías hacer si querías que notase que estabas enfadado; fui a la cocina, recalenté el café, crucé la cochera y abrí la puerta de chapa que conectaba con la cuadra. Ahora es ilegal tener la cuadra en casa, pero como en nuestro pueblo no hay bar, los de la diputación nunca paran. En la hoja de producción lo había anotado todo mal, comprobé los baldes y los litros, las vacas a las que no se había ordeñado y si la hora era la correcta. Todo porque luego las lecheras lo necesitaban para el control de las vacas estabuladas y no sé qué mierdas más, pero cada año nos dejan más en la miseria con lo que nos dan por cada litro. La hoja de producción siempre la

teníamos colgada al entrar en la cuadra y mi tío le había sacado otro cordel con un boli para que yo repasase lo que él escribía y no se notasen sus faltas de ortografía. Yo le decía que eran solo las faltas de ortografía para ponerle contento, pero en realidad no sabía hacer la o con un canuto y había veces que tenía que empezar yo desde cero. Y eso era lo peor, porque el que tenía que madrugar para ordeñar era él y no yo. Me acerqué a Garbosa y la vi con ganas de cocear, le pasé la mano por el lomo para que se tranquilizase, pero me lanzó un bramido como un sopapo. Amador se acercó al morro con una piedrina de sal y él sí fue capaz de tranquilizarla. Siempre decía que eran sus vacas, y nunca le faltó razón, porque las casi cuarenta vacas que teníamos estaban a su nombre. Mi padre con la pensión de la mina no puede tener otro desempeño, así que las puso a nombre de Amador y así él podía cotizar por la agraria cuando mi padre ya no estuviese. A todos los efectos eran sus vacas. En realidad vivíamos de la pensión de mi padre porque las vacas son una ruina. Ya lo fueron cuando las compró. Cada año venía una lechera diferente y cada año eran más miserables. Mi padre dice también que las vacas de ahora son unas señoritas y que antes daban la misma leche y encima valían para trabajar. Entre veterinarios, mantenimiento, certificaciones y contando con que cada vaca paría como mucho un ternero al año, nunca salían bien las cuentas, y eso que antes nos dejábamos alguno en casa para criar, pero ya no se puede. Tenemos que venderlos todos. Me puse las botas y la ropa vieja que siempre olía a humo mientras Amador cogía una ijada para mí y otra para él. Siempre sacábamos a las vacas que estaban más flojas o enfermas a algún prao aparte. Empezaron a moverse.

—Garbosa, tou, tou...

—Paloma, juo, juo... Vuelta, vuelta.

—Venga, Garboooooosa.

Cuando salimos a la carretera me quedé plantado en medio a ver si distinguía el sonido del camioneto amarillo del cartero, pero nada de nada. Amador me pegó un grito, no le gustaba esperar si no sabía lo que estaba esperando y por la cuenta que me traía no quería darle más explicaciones. Mi tío se acercó con Paloma, Bonita y Macarena. Paloma y Bonita eran asturianas de los valles, Macarena era parda de montaña y Garbosa era una parda alpina, aunque aquí en el país se las llamaba ratinas, son más piquiñinas pero la hostia de duras y sirven para carne y para leche. Garbosa era de las preferidas de casa, aunque era un poco cabezona y a veces le poníamos un madero por delante para que no emburriase a otra vaca o a una persona. Así nos ahorrábamos el disgusto, la discusión y la hostia que me llevaría yo. Con mi padre nadie se atreve y a mi tío nadie le pega, porque tumba a lo que se ponga por delante y por la discapacidad. A mi padre nunca le gustó explicarlo. Jamás corrigió a nadie que llamase retrasado o subnormal a mi tío. Echaba un trago lento, sonreía y se acababa el tema. Era su forma de decir que ya sabíamos que Amador era tonto, que no hacía falta que nadie nos lo recordase.

Amador es bajito, gordo y tiene el pelo como Gollum. Los pocos dientes que aún le quedan están destrozados y siempre va con un chándal del Madrid, de los de Teka. Nunca se lo quita y entre eso y lo poco que se lava anda oliendo siempre a cuadra. Mi tío Amador es igual que el tío Paquete de Goya. Una vez le enseñé la foto del cuadro que salía en un libro del instituto y me preguntó que quién le había pintado. Es muy difícil vivir con Amador. Muy muy difícil. Hay que andar mucho detrás de él, hay muchas cosas que no hace y

cuando se pone violento solo lo controla un poco mi padre. Ya no dejamos que vaya solo a los bares porque se pone a beber y a llorar. Él llora porque se da cuenta de que es una carga. Yo a veces le odiaba, le daba la razón a mi padre cuando decía que todo lo que tocaba lo mandaba a tomar por culo. La gente en el pueblo dice que mi madre se marchó por culpa de Amador, que mi padre tuvo que elegir entre él y ella y se quedó con su hermano. Se casó y vive en un adosado en El Carballal. Una casa con unas calidades de mierda, que dice mi padre. Yo la veo mucho. Me la cruzo con el coche en la carretera del pantano, o tomando el vino por Omaña y a veces en el Lupa de La Robla. La veo mucho pero no me acuerdo de ella, solo me acuerdo de que no le gustaba lavarse los dientes después de desayunar porque le encantaba aguantar el saborcín del café con leche y que una vez me enfadé mucho porque me dijo que tenía una cita, y yo pensé que era una cita con un hombre y era una cita con el médico.

Subimos calle arriba, hacía frío y todavía había alguna casa abierta aunque se estuviese acabando el verano. El ruido de las motosierras haciendo leña para el invierno era casi un olor. Garbosa se fue a comer un brote que salía cerca de la gochera de los arroceros. Amador fue corriendo a moverla. Y lo hizo para que no fuese yo, porque yo le iba a arrear con la punta que clava de la ijada y él no. Prefería destrozarse la mano antes que hacerle daño a una vaca de casa. Los arroceros eran una familia del pueblo que descendían de Burgos, y los seguíamos llamando así porque cuando mataban, la morcilla la seguían haciendo con arroz aunque llevasen aquí tres generaciones, y eso a nosotros pues qué nos iba a parecer, una mierda. Cruzamos la era y nos metimos por el camino antiguo del pastor. Había mucha piedra y teníamos que ir atizando a las vacas porque iban con miedo de lo que pisaban, pasamos la cantera y

cogimos el cortafuegos con dirección al puerto. Amador había preparado un tupper con un poco pan y unos boquerones en vinagre que sobraron de la cena, pero antes de comer le mandé a la peña a ver si veía a Primitivo por si había que tener cuidado con los mastines. Amador ya se iba quejando del hambre y no le respondí. Vino el viento y no decíamos palabra, solo escuchábamos los cencerros. Llegamos al Servolín, que era un prao que tenía mi padre en el monte y que estaba siempre sombrío y había una hierba que no la comían los angelitos del cielo, que decía mi tía Aurora. A lo lejos vi a los Cucos. Andarían cerca de los noventa años, él era asturiano de un pueblín del Puerto Ventana y ella era de Cármenes. Llevaban la vecera del pueblo. Como mi padre no quería participar porque él ya tenía su ganao, les dejaba las fincas del puerto en verano para trincar algo de lo que sacase el pueblo por las ovejas y también a veces traían las ovejas a casa para pacer en la huerta y dejarla como el césped de los veraneantes. Pero era sobre todo cuando andábamos cortos de pasta y no queríamos comprar gasolina para el cortacésped. No quería mi padre, toda la puta vida trabajando y no podíamos ni comprar un cortacésped nuevo. Aunque pareciesen mendigos y fuesen unos miserias, a mí los Cucos me caían bien y siempre me trataron con mucho cariño. Tuvieron vacas toda la vida, pero las vendieron y ahora llevaban las ovejas del pueblo porque eran unos cutres y querían morir ricos. No tenían hijos ni familia, la casa la tenían para caerse y vestían casi con harapos, pero luego en la cuenta de la caja tenían dinero para enterrar a todo el pueblo. Una vez me contó mi padre que la Cuca unas Navidades fue a comprar una botella de champán maluco a Virgilio y la botella le debió costar un euro con algo y el Cuco el mismo día de Nochebuena le hizo ir a devolverla antes de la cena. No le quitaron ni el alambre del corcho. Mientras el Cuco se liaba un

cigarro sin filtro, la Cuca se me acercó para hacer el interrogatorio. Que si sabía algo de la mi madre, que si tenía moza, que qué tal andaba mi padre, que el otro día pasó con el coche y ni pitó ni nada. Amador empezó a almorzar y vi cómo el Cuco le pasaba la bota de vino. No dije nada. La Cuca siempre me miró con pena. Ellos eran unos infelices, pero a mí me miraban con pena y lástima. Como todo el mundo.

—Neno mío, vaya cruz te tocó.

—Calla, si va a la universidad.

—¿A la universidad? ¿Y vas a dejar estos dos solos? Si en esa casa el único con conocimiento eres tú.

Me tocaba, era mi obligación, mi deber, mi responsabilidad cuidar de mi padre y de mi tío. La gente me tocaba los cojones todo el rato con que tenía que cuidar a mi tío, que cuando mi padre estuviese mayor, que no los podía dejar solos, que con lo que trabajó mi padre para sacarme adelante. A veces me sentía como una vaca, estaba ahí solo porque valía para algo. Me estaban criando, pero en vez de venderme a seis euros el kilo a un carnicero de León, me querían para que me hiciese cargo de ellos. No sé de dónde coño sacarían lo de la universidad. Lo anduvo largando mi tío, seguro. Al rato dimos vuelta y como los Cucos estaban sordos escuché perfectamente todo lo que decían.

—Este guaje ye más viejo que los caminos.

—¿Y qué quieres? Si toda la vida estuvo con viejos.

Una profesora mía del instituto, Ana, que murió de cáncer el año pasado, me leyó una vez algo de García Márquez que decía que en los pueblos donde no había niños las lagartijas tenían rabo. Y en mi pueblo todas las lagartijas lo tenían.

Cada vez que salía el tema de la universidad mi tío torcía el morro. Mi padre la última vez que lo hablamos me llamó subnormal, desagradecido, matao y egoísta. El egoísta lo dijo con un desprecio que yo solo le vi cuando hablaba de mi madre. Quise decirle muchas cosas, pero no le dije ninguna. Me callé y eché la solicitud, mi padre creyó que había ganado, pero no. Por primera vez, no. Por eso no podía ver la puta carta. Desde que los Cucos mentaron lo de la universidad, Amador no abría la boca. Se dedicó a tocarme los cojones toda la bajada a casa. En el monte lanzando piedras que siempre me rozaban pero nunca me daban y en el pueblo arrancando flores de los tiestos y parándose a hablar con todo el mundo. Bueno, todo el mundo son Belarmina, que nació viuda, y Primitivo, que venía de echarle a las gallinas. Ninguno vio al cartero. Mi tío siguió buscándome pero no se lo expliqué. Estaba harto de decirle que quería estudiar Historia en Madrid, estaba harto de que me gritase que le habían dicho en el bar que eso también lo podía estudiar en León. Estaba harto de responderle que podían solicitar una ayuda de la Junta para que viniese alguien a trabajar en casa y echarles una mano pero que a mi padre le daba vergüenza porque si te daban la ayuda el pueblo iba a pensar que nos moríamos de hambre. Estaba harto de que me respondiese que para qué quería estudiar, con lo bien que estábamos en el pueblo. Estaba harto de que me llamase desagradecido porque se lo había oído a su hermano. Estaba harto de sentir que le tenía que dar las gracias a mi padre por haberme criado y alimentado, porque no me hubiese faltado de nada. Pero sí me faltaron cosas, papá. Muchas cosas. Pero me cago en la puta, de lo que estaba más harto era de aguantarme las ganas de decirle a mi tío Amador que lo único que quería era irme a tomar por culo, desaparecer y volver al pueblo solo por Santa Bárbara y a lo mejor por el Corpus.

Empezó a orballar justo cuando encerramos a las vacas, colgué la ropa en la cuadra y me quité las botas, dejé a Amador dándole una cepillada a las madreñas y fui de nuevo a la entrada. En el buzón, ni carta ni hostias. El Suzuki estaba en la puerta. Había llegado mi padre y a lo mejor la tenía él.

DOS

Debí quedarme mucho tiempo delante de la puerta de chapa porque Amador me alcanzó. Estaba acojonado, me sudaba la espalda y me dieron ganas de fumar quince cigarros. Ojalá no hubiese llegado la carta. Amador abrió la puerta y gritó: ¿qué pasa aquí? Siempre lo decía cuando llegaba a casa y sabía que había alguien. ¿Qué pasa aquí? Mi padre no respondió, malo. Encontró la carta. Pensé en subir directamente a la habitación o en hacer como que llamaba por teléfono en la huerta, pero esa ya la usé mucho para fumar porros y se la sabía. Lo mejor era enfrentarme a él ahora y quitármelo de encima, vivir en un infierno hasta que marchase a Madrid y punto. Así las cosas se calmarían y si no se calmaban, pues yo ya no iba a andar por aquí. Me asomé a la cocina. Mi padre leía el *Diario de León* con las gafas caídas y respiraba fuerte para que notásemos el cabreo. Todavía no había cambiado el mantel sucio, el que estaba lleno de rodales de vino. Levantó la vista, vio que Amador también estaba en la cocina y cerró el periódico. Apoyó sus manos gigantes contra la mesa, echó el culo hacia atrás, arrastró la silla y se levantó. Fue directo al aparador y le lanzó a mi tío un papel reventado que yo ya sabía que era la carta de admisión. Nunca se lo había tomado en serio hasta ahora, y mira que se lo dije veces. Aún me estallaba en la cabeza lo que me dijo la última vez que saqué el tema de la universidad: subnormal, desagradecido, matao y egoísta. Me preguntó que cómo podía hacerle eso a él, que cómo podía hacerle eso a mi tío. Quise contestarle muchas cosas pero no le dije

ninguna. No le dije que estaba harto y que quería irme del puto pueblo. No le dije que estaba harto de él y de la vida que llevábamos. No le dije que estaba harto de las vacas. No le dije que estaba más solo que la una. Se tuvo que hacer a la idea antes, pero en el fondo siempre pensó que no iba a tener cojones de marchar. Traté de concentrarme, no tenía que dejarle ganar terreno, mantenerme firme a pesar de los gritos, respirar y no recurrir a las faltadas ni a los golpes bajos como hacía él. Sereno, Ramiro, sereno. Si me sacaba el tema del dinero ya sabía lo que iba a decirle: que un colega, el nieto mediano del barbero, que viene aquí los fines de semana, me contó que en el telepi de debajo de su casa en Madrid siempre andaban buscando repartidores y si hacía muchas horas me podía pagar un cuarto de trescientos pavos en las afueras. Estaba buscando más curros por si acaso pero esto parecía bastante seguro y la matrícula ya la pagué trabajando en la Pisciburguer el verano pasado. Además, estaba pendiente de la beca. Solo quería pirar, estudiar una carrera, hacer amigos de fuera, echarme novia, follar un poco, ir a presentaciones de libros, a exposiciones, al cine y poder moverme por la ciudad sin tener que depender del coche de ningún paisano.

Mi tío preguntó qué era ese papel. Llevaba un rato intentando leerlo. Mi padre le arrancó la carta de las manos y la miró como si fuese la prueba de que lo acababa de matar.

—¿Ves cómo no es mentira que se iba? ¡¿Ves?! ¿Ves cómo no se lo iba a pensar? Este cree que somos gilipollas. ¡Pues no me sale de los cojones!

La casa, el pueblo, el ayuntamiento, la mancomunidad, el valle y la provincia se quedaron en silencio. Amador se puso a llorar. La

cosa era grave, pero yo solo podía pensar en lo ridículos que eran los lloriqueos de mi tío. Mi padre solo me miraba a mí, estaba a punto de darme una hostia y yo estaba deseando que me la diese. Así nadie me echaría la culpa por irme. O sí, porque siempre me echaban la culpa de todo.

—Pues a mí sí me sale de los cojones —le provoqué y no tuve que hacerlo.

Amador empezó a retorcerse las muñecas de los nervios. Mi padre encendió un cigarro dentro de casa. Me miró de arriba abajo con desprecio, casi con asco, como preguntándose si había hecho las cosas tan mal para haber tenido un hijo tan desagradecido. Se fumó el cigarro en tres caladas.

—El día que salgas por esa puerta, no vuelves a entrar —dijo mientras miraba a mi tío y echaba el humo por la nariz.

—Si es lo que quieres.

—No es lo que yo quiero y lo sabes de sobra.

—Muy bien.

Decidí cortar la conversación ahí. No quería que me volviese a decir que si estudiaba en León podría seguir en casa, que podía usar el Suzuki y mil historias más que no iba a creerme porque ya me las creí bastante. Que si estuviésemos en otra circunstancia a él le encantaría que yo estudiase, pero que no era posible, que de toda la puta vida los hijos ayudaron a los padres y más en una situación como la nuestra. Entonces yo le preguntaría que qué situación era la nuestra y él me diría la de atender a mi tío. Era un sinvergüenza hasta para eso, la situación es que no teníamos un puto duro porque era un irresponsable y siempre le dio miedo quedarse solo con Amador, si cuando mi madre marchó yo me hubiese ido con ella, no sé qué hubiese hecho el cabrón de él, ¿qué padre no quiere que su chaval estudie?

—¿Y tú? ¿No dices nada? —Mi padre miró a Amador, pero estaba bloqueado. No dejaba de retorcerse las muñecas—. ¡Me cago en dios, deja las manos!

Se hizo el silencio y yo solo quería irme. Amador no sabía qué hacer con las manos. Empezó a arrancarse los pelos de los brazos. Odiaba los conflictos y las discusiones, le alteraban de la virgen y si tenía que ponerse de parte de alguien, siempre con mi padre. Le tenía pánico cuando se enfadaba.

—¿Con qué dinero?

—Con mis ahorros y con lo que gane trabajando.

—¿Dónde?

—Ya te lo dije, en el Telepizza o donde sea.

—Tócate los huevos.

Vaya golpe dio en la mesa. Amador se asustó y yo también. Se levantó a por la pota de café y se sirvió un vaso.

—Pues ya te dije todo lo que te tenía que decir. Si tantas ganas tienes de marchar, marcha.

Un chorrito de orujo al café.

—Pues eso es lo que voy a hacer. Cuando empiece la universidad. —Mi padre se rio.

—¿Y qué vas a estudiar? —Lo dijo como si fuese un capricho. Otro chorrín de orujo al café.

—Historia.

Mi padre encendió otro cigarro. Echó el humo por la nariz y siguió sonriendo.

—¿Y eso para qué coño vale?

—Para no ser un paleto.

Mierda. Crucé por donde no tenía que haber cruzado. Amador intentó agarrarle, pero no llegó a tiempo. Fueron muy pocos segundos y cuando quise darme cuenta ya me pitaba el oído, al

menos me dio tiempo a notar que en el último momento se arrepentía y aflojaba la mano. O eso quise pensar. Me levanté y apreté los puños. Me temblaba el muslo derecho de los nervios. Me encaré a mi padre y durante un instante pensé en darle un bofetón y luego salir corriendo. Tenía muchas ganas de darle de hostias. Debí dar un par de pasos y él no se movió, en su cara no había nervio, solo tristeza. Apreté mucho los puños y moví la saliva de un lado a otro de la boca a toda velocidad. El muslo derecho no dejó de temblar. La espalda me sudaba. Quise darle un hostión y gritarle que yo también sabía dar, y que por mucho que me diese ya daba igual porque era mayor de edad y podía hacer lo que me daba la gana. Al final, como un puto cobarde, ni me moví, así me quedaba con la razón. Mi padre quiso decirme algo, pero no dijo nada; salió de la cocina y escuché que se intentaba encender otro cigarro con un mechero que no iba. Pegó una calada y un portazo. Amador se acercó a ver qué tal estaba, pero no dijo nada hasta que desapareció el ruido del motor del Suzuki. Me pitó el oído durante un rato. Le dije a mi tío que era un cobardón. Hizo como que leía el periódico, pero no me quitaba ojo, seguía muy nervioso. Cogí un poco de hielo del arcón y me lo puse en la oreja. Exageré, pero solo quería hacerle sentir mal. Levantó la vista preocupado.

—¿Mancaste? ¿Vamos a la farmacia?

Le dije que se fuese a tomar por culo en bajito, pero no tanto, quería que me oyese.

La cocina estaba hecha una mierda. Mi padre no recogía, le daba un agua a las cosas en la pica y fuera, nunca supo qué ni cómo limpiar. En el azulejo de la cocina había salpicaduras de café, alrededor del fuego siempre había restos de las naranjas y migas en las esquinas. Él creía que limpiaba, y se esforzaba, pero no sabía,

por eso yo siempre era el que más tardaba en recoger. Porque recogía la mierda de los tres para que la casa estuviese siempre un poco aparente. Cuando terminé de fregar la loza, Amador estaba un poco más tranquilo. No quiso echar siesta en su cuarto y se sentó conmigo. Nos pusimos la peli de los simios, pero quedó dormido a los cincos minutos. Llevaba una camisa raída y amarillenta que fue de mi padre y si estaba en casa se abrochaba solo a partir del tercer o cuarto botón. Los caracolillos de pelo cano se asomaban desde el cuello y subían con cada ronquido. Posé la cabeza en su pecho justo en el momento en el que César, el mono protagonista, mordía a un vecino cuando creía que el vecino atacaba a su dueño, un viejo con alzhéimer. Antes de quedarme dormido pensé que yo era el mono y Amador, el viejo con alzhéimer. O al revés. Pero en realidad yo no tenía alzhéimer y si comparar a mi tío con un mono no tenía perdón de dios, encima lo iba a abandonar.

Hacía años que no echaba la siesta con mi tío. De guaje siempre dormíamos juntos, pero cuando comprendí que Amador no era un paisano normal me empezó a dar vergüenza todo lo que tenía que ver con él. Le evitaba fuera de casa, no quería dormir la siesta con él ni luego contarle la telenovela porque se había dormido, tampoco cantar rancheras ni ordeñar. A veces venía a recogerme al taxi del colegio, a mi pueblo no llega la ruta y la Junta nos paga un taxi desde el pueblo más cercano, y el taxista, pensándose que era un tonto del pueblo que no tenía que ver conmigo, se reía de él y yo también. Me inventé una vida muy diferente para Amador que nada tenía que ver con ser mi tío: para mí y para Senci (de Ausencio), el taxista, Amador era un pobre borrachín que había vendido el ganao y que vivía de una paga. Ahora solo se dedicaba a fundirlo todo en vinos. Le conté que un año en las fiestas se puso a pegarle

puñetazos a un erizo y se llenó el brazo de púas y de sangre. Y que en una boda se comió los langostinos sin pelar. Todo lo hizo Amador, pero, claro, la historia es más graciosa cuando no es tu tío. De aquella estaba más guapo, más delgado y más elegantón. Hasta que un día se rindió, no tengo claro cuándo, pero debió ser cuando marchó mi madre. Él nunca me lo dijo a mí, pero yo sí se lo dije a él muchas veces. No fue tu culpa. Tuya no. Pero él se rindió igualmente y se dejó. Y casi todo el mundo sacó el colmillo. Ya no le importó ser Amador el hermano de Luis, el hijo tonto de Pepe; ni Amadorín que es muy buen paisano pero es retrasado; ni siquiera le importó que le llamasen preñavacas. Yo me llené de rabia, me salía bilis por las tripas y quería liarme a hostias con todo y con todos, pero al final siempre lo pagué con él. Y también con Bernardino, el taxista que sustituyó a Senci cuando se jubiló. El primer día que me llevó a casa estaba Amador esperando y se le ocurrió hacer una gracia, antes de bajarme del taxi le dije que era mi tío y que si volvía a decir algo conocía a la gente más peligrosa de la zona. A partir de ahí lo intentó muchas veces, pero nunca fuimos amigos. De hecho, muchos días subía andando a casa, a Bernardino le iban a pagar la carrera igual.

Me desperté con la boca pastosa, de la siesta y de no haberme lavado los dientes, no tenía nada que hacer y Amador ya se levantó, así que me acurruqué aunque tuviese todo el sofá para mí. Era un sofá de piel, muy viejo, que aún tenía arañazos de Cigüeña, una gata muy arisca que tuvimos y que se marchó cuando tuvo el primer celo. Ni una mujer aguantaba en nuestra casa. Amador me trajo un folleto doblado. Era información de un ciclo superior de soldadura y calderería en la escuela de FP en La Robla. En los márgenes había anotaciones de mi padre a boli: el precio, las horas, las prácticas y

las salidas. Podía ser técnico montador de tuberías, técnico calderero, técnico soldador, técnico trazador. Estaba de puta madre, pero yo no quería hacer eso. En la parte de atrás había unas cuentas de lo que costaría el módulo más un coche de segunda o tercera mano. Ya lo tenía todo decidido y a mí nunca me preguntó nada. Amador seguía allí, le vi en la cara lo que quería decirme. No te vayas, por favor, no te vayas. Me prometió su equipo de música que era la hostia porque se podían escuchar cintas, cedés y discos, me intentó comprar con su dinero, quiso que nos cambiásemos de cuarto, que se iba a duchar todos los días, que no iba a ver tanta mierda en la tele y no la iba a poner tan alta, que no iba a ser tan gocho, por lo de los condones, y no sé cuántas cosas más.

Mi padre volvió de la partida y nos dijo que esta noche tenía cena en casa, que si quería me podía quedar, le dije que no. Encargó a su amigo Amancio un cabrito y lo hicieron en el horno del panadero. Le pregunté que quién lo había pagado y me respondió que me tenía que dar igual, que yo ya tenía mis ahorros y que iba a trabajar haciendo pisas. Vamos, que lo pagaste tú, pedazo de infeliz. Con las tripas hicieron un arroz. Los amigos de mi padre siempre llamaban a un guitarrista que trabajaba en la ONCE y un acordeonista de Sahagún o por ahí que estaba retirado de la policía, les pagaban la cena y las copas y entretenían a los paisanos. Yo al final bajé a saludar y me quedé, aunque no crucé ni medio respiro con mi padre. Pasé una vergüenza horrible porque el acordeonista trajo a la cena a su novia, fea como un demonio, y mi padre y sus amigos riéronse de ella toda la noche. Que si que se besen, que si vivan los novios, y el otro pobre lo único que hacía era arrancar con una canción nueva para que los borrachos se olvidasen de la pobre mujer. A la luz de un cigarro voy pal molino, a la luz de un cigarro voy pal molino, si el

cigarro se apaga, si el cigarro se apaga, si el cigarro se apaga morena me voy pal río. Esa era mi preferida, mi padre la cantaba cuando nos llevábamos bien y yo era una guaje y en verano venía a buscarme por la noche cuando salía a jugar con todos los hijos de los veraneantes. Como nuestra casa era la última y había un trozo sin iluminar se encendía un pitillo y me la cantaba. A la Virgen del Carmen tres cosas pido, a la Virgen del Carmen tres cosas pido, la salud y el dinero, la salud y el dinero, la salud y el dinero, morena, y un buen marido. Que no fume tabaco ni beba vino, que no fume tabaco ni beba vino, que no vaya con otra, que no vaya con otra, que no vaya con otra, morena, solo conmigo. Y la Virgen del Carmen lo ha concedido, y la Virgen del Carmen lo ha concedido, fumador y borracho, fumador y borracho, fumador y borracho, morena, empedernido.

Debí sonreír porque mi padre se dio cuenta y pensó que nos reíamos de lo mismo, de mi tío. Evité la complicidad, estábamos enfadados y me pegó una hostia un rato antes que no me desmontó de milagro. Me miraba y sonreía mientras golpeaba con los nudillos en la mesa a cada estribillo de la tonada, pero no caí en su trampa. No íbamos a ser amigos esa noche. Siempre pensó que a él no le hacía falta pedir perdón. Yo no bebí tanto y me estaban agobiando las colillas en el suelo y las botellas de tónica de cristal vacías por toda la nave. Amador, mientras tanto, montó el escenario con las balas de paja, se puso su sombrero de ranchero, le dio al play y se puso a cantar. El acordeonista y el guitarrista intentaban seguirle, pero era imposible porque mi tío siempre saltaba de una canción a otra, las mezclaba, se callaba. Tardó en cansarse. Cuando consideramos que había sido suficiente y que ya le estábamos poniendo nervioso rompimos a aplaudir. Se lo creyó, como siempre,

y con la bufa casi se parte la boca contra el suelo. La gente fue marchando, el acordeonista se despidió de mí con cariño, yo creo que notaba que era el único que no se descojonaba de él. Era buen paisano, pero no me lo quiero ni imaginar de policía, vaya tela. Algunos empezaron a tomar gaseosa y otros lizipaina para los controles de la guardia civil, todos se quejaban. Mira que nos jodieron con tanto control, ya ni puedes salir a tomar un cacharro, vaya hijos de puta, ¿cómo no iban a estar los pueblos muertos? Pero seguían bebiendo y seguramente invitando a café al guardia de turno cuando se lo encontrasen, eso si no los invitaba el del bar. Había un tipo de Piedraseca que era calvo y con los ojos claros y por eso le llamábamos Onopko, que era incapaz de subirse al coche. Intenté que se quedase en casa a dormir, pero cuando estaba ya en el asiento se pintó una raya encima del móvil, me ofreció y le dije que no, me dijo que no se lo dijese a mi padre y que si alguna vez quería que él me la conseguía buena. Tenía por lo menos cuarenta kilómetros hasta su casa por carretera de montaña. Yo me subí con Amador a la cocina y calentamos un poco de arroz que sobró, yo los riñones se los dejé a él porque para mí estaban muy salados y si seguía bebiendo me iba a levantar mil veces a mear. Ya en cama me puse a leer y oí a mi tío zurrarse la sardina, le di dos golpes a la pared y se descojonó. Pero paró, debía llevar tal cogorza que no era ni capaz. Nos deseamos buenas noches.

—Buenas noches, Niño Jesús —le escuché al otro lado de la pared.

—Y apaga la luz —contesté.

Así le deseó mi abuela las buenas noches a mi tío toda la vida, y cuando murió él siguió diciendo buenas noches, Niño Jesús, hasta que yo me di por aludido. Le escuché que se levantaba, entró en mi cuarto, ni siquiera se desvistió para dormir, el guarro.

—Marcho contigo pa Madrid.

—¿Qué dices?

—Venimos el domingo al pueblo. A ver a Piedad. Solo eso.

—No.

—¿Por...?

—Porque no quiero. Te lo expliqué mil veces.

—Me da igual. —Cuando no sabía qué responder siempre decía me da igual.

—Pues si tanto te da igual, apaga la luz y cierra la puerta.

Se quedó un rato de pie a oscuras y con la mano apretando el pomo. Lo iba a arrancar.

—Ya sé que no estás llorando de verdad.

Se fue a su habitación de dos portazos. Mi tío Amador nunca lloraba de mentira.

TRES

Me puse los pitillos de salir de fiesta, las zapas buenas, que por muy limpias que estuviesen seguían pareciendo viejas, y un jersey guapísimo que heredé de mi primo Esteban. Lo llamo por su nombre pero ni me acuerdo de él, mi padre nunca le hizo caso a la familia y cuando Amador se iba haciendo mayor dejaron de venir. Alguien como Amador de guajín supongo que es gracioso, pero cuando crece a la gente con muy pocos problemas le suele incomodar. No terminé de desayunar y ya estaban pitando en la puerta, salí corriendo y le dije a Amador que volvía a la hora de comer aunque no me contestó. Subí al coche y hacía un calor de tres pares de cojones, la calefacción estaba rota y no se podía apagar. Le dije a Eliseo que si es que no sabía quitar la calefacción del coche nuevo. Se descojonaba con esa broma. Qué coche nuevo ni qué hostias, conducía un Renault 5 con matrícula que acababa en FZ y en casa le llamábamos el FZ. Eliseo bajaba todas las semanas a hacer la compra a León y siempre le vino bien que le acompañase alguien porque lo operaron de cataratas y no podía conducir. Le quitaron el carné pero a él le daba igual, conducía, aunque prefería ir acompañado por si veía a los guardias poder meterse en la cuneta y cambiar de conductor. Ponía la misma cinta de la tuna de la Universidad de Oviedo y yo ya me la sabía de memoria. Yo te diré por qué mi canción te llama sin cesar: me falta tu risa, me faltan tus besos, me falta tu despertar. Eliseo tenía setenta y alguno y olía a viejo, toda la puta vida olió a viejo; el coche, la casa, la ropa. Todo.

Yo lo conocí viudo, pero mi padre dijo que antes de enviudar era un paisano normal y que alternaba mucho por ahí; ahora solo salía de casa a jugar al bingo el día de la patrona. Eliseo yo creo que siempre quiso ser abuelo y por eso me ayudaba con los deberes de chaval. Cuando marchó mi madre me compró una camiseta del Atleti que no me puse nunca porque era tres tallas más pequeña y yo no era del Atleti. Me dejó en Santo Domingo y lo único que me preguntó es si estaba bien cerrada la puerta. Le dije que sí y se despidió con la mano.

—A las dos te cojo aquí.

—¿Quieres que vaya contigo a la compra?

Me dijo que no con la cabeza y marchó sin poner el intermitente. Hacía la compra de cosas de la casa, lejía y así, en León, vete tú a saber por qué, y como no veía una mierda siempre se equivocaba, pero nunca quiso ayuda. Quedé con una paisana para venderle unas sartenes que conseguimos con los puntos del Alimerka y luego fui a la biblioteca a sacar un par de cómics, una novela de Félix Romeo y unas pelis para Amador.

Cuando volví a Santo Domingo vi que Eliseo le había dado un golpe a otro coche. El otro tipo era un energúmeno, y Eliseo estaba muy nervioso. Me acerqué corriendo y me puse frente al tipo, le dije que por favor, que no le habían hecho nada, que la peor parte se la llevó el FZ y que iba a ser un follón el papeleo y todo cuando no tenía nada. Le debimos dar una lástima horrible porque me dio la razón y se marchó antes de que llegasen los locales. Eliseo me hizo un gesto con la mano, como diciendo de la que libramos, y nos marchamos. Cuando salimos a la carretera quiso llorar, la ciudad ya no era para él aunque León fuese un pueblo grande. Se sentía desprotegido, fuera de sitio, inútil. Yo un poco también, la verdad.

A los de los pueblos nunca se nos deja de notar la marca de la boina, que dice mi padre. En la carretera de Caboalles Eliseo se tranquilizó, esa carretera era una manera de estar en casa. O por lo menos de estar más cerca. Yo no sé qué va a pasar cuando falten estos paisanos.

Unos chavales mucho mayores que yo me llamaron para tomar el vino. Nunca coincidí con ninguno en el instituto, allí nos juntaban a chavales de doscientos y pico pueblos, pero de mi edad y en mi curso nunca hubo ninguno de mi zona. Me tenía que ir con los grandes de los pueblos de cerca porque yo soy el único del mío. Y, claro, con once años haciendo cosas de dieciocho y así toda la vida, pero sacando buenas notas. En eso soy como mi padre, puedo coger una trompa cojonuda y meterme en cama a las ocho de la mañana, que a las ocho y media ya ando con las vacas como si nada. Me llamaron uno de Guisateja, Tomasín el de Heliodora y Jesús el rojín, que la verdad es que de rojo solo tenía el mote que heredó de su abuelo. Fueron de los últimos en trabajar en las minas. El de Guisateja y Jesús eran electricistas, y Tomasín era un barrenista fino, o eso dice la gente. Pero los pilló el ERE, y andaban gastando sin conocimiento. Vivían en casa de los padres y, claro, todo el dinero lo fundían en farlopa, en puterío y en invitar a todo dios en los pueblos. Yo a veces iba, no tenía un duro y en realidad eran buenos chavales o por lo menos casi todos, y los padres trabajaron en la mina con mi padre. Por eso me tenían mucho cariño, aunque fue mala idea andar con ellos esa mañana. Venían de empalme de una rave de Asturias y luego fueron a casa de Jesús. Pintándose las rayas en las fotos de la comunión de Jesusín, decían. Y si Jesusín no se metía el filete se ponían a gritar para despertar a la madre. Y se descojonaban. Esa Gloria tenía el cielo ganado. Yo me

reía, pero en el fondo me quería ir. Aquella noche iban a las fiestas de Los Altos. Un primo de la novia de Tomás iba a pinchar en la disco móvil y seguro que la preparaba, así que quedamos todos en ir para allí. A mí me venían a recoger, siempre me venían a recoger porque no tenía coche. Debía ser el único de toda la comarca que no tenía coche. Vivir en un pueblo sin coche es estar muerto.

Fui a por la segunda vuelta de cervezas cuando los vi llegar. Mi padre venía ya algo achispadín porque no era capaz de meter el Suzuki en la huerta del bar. A la tercera ya lo consiguió con los olés de la gente de la terraza. Yo me reía como diciendo: joder, qué personaje es mi padre, pero en realidad me daba una vergüenza de tres pares de cojones. Aunque luego todo el mundo quería escucharle, y le pedían consejos, que si Luis el ayuntamiento me da trescientos euros al año por plantar chopos canadienses en un prao de la vega, que si Luis puedes hablar con el asturiano que te compra la hierba a ver si me hace precio, que si Luis a ver si un día que bajes a León me puedes recoger unas recetas del médico que se me olvidaron el otro día. Y hasta los paisanos mayores lo trataban con mucho respeto. Fue un figura en la mina, por lo menos. Y dio trabajo a mucha gente.

Mi padre es alto, grande y desgarbado. Sus días empezaban peinado, con la camisa por dentro y muy vivo. Acababan con la camisa por fuera, despeinado, la barba como el lomo de un jabalí y la cara triste. Y casi siempre con siete u ocho vinos de más. No sé si es percha o elegancia, pero el tío era un dandi de cojones, olía a Magno y aunque la ropa era vieja y arrugada siempre la llevaba buena. A las mujeres de los amigos les quitaba el abrigo para colgarlo y tenía una memoria que asustaba. Se bajó del coche como

si acabase de aparcar un Mercedes y no un Suzuki Vitara lleno de pan seco para la yegua, y enfiló al bar parándose en todas las mesas a saludar. Tenía motes para todo el mundo y todo el mundo le reía las gracias. Amador, aun con la ropa de las vacas, aprovechó para comerse la tapa de gente a la que ni saludaba, o saludaba lo justo para comerse lo que no era suyo. Los dos se fueron a la barra y se quedaron mirando al frente sin hablarse, mi padre con un clarete y mi tío con un calimocho en vaso de tubo. Como siempre. Si el periódico estaba libre, mi padre se lo leía a mi tío en voz alta y a veces le contaba mentiras que mi tío se creía porque le costaba mucho leer y le daba vergüenza que la gente se riese de él. Mi padre repasaba con el dedo la página del periódico y se inventaba las noticias. A veces era que Cristiano Ronaldo lo tenía hecho con la Cultu porque quería vivir en León, a veces era que la Vuelta a España iba a pasar justo por el pueblo nuestro e incluso una vez Norma Duval acabó aquí tras perderse de camino a Asturias y cenó garbanzos con bacalao en un bar que ya cerró y que yo nunca conocí. La realidad tenía que venir a Amador, Amador nunca iba a la realidad. Se volvía loco y le preguntaba a la gente si era verdad, y todos le seguían la bola a mi padre. Cuando volvía de pedir las cervezas, mi padre me agarró del brazo y me dijo que esa noche había que darle un apretón a la hierba que quedaba. Ni de coña, le dije, iba a ir a Los Altos. Pagó mi vuelta poniendo el billete de pie encima de la barra, se bebió el vino y me dijo que le acompañase al cigarro. Antes, riñó a Amador por comerse su tapa.

—Si sabes que no me gusta echar las caladas sin haber comido un cachín de algo para qué lo haces, hostia. A Piedad eso no se lo haces.

Amador no dijo nada y se puso a jugar a la tragaperras sin dinero y sin mirar para nosotros. Ya fuera, mi padre me ofreció un

Marlboro.

—Cena donde quieras, pero esta noche vienes a la hierba. Ni Los Altos ni las altas, ¿a qué coño vas allí? ¿A beber garrafón y a darle al porro con los tontos esos?

Tomasín, Jesús y el de Guisateja le saludaron con la mano. Yo no dije nada, seguía enfadado y no pensaba cogerle el puto Marlboro. Pero él siguió:

—Me cago en la leche puta. No tenéis ni idea. Tuviste todo el verano para andar a fiestas, coño.

Me estaba castigando por irme, lo sabía él y lo sabía yo. También tuviste tú todo el verano para ir a la hierba. Que llovió, pero no tanto. Me volvió a ofrecer el Marlboro. Le dije que no y me hice un piti de los míos. Le daba vergüenza que fumase tabaco de liar porque eso era de pobres y de gente que fumaba porros. Él siempre fumaba Marlboro antes de comer y luego Ducados. Y siempre me ofrecía como si me estuviese haciendo un favor. Le dije que no. Que ni de coña. Que tenía plan y que tenía que aprovechar la última fiesta del verano. Los dos sabíamos que iba a ir a la hierba y que me iba a quedar sin ir a Los Altos. A la hierba casi en septiembre, a quien se lo cuentes no se lo cree.

Me volví a casa caminando por el monte. Eso le ponía negro a mi padre, decía que parecía que nos habíamos peleado si uno volvía en coche y el otro caminando. Y qué iba a decir la gente. Es que era verdad, coño. No es que nos hubiésemos peleado, es que vivíamos peleados. Y él se quería quedar por si aparecía alguien como él, de los que no quieren aparecer por casa. Me dijo que me invitaba a un vino, pero yo sabía que quería matar el tiempo y no quedarse solo con mi tío. Y yo no quería quedarme con él. La verdad es que en esos ratines hasta casa los aprovechaba para sentarme en el camino

y fumarme un canuto a gusto. Sin tener que estar escondiéndome de nadie, así que me ponía a la sombra mientras veía vídeos de Youtube y pensaba en la putada que era tener que ir a la hierba esta noche. Y todo por culpa de mi padre, que lo dejó para última hora, si hubiésemos ido a la hierba en junio no tendríamos que estar así para sacarle cuatro duros a los rollos que seguro que ya nadie los quiere. Me saltó un mail que finalizaba el curso cero de la universidad, ojalá hubiese tenido cojones hace tres meses para haberme ido a hacer el curso cero. Tuve que haberme ido sin decir nada a nadie. Ahora mi padre iba a putearme hasta que me fuese. No quería volver a verle esa cara de retorcido. Árbol que nace torcido no se endereza por el vicio con el que ha nacido, decía mi abuela.

Seguro que en las fiestas de Los Altos todavía quedaba mucho veraneante. Hijos de gente del pueblo que marchó a trabajar por ahí y que venían en verano a sentirse de aquí por llevar un cortavientos de North Face cuando refrescaba un poco por la noche. Solían venir un mes o porque los padres se divorciaron y tenían que pasar un mes con ellos o porque no tenían pasta. Y venían aquí y se liaban entre ellos y hacían sus planes y no se mezclaban con nosotros. Los veraneantes venían también en Semana Santa y en Navidad, y algún fin de semana para desconectar. Son poco espabiladines, la verdad. El otro día pillé a la hermana pequeña de una veraneante de Madrid que conozco, una guaja que no tendría más de quince años, haciéndose fotos con una ternera casi recién parida. No quise decirle nada, la gente se piensa que las vacas están ahí para aguantar y aguantar, pero ojo con una vaca que acaba de parir. No tienes monte para correr. Si le hubiese dao un emburrión la vaca, la próxima vez se lo iba a pensar. Terminé el porro, quité el plástico, envolví la

chusta y me la escondí en el calcetín. Fumaba delante de mi padre, pero lo de los porros no lo llevaba nada bien. Mi padre era padre mayor y casi todos sus amigos tenían hijos más grandes que yo, y casi todos acabaron en la mina. Cuando el cierre, los mataron y terminaron dándole al porro y a la nariz y bebiendo como si no hubiese un mañana.

En vez de seguir por el camino del pastor, bajé por la pista y volví por las casas baratas. Unas casas feas como un demonio que vivían dándole la espalda al monte. Eran muy bravos allí. Mineros retirados o prejubilados que llevaban cincuenta años pagando una renta antigua, cuando la empresa quebró las casas las empezó a manejar la Junta y ahora querían quitárselas y dejarlos en la calle. Vaya gentuza. Cuando el cierre, los mineros cortaron carreteras y se enfrentaron a la policía, vinieron antidisturbios de León creo y reventaron alguna puerta con paisanos dentro. Pepín vivía en las Casas Baratas y, como la mía, su madre también marchó. Después de eso, el padre de Pepín, que también se llama Pepe, se fue a Cuba un verano con un grupete de la mina y volvió con moza. Según mi padre debió ser una chorba espectacular, pero Pepe padre debía celarse como un perro y la seguía, no la dejaba salir ni conseguir trabajo, ni vestir como ella quería. Y, claro, un día cogió el petate, dejó a Pepe padre y se fue a Ponferrada con una prima suya que también vino de Cuba. Pepín a veces va a verla, se casó con un segurata de Prosegur y tuvo más hijos. La abuela de Pepín siempre anda diciendo que las culonas solo quieren el dinero y que menos mal que nació Pepín, que es lo único bueno que sacaron de la sudaca. Se pensaba que su ruina venía de la cubana, pero la ruina vino de su propio hijo que no hacía más que jugar y joder el dinero, ya ni tenían un trozo de huerta porque lo habían vendido todo y si

mi amigo estudiaba era gracias a los Fondos Miner. Y el pufo seguía creciendo en esa casa, porque Pepe padre se enamoró de una paraguaya, la sacó de un local de alterne cerca de Astorga y se la llevaba a Oviedo a comer a Casa Conrado y luego a un hotel a echarse la siesta. O eso decían. Pobre paraguaya. El caso es que nunca tenían un puto duro, como nosotros, pero a ellos les daba igual que se notase. Busconas, decía la gente, pero hay que tener huevos para meterse en la cama con un paisano como Pepe por mucho dinero que te den. Pepín estaba como siempre, raro. Me caía más o menos bien y era el único chaval por allí que era quinto mío, así que algo nos llevábamos. Pero no le gustaba salir y yo era su único amigo. En la montaña los amigos no se eligen. Son los que te tocan. Por lo menos hasta que tienes coche.

Llegué al pueblo casi a la hora de cenar. Amador había preparado una corra de chorizo cortada en trozos como bordillos y una lata de mejillones a la que ya le había metido un viaje porque tenía la boca pringosa y naranja. La comida favorita de mi tío eran los platos preparados de El Corte Inglés de León. Le daba igual el qué, era como si por ser de El Corte Inglés ya tuviesen suficiente glamour para que le gustasen, y le encantaba decírselo a la gente. Él creía que parecía importante diciendo que solo comía comida de El Corte Inglés, pero la verdad es que ninguno sabíamos cocinar.
Y gastábamos duros con cojones, si hiciésemos la compra como la gente normal tendríamos más dinero. Yo ya estaba harto de estar allí. Si no me encargaba yo de la compra y de limpiar nadie se encargaba, vino una chica un tiempo, pero mi padre se rayó con que robó cosas de mi madre y la echó, yo creo que era mentira porque de mi madre lo único que quedó son una bata y un camisón colgados en el armario y ahí siguen. Raídos y cogiendo polvo. Bajé al

arcón y cogí unas chuletillas de lechal que me dio Marucha la de Restituto. Mirai que carne, menos de cinco kilos abierto a canal, eh, que si no, no son chuletillas. Para ti, mi vida, que anda que no os hace falta comer bien en esa casa. Vaya cruz tenéis. Eso es lo que más me jodía. Que le diésemos pena a la gente. Puse a descongelar las chuletillas en la cocina de carbón y le dije a Amador que esperase. Todavía quedaba tiempo hasta que me recogiese mi padre, así que cerré un poco los ojos mientras mi tío le bajaba el volumen a la tele y se reía en bajito mientras veía por décima vez el mismo capítulo de *La que se avecina*. Cenamos y nos tomamos un par de vasos de vino. El suyo con Casera. Cuando me quise dar cuenta ya era la una de la mañana. Mi padre ya estaba listo, era acojonante. Llegó hace media hora y ya estaba listo para estar toda la noche trabajando. Me hizo un gesto de que cogiese la chaqueta, que iba a hacer frío, y cogí un chaleco sin mangas que le dieron a Amador una vez que intentamos que estudiase para ser técnico en explotaciones ganaderas y agropecuarias en Palencia. Yo era muy guaje, pero recuerdo que nunca se acostumbró y algo debió pasarle. Debió pasarle no, qué cojones, le hicieron algo. Porque nos llamaba llorando todos los días y un día cogimos el coche de madrugada, mi padre le dio alguna hostia a alguien, nos lo trajimos y nunca más salió de casa.

No dejaba de pensarlo. Eran las fiestas de un pueblo en Los Altos y yo estaba recogiendo la hierba con mi padre, marcando los putos rollos mientras él se descojonaba en el tractor porque decían en la radio que la Cultu iba a fichar a un colombiano sub-23 que el año pasado había marcado nosecuantos goles. Mataos, que sois unos mataos, le gritaba mi padre a la radio. Muy alto para que yo lo oyese por encima del ruido del John Deere de tercera mano. Tú sí que eres

un matao, que tienes a tu hijo marcando rollos en verano mientras sus amigos andan en una fiesta de prao. Matao y desgraciao. Que no quieres ni que vaya a la universidad para quedarse aquí contigo, con cuarenta vacas que no dan ni para vivir, y porque la casa era de la abuela y ya está pagada. Que si no, no sé qué íbamos a hacer. No sé qué me jodía más, si estar trabajando o estar escuchando las tonterías de mi padre. Estaba ahí haciendo lo que él quería, ¿por qué no dejaba de hacerse el simpático después de haberme dado una hostia? Siempre hizo lo mismo. No pidió perdón en la puta vida, pero si la cagaba al rato te andaba haciendo la pelota y tratándote como un marqués. Terminamos a las tres de la mañana. Antes de marchar para casa, mi padre me repitió lo del colombiano de la Cultu, que si vaya mierda, que si no tienen ni idea. Que si hay un chaval en el Astorga que encima es de León, que metió nosecuantos goles más que el colombiano y cobrará dos duros. Matao, desgraciao y miserable. De camino al coche tuvimos que parar dos veces a que echase un cigarro, no le gustaba caminar y fumar a la vez, y mientras me seguía explicando historias me iba dando golpecines en el pecho con esa mano gigante de minero retirao. Como si me tuviese que aprender cualquier gilipollez que me estuviese contando. Eso siempre lo odié. Yo no hablé en todo el camino de vuelta y él siguió haciendo como si no nos odiásemos y yo no me fuese a ir.

Me tiré en la cama y quedé dormido. Al día siguiente me contaron que una veraneante guapísima se lio con el Bichón. Vamos, no me jodas. Y que Oscarín Sauron pilló una castaña de la virgen y luego cogió el coche y le sacó el culo a los picoletos por la ventanilla del conductor. Tampoco me perdí nada. A Oscarín le llamaban Sauron porque de guaje metió el dedo en la picadora de carne en una

matanza. El dedo no apareció nunca y no iban a tirar doscientos kilos de carne.

CUATRO

Los domingos solía ordeñar mi padre porque Amador se ponía muy nervioso. Yo me quedé un rato leyendo, un buen rato, porque si conseguía que me bajase alguien a León, devolvía los libros de una vez y sacaba otros. Esa es la forma de que un chaval de a tomar por culo que no tenía ni para tabaco pudiese tener libros. La de la biblioteca, que me conocía de chavalín, me regalaba uno una vez al año, decía que lo había perdido alguien y el día 11 de marzo por mi santo me daba el que yo quisiese. Le rascaba la pegatina y fuera. Casi siempre eran los tomos caros de la Patrulla X. Mañana no iba a estar porque empezaba la baja por maternidad. Mejor que el hijo no saliese como el marido, un paleto de Valle del Fresno que tenía una fábrica de pimientos y criaba american stanfords. Me llegó un mensaje de la bibliotecaria, vi su foto de perfil: el garrulo haciendo el gesto del pulgar hacia arriba sobre la panza pintada de ella y con una cara de gilipollas que no podía con ella. Tenía que darle la enhorabuena. El siguiente mensaje era un enlace a una web que se llamaba nuevospapis.com y en la que hablaban de diferentes nombres para ponerles a los hijos. Ramiro es un nombre para niño de origen germánico que significa «el que es famoso». Se trata de un nombre que evoca nobleza y distinción por su larga tradición. Aunque no es uno de los nombres más frecuentes, Ramiro puede ser el nombre ideal para vuestro hijo por resultar elegante, original y, en ningún caso, anticuado. El que llevaba la web esa de mierda seguro que no conocía muchos Ramiros, y a mí menos. Le iban a llamar así

no por mí, sino por un personaje de *El tiempo entre costuras,* que era una serie que le encantaba a mi madre. Lo sé porque, aunque no fuese mi amiga, tenía el Facebook abierto. Jajaja, gracias, ok. No supe qué más contestar, así que lo dejé para luego.

Cuando salí de la cama ya era tardísimo y bajé los escalones saltando a propósito sobre los que más ruido hacían para poner nervioso a Amador. Pero era domingo y estaba en casa de Estherina. Estherina le apañaba el pelo a mi tío a cambio de que la acompañase a misa, sus hijos marcharon a trabajar a Madrid hace años y a ella le hacía ilusión. Se lo pasaba bien porque cuando le pasaban el cepillo removía las monedas sin echar nada y lo pasaba a la siguiente. Luego me miraba con cara de ladrón de guante blanco, como si nadie se diese cuenta. Y todo el mundo se daba cuenta. Mi padre cree que en el pueblo enteraron del retraso de Amador cuando era monaguillo. Lo metieron ahí para que un cura de no sé dónde se lo llevase con otros chavales como él a estudiar a León, pero en realidad no estudiaban, los padres pagaban una pasta de aquella y el cura cabrón los paseaba por las casas de los ricos de León, Oviedo y Ponferrada para pedir limosna. A mi abuelo le daba igual, por lo menos le pagaban la escuela del chaval, pero a mi abuela le hacía ilusión de verdad. Eso sí, cuando se enteraron de lo que estaba pasando porque alguien del pueblo se los encontró por León, mi abuelo cogió el coche de línea, se presentó en casa del cura, y como no abría la puerta trepó por un murete, lo corrió a hostias y se trajo a mi tío de vuelta al pueblo. Aún tenemos el traje de monaguillo que nunca lo devolvimos. Por eso yo siempre me disfrazaba de monaguillo en el antruejo, o de monaguillo o de minero.

Por fin llegó Amador con Estherina, venían hablando de no sé quién. Estherina me preguntó si queríamos ir a comer, que iba a traer unos puerros y los iba a guisar con manitas de gocho, yo le dije que no. Me dijo que ya sabía que mi padre no estaba, que lo vio salir pronto, y yo le contesté que comía fuera con unos amigos y que luego tendría partida hasta las tantas.

—Por eso, veníos a comer tu tío y tú.

Se metió las manos en los bolsillos del mandil. Era una orden. Amador negó con la cabeza, entró y salió con una docena de huevos, le dio los huevos exigiendo que nos devolviese la huevera que la gente nunca las devolvía y no nos íbamos a poner a comprar huevos nosotros solo por las hueveras. Cuando Estherina se dio la vuelta, le guiñé un ojo porque no me apetecía una mierda comer en su casa. Siempre nos hablaba de lo difíciles que estaban las oposiciones de Correos y que su hijo no sacaba plaza y que por eso no trabajaba y estudiaba mucho y que por eso no venía. Yo sabía que no venía porque era gay y no le dejaba venir al pueblo con el novio y andaban enfadaos. El último año vino el día de Nochebuena, cenó, y con las mismas marchó a Madrid.

Nos deshicimos de Estherina y Amador se puso a cantar *Mi adoración* de Pedro Infante; todos nos sabíamos la letra menos él, que no era capaz de memorizarla por mucho que lo intentase y por muchas pistas que le diese. Mientras tanto yo le preparaba la bañera. Siempre le quemaba el agua, pero lo que no quería era meterse. Cuando ya estaba mojado del todo se levantaba y yo le iba diciendo las partes que se tenía que restregar bien con jabón. Yo decía una cosa y él decía lo mismo: Soooooobaco, ¡axila! Ooooojete, ¡culo! Y así hasta que la bañera parecía agua que se empozó. Lo difícil siempre lo dejábamos para lo último.

—¡Descapullen!

Amador me miró, ni de coña.

—Haz lo que quieras, pero si no descapullas te va a salir fimosis y no vas a poder follar más. Ni tocártela ni nada.

Se bajó el pellejo con una mueca de dolor y yo le hice una seña para que se la untase de jabón y se la lavase. Yo mientras le lavaba el pelo con el champú ese amarillo de bebés para que no le picasen los ojos.

—Y ahora descapotable.

—Y ahora un rato descapotable sí, para que te dé el aire.

Le hacía mucha gracia lo de descapullen, que es una cosa que le decían a mi padre en la mili. Se puso la camisa por dentro, unos chinos que le quedaban pesqueros y los zapatos desgastaos, olía a Magno que jodía. Me fijé en que llevaba calcetines de deporte y tuve que cambiárselos, joder, qué largas tenía las uñas. Terminé de apañarlo y comprobé que llevábamos los sesenta pavos: los cincuenta de rigor y los diez para que yo me tomase algo mientras. Le cerré el último botón de la camisa, no seas hortera de bolera, le dije, y se empezó a descojonar. Le daba igual lo que yo le decía que se reía de felicidad y de nervios. Le encantaban los domingos.

Llovía, así que llamé a Santi, un tío de Barcelona que tenía un negocio de casas rurales y rutas a caballo y todas esas cosas que no son para la gente de los pueblos. Siempre nos hacía el favor de llevarnos porque muchas veces estábamos nosotros pendientes de sus huéspedes y le dábamos leche y todo. Aunque es verdad que nunca nos dejaba en la puerta porque una vez la mujer le debió montar un cristo que casi se divorcian. O eso dice la gente de por aquí. En el parking todos los coches estaban escondidos para que no se enterasen las mujeres, pero a nosotros ya nos daba igual, aunque

una vez vi el coche de mi padre aparcado estando Amador en casa. Fui a echar la partida, dijo.

El Cubalibre era un sitio horrible y sucio hasta para nosotros. Damaris, una dominicana, limpiaba el suelo con serrín, y Joana, una argentina que era una chavalina, le daba brillo al mostrador en el que había una ensaladilla de qué sé yo cuándo. Se oían los ruidos de la tragaperras y todavía entraba muy poca luz aunque se veía mierda por un tubo. El Madrid jugaba y todo el mundo prestaba atención aunque era un partido repetido de los que entran en la suscripción barata del Plus. Olía como siempre, a amoníaco y a condón. Amador me miró con cara de salido, pero también de enamorado, y le di un cachetín en el culo como hacía siempre. Siempre se me olvidaba que como no pagaban a los de la Coca-Cola, solo tenían Pepsi y me pedí una que me bebí directamente de la botella. Me daban bastante asco los vasos. Chupé el limón para hacerle la gracia a Amador mientras me miraba desde las escaleras y yo le hacía gestos guarros. Se partía. Salí a beberme la Pepsi y a fumarme un chuflo tranquilo en la terraza. Se me acercó Kaloyan, que aún tenía los nudillos sangrando. Algún pasado de rosca de la noche anterior, aunque también es verdad que Kaloyan tenía la mano más suelta que la madre que lo parió. Kaloyan era búlgaro, le dijeron que había mucho trabajo en la mina y cuando llegó ya las habían cerrado todas, así que curraba de lo poco que se puede en una comarca abandonada. De peón, poniendo piedra, conduciendo camiones y ahora de segurata de un puticlub en una carretera de montaña. Pero le daban mucho asco los puteros y cada vez que podía soltaba una hostia. Que igual lo de los nudillos sí fue su culpa.

—Tu tío mucha obsesión con Piedad.

—Flipas, un día le pide que se casen.

Le pasé el porro. Negó con la cabeza. Estaba trabajando, mi gesto le ofendió.

—Es buena mujer. Muy buena.

—¿Por qué seguirá follando solo con mi tío?

—¿Por la pasta?

Eso último lo dijo con mucha pena y en bajito. A él no le gustaba estar ahí, a él no le gustaba que ellas estuviesen ahí y a él lo que menos le gustaba eran los puteros, por eso a la mínima ocasión los tumbaba de un bofetón. Quizá nosotros éramos la excepción o quizá mi tío le diese más pena que las chicas.

—Pero ¿qué pasta le va a dar mi tío? ¿Cincuenta euros a la semana?

Kaloyan no quería seguir hablando del tema. Yo tenía la boca seca y empezaba a estar fumado. El dueño del Cubalibre era un hijo de puta, lo pensábamos todos y no lo decía nadie. Y amigo de todos los picoletos de aquí a Villablino, eso sí lo decía todo el mundo y a todo el mundo le daba igual. Como siempre mi tío bajó como si le hubiese tocado la lotería, y de la mano de Piedad.

Piedad era una prostituta ya pelleja, de Ourense, tendría unos sesenta años y trabajaba en el Cubalibre desde hacía treinta lo menos. Ya no atendía a nadie más, solo a Amador, y vivía en la misma habitación que trabajaba. Pero cuando había demasiados puteros las chicas más jóvenes le pedían la habitación, ella les cobraba algo y mientras tanto se bajaba al porche a leer el *¡Hola!* y a fumar cigarros como si se los fuesen a robar. Después de follar se sentaban en la terraza conmigo y tomábamos algo los tres. En el mundo de fantasía de Amador yo era un afortunado porque iba al Cubalibre y me ponían buena tapa porque su novia trabajaba allí. Amador estaba enamorado, los días de lunes a sábado eran para él

un trámite, una cuenta atrás hasta llegar al domingo y volver de nuevo a ver a Piedad. Era adoración, no solo amor, y había que ver con qué ojos la miraba. Piedad era una mujer normal, debió hacer mucho dinero con las minas abiertas. Era una mujer en reposo como los ordenadores de mi instituto, ni encendida del todo ni apagada. Siempre tuvo la mirada perdida; eso sí, le devolvía a mi tío los cariños y sabía que más que follar, lo que más le gustaba a Amador era que tomásemos algo los tres después. Como la gente normal. Mi tío se pidió un ZUP, le llamaba ZUP al 7UP y no había manera de corregirle porque era una palabra que leía a la primera. Y Piedad un Bitter Kas. De tapa nos pusieron callos y era en esos momentos cuando yo notaba que mi tío estaba verdaderamente enamorado. Le daba sus callos a Piedad, como si nunca tuviese hambre, como si no tuviese ganas de comerse los callos con media hogaza y luego lamer el plato de latón. Todo lo bueno tenía que ser para Piedad. La quería mucho, supongo que Piedad lo quería a él de alguna forma, pero puede que solo estuviese haciendo su curro o puede también que le diésemos más pena nosotros a ella de la que ella me daba a mí. Dejó de llover y se despidieron con un pico. El resto de chicas, que no estaban muy ocupadas por la lluvia, se despidieron de mi tío desde las ventanas. Antes de irse Piedad le volvió a dar otro pico a mi tío y una palmadina en el culo.

—Hasta el domingo, rapazón. No sé si me voy a aguantar las ganas de verte.

A mí me dio siempre bastante lástima porque pensar en que se tenía que follar a mi tío todos los domingos era muy desagradable. Hace tiempo un médico del seguro le dijo a mi padre que era bueno que los subnormales echasen un polvo de vez en cuando, que eso los desfogaba y luego se quedaban tranquilos. Mi padre se lo creyó y

desde entonces todos los domingos lo llevaba al Cubalibre hasta que lo empecé a llevar yo cuando cumplí los dieciséis.

Nadie me contestó al móvil, así que volvimos andando por la cuneta. Yo siempre llevaba dos chalecos amarillos por si acaso se nos hacía de noche y nos querían multar los de Tráfico por no llevar reflectante. Amador me contó todo lo que había hecho con Piedad, con su novia, y lo que se montaron el uno al otro. Él decía así, montar. Que cuando ella se ponía encima se corría enseguida, pero que le daba igual porque él solo quería estar con ella. Era ahí cuando me enseñaba las únicas cosas que podía enseñarme y lo más cerca que estábamos de ser un tío y un sobrino normales.

CINCO

Antes mentí. Me acordaba de muchas más cosas de mi madre. Toda la vida hubo una peluquería cerca de las Casas Baratas que llevaba una paisana de cerca de Boñar y que hasta que se cayó el cartel se llamaba Stupenda's y luego, como no tenían dinero ni para rotularlo, todo el mundo empezó a llamarlo La Pelos de Boñar. Mi madre iba una vez al mes si no había imprevistos y yo no me podía quedar jugando en una antigua escombrera de la mina; mi madre, que ya tuvo bastante limpiando carbón de la ropa de su abuelo, de su padre, de su hermano y de su marido, me obligaba a quedarme dentro y yo leía la *¡Qué me dices!* En la portada salía el padre de una chavala de *Gran Hermano* con unas cejas gigantes. El hombre quería reencontrarse con su hija después de que saliese en la tele. La Pelos decía que solo quería cuartos y mi madre no decía nada. Yo fui incapaz de no fijarme en las cejas. Corrí al espejo y comprobé las mías. Iban a ser como las de ese paisano. La Pelos, la peluquera, no el negocio, se puso a piar y a inventar historias para arreglar mis cejas, que en la cara de un paisano eran grandes pero que en la de un guaje eran monstruosas. Que igual con cera, que si a navaja con un barbero, que si láser, que si el entrecejo me lo quitaba ella con unas pincinas en un pispás. Mi madre aún con el unto y el papel de plata en la cabeza le dijo que su guaje tenía las cejas más bonitas del país. Que no se le ocurriese tocarle las cejas al niño que le cortaba la mano. Ella dijo que, home, al menos el entrecejo me lo

podía decolorar con agua oxigenada. Mi madre nunca volvió por allí y yo nunca me toqué las cejas.

Mi madre todavía decía coche de línea. Ya solo dicen coche de línea en mi casa y los viejos. Ahora todo el mundo dice autobús, aunque en realidad nadie lo dice porque ahora solo pasa un autobús al día y va parando en todos los pueblos en sentido León y en sentido Villablino y no lo coge nadie porque acabas echando el día. Todo el mundo tiene coche, menos yo. Una mañana que mi madre discutió con mi abuela, nos cogimos el coche de línea y fuimos a León. Me llevó a ver *Tarzán* al teatro Emperador y al McDonald's. Cuando volvimos, Amador le contó a la abuela que habíamos ido al cine y la abuela se puso como una energúmena, que por qué habíamos ido al mardonas habiendo comida en casa y al cine habiendo televisión bien guapa en casa. Y nosotros que no y que no. Y mi abuela que entonces a qué fuimos. Y mi madre que solo fuimos a dar un paseo y tomar un helado. Amador se agobió por chivato y en las Navidades siguientes me regaló el VHS de *Tarzán* aún con el precio de la pegatina de El Corte Inglés. Fue su manera de querer decirle a mi abuela que se equivocó, que no fuimos al cine y por eso me regaló el VHS porque yo no había visto la peli. Lo que pasa es que para aquellas Navidades mi madre ya no estaba y mi abuela ya había muerto. Me acuerdo que un año me pudieron mandar a un campamento por La Bañeza y mis padres vinieron a verme porque tenían la boda de los hijos de no sé quién cerca y los vi de la mano y darse un beso. Solo esa vez. Una vez por León, una señora de las de abrigo de visón y gafas de sol aunque no haga ni frío ni sol se puso a montarle el pollo a mi tío porque iba borracho. Mi madre saltó como una leona y puso a la paisana pingando. El marido se alegró.

—Te está bien por meterte donde no te llaman.

Aquel día Amador fue a León a cobrar no sé qué y nos invitó a merendar; por la mañana fuimos a comprarme ropa y dejamos solo a mi tío y a saber cuántos orujos tomaría. La paisana tenía razón, iba borracho, pero lo único que hacía era tocar el tambor en una trapa bajada.

Me acordaré siempre de que se agachó junto a mí, me cogió de las maninas y me dijo que todavía podía irme con ella, que podríamos venir a ver a Amador cuando quisiese, que podría llevarme la bici y a mi cabra Chivi. Yo no quise mirarla a los ojos. Recuerdo el sudor de la espalda y de las manos. Recuerdo las hostias a la puerta que daba Amador porque mi padre le dejó encerrado para que no montase el número. Recuerdo que solo veía las piernas de mi padre a mitad de escalera intentando que su hermano se callase. No le veía la cara. Solo las botas de agua, el pantalón de pana y el barro en los escalones. Recuerdo que mi madre miró a mi padre. Recuerdo que mi madre insistió. Recuerdo que yo solo solté una mano. Me habló de que íbamos a tardar menos al colegio, de que podría ir a la piscina o al conservatorio o a inglés, de que había un vecino de mi edad, de que ya no iba a estar solo. Cuando pude tragarme el llanto cogí aire y le dije a mi madre que se llevase a Chivi, que aquí seguro que la iban a matar en alguna fiesta o en algún cumpleaños. Me dijo que vale mirando a mi padre.

—Ramiro, no te tienes que quedar aquí.

Ya no sé qué pasó después. Supongo que mi madre se llevó las pocas cosas que le quedaban por casa. Supongo que le daría un beso a Amador a través de la puerta. Supongo que le diría que no era su culpa. Supongo que mi padre y ella se gritarían. Escuché gritos y portazos. Escuché a mi madre llamándome desde fuera.

Escuché a mi padre en la puerta. Escuché un: ¡¿no ves que el guaje no quiere ir contigo?! Y escuché alejarse el motor del Ford Scorpio de mi madre que antes era de mi padre y antes fue de un veraneante madrileño que era médico soltero. Mi padre solo se cagaba en la madre que le parió. Varias veces, cada vez más fuerte. Se marchó pero no le escuché dónde. Supongo que escuché cómo Amador reventaba la puerta y bajaba corriendo para despedirse otra vez de mi madre. Supongo que Amador me preguntó si se había ido. Supongo que le dije que sí. Supongo que es ahí cuando lloré. Porque recuerdo que lloré pero no sé cuándo. También recuerdo cuando descubrí todas las cartas que me estuvo mandando todos esos años. Recuerdo que me enfadé con ella porque no me parecían tantas. Luego pensé que yo nunca le cogí el teléfono, alguien le dio el número del primer móvil que tuve y lo intentó varias veces. Nunca le contesté a nada. Me sorprendí de mi padre y Amador pensando en esconder las cartas, planeando algo, pensé que eran más tontos. Las cartas estaban abiertas, pero no por Estherina ni por mí, sino por Toribín el cartero. Esa noche le metí una patata en el tubo de escape y le pinté las ruedas con un spray rosa. Las cartas las quemé en la hoguera de Santa Columba cuando nadie del pueblo me miraba, pero me dio tiempo a ver la foto de un bebé que no era yo. Me acuerdo de que todos los días de invierno me ponía un gorro falso de los Chicago Bulls. Me lo ponía porque cada vez que asomaba el frío me salía un sabañón feísimo en la parte dura de la oreja derecha. El sabañón dejó de salir cuando marchó mi madre, pero cada vez que iba a pasar algo malo, la cicatriz me pegaba un latigazo que dolía con cojones. Como la cicatriz de Harry Potter pero sin pijadinas.

Aquel domingo me levanté con el latigazo en la cicatriz del sabañón. Hacía años que no me pasaba. Amador fue a misa con Estherina y la pobre volvió asustada, me contó que el cura nuevo era del Opus y que se puso a decir cosas feas de los divorciados y de los gays. Ella tenía ganas de que fuese como el año pasado: iban las paisanas de un pueblo a León, les consagraban un kilo de hostias y cantaban ellas la misa todo el invierno y tan a gusto. Y no tenían que aguantar tanto cafre.

—Se me cae el alma, Ramiro. En el siglo vintiuno.

Amador le dio una docena de huevos en la misma huevera que nos devolvía, cantó rancheras en la nave y se bañó con descapotable y todo. Ese día no amaneció bien, le tuve que ayudar a vestirse abriendo el pantalón por la cintura en círculo para que metiese las patorras mientras se apoyaba en mi espalda. Metí el dinero en la cartera y grité a mi tío, la casa olía al medio litro de Nenuco, pero no bajó. Estaba hablando a voces desde la ventana con Estherina, que volvió a contarnos que Eliseo se había muerto.

—Que Eliseo murió, chaval.

—¿Y me lo dices así?

—¿Y cómo quieres que te lo diga?

Pero Eliseo no acababa de morir. Eliseo murió hacía dos días lo menos. Le dio un infarto fumigando y cayó a plomo. Allí quedó los dos días con el sulfatador en la mano. Un asturiano que se jubiló en el pueblo y con el que Eliseo había hecho algo de amistad fue a buscarle para ir a andar como todos los días y ni lo vio a él ni vio el coche y supuso que andaría por León. Pero en realidad guardó el coche porque ya no era capaz de aparcar bajo la nogal de enfrente de su casa. Y viudo y sin hijos nadie le echó en falta, hasta que la Cuca lo vio tirado en el prao cuando bajaba de la era y ya fue a buscar a alguien.

Estuvimos dos horas en el tanatorio. Los veintitantos del pueblo ahí quietos, siendo la única familia que tuvo mientras venían paisanos que habían trabajado con él, primos lejanos o algún antiguo compañero de las partidas. Javi, el dueño del tanatorio de Oterienza, nos invitó a un café de máquina que parecía petróleo y nos dijo que vaya cabrón el Eliseo que nos dejó hoy sin Cubalibre. Consiguió lo que quería, poner nervioso a mi tío. Javi fue siempre un tío con pasta porque su padre puso el tanatorio y si hay algo en estos pueblos son muertos. Javi no era tan gordo como para que todo el mundo se lo llamase, pero sí era lo suficientemente gordo como para tener complejo. Decidió que para asegurarse de no ser el gordo tenía que haber alguien peor que él. Y ese alguien era mi tío Amador: El tonto. Cuando aún los pubs seguían abiertos, Javi y sus amigos decidieron inventarse un juego, que era emborrachar a mi tío y dejarle solo en el bar o en el pueblo que fuese para ver si era capaz de volver solo a casa. Todo eso fue hace años, a mí me lo contaron, y Javi y sus amigos se casaron y ahora hablan de esto como si le hubiesen hecho un favor a mi tío.

Vi morir muchos paisanos más cabrones que dios que terminaron en la cama durmiendo la siesta o habiendo conocido nietos o volviendo a casa después de tomar el vino. Y Eliseo, que no había persona mejor que él, murió tirao con el sulfatador en la mano y la cara en la tierra. Vi morir muchos paisanos, pero era la primera vez que se me moría un amigo de verdad. No sé por qué, pero tuve la necesidad de santiguarme y de rezar, supongo que no sabía qué hacer para despedirme y decirle a Eliseo que al final, mira, sí que había algo en lo que se puso todo el pueblo de acuerdo. Que se me olvidó darle el pincho con todos los capítulos de la *Gata salvaje* que

le descargué y que nunca pudo ver porque cambiaron la telenovela de hora. Que muchas gracias por guardarme siempre las primeras peras y que le iba a echar de menos.

Amador me dijo que él ya había llorado y que nos podíamos ir a ver a Piedad. Llegó mi padre y fue directo a mojarse la cara porque se enteró de lo de Eliseo tomando el quinto o el sexto vino y quería disimular. Y luego llegó un tipo que se puso a saludar a la gente más mayor del pueblo y que resultó ser un sobrino de Eliseo que era cura. Y aun con todo, a quien más daban el pésame era a mí. Amador tenía mucha prisa y yo fui a despedirme otra vez de mi amigo muerto. Los días que mi tío iba a ver a Piedad mi tío era incontrolable, se hubiese muerto quien se hubiese muerto. La cara de Eliseo estaba quemada por los pesticidas. Qué puta manía tenía la gente en estos pueblos con dejar la tapa abierta en el tanatorio. Mientras tanto, la gente hablaba de lo caro que estaba el gasoil y que mucho aspersor mucho aspersor, pero lo mejor seguía siendo regar a manta. Me pusieron de una hostia tremenda, mi padre el primero. Parecía que no se había muerto nadie. Parecía que no se había muerto Eliseo, ¿por qué no se ponían a hablar del puto riego en el bar? Toda la puta vida callaos como perros y en los tanatorios les da por hablar. Eliseo tenía la cara que ponía cuando veía las noticias y llevaba el traje que se ponía el día del Corpus. Me colé donde estaba el ataúd y cerré la tapa. Todo el mundo quedó mirándome en silencio. Yo le hice un gesto a Amador y salimos zumbando.

Un chaval de Vega nos acercó con el coche hasta el Cubalibre. Yo me pedí la Pepsi, me hice el chuflo de rigor y me puse a hablar con Kaloyan de lo mal que iba la Cultu, que cómo se podía perder con el

Rápido de Bouzas. Él jugó de portero en la segunda división de Bulgaria de fútbol sala, o eso decía, porque yo lo vi jugar una vez y no era tan bueno. Me dijo que se acordaba de Eliseo porque el día de Navidad siempre traía a las chicas un pañuelo y unos bombones de licor. El dolor del sabañón me volvió a dar un latigazo, pero pensé que era por Eliseo. Oí a mi tío montar el pollo. Subí corriendo las escaleras, en el descansillo había productos de limpieza y por la ventana se veía el descampado de gravilla, en medio del pasillo discutía mi tío con una chica nueva.

—Vente, papi, cierras los ojitos y te imaginas que soy la Piedad.

—¿Dónde está Piedad?

—Luego viene, cariño.

—¿Dónde está Piedad?

La chica me miró de arriba abajo.

—Me dijeron que solo tenía que follar con él.

—Sí, sí, sí. Perdona. Yo solo le acompaño. ¿Dónde está Piedad?

Mi tío se puso a abrir las habitaciones gritando Piedad. Un paisano salió de una que parecía que se iba a comer a mi tío, pero Damaris salió detrás y le dijo algo al oído y lo tranquilizó. En otra siguieron follando como si no pasase nada. Follando por decir algo, porque a esa pobrecina lo mejor que le pudo pasar es que se abriese la puerta. Tampoco estaba Piedad. Había tres habitaciones vacías y en la última solo una de las chicas viendo en el móvil un vídeo en ruso a todo volumen. Kaloyan nos siguió hasta el piso de arriba.

—La Piedad marchó ayer.

—¿Cómo? ¿Marchó? ¿Y no nos dices nada?

—¿Qué tengo yo que decir? Las chicas no son de tu tío.

—Pero, hostias, os diría algo. Os diría que se iba o algo.

—Nada, macho. Llámala por teléfono a ver si a vosotros os coge.

Amador no dejaba de dar vueltas dando golpes a las paredes. Estaba poniendo nervioso al personal y Kaloyan no lo perdía de vista.

—¿Cuándo viene el dueño? Quiero hablar con él, seguro que sabe algo.

—¿Algo de qué?

—De dónde está Piedad.

—Ramiro, macho... Aquí hay muchas chicas para tu tío.

—Pero sabes que él viene por ella.

—Por un día no pasa nada.

—Kaloyan, no me toques los cojones. Algo sabréis. ¿Volvió a Galicia? ¿O se jubiló o le tocó la lotería? Sabes que necesita verla y saber que está aquí. Es que igual le pasó algo, porque ella no marcharía sin decir nada.

Amador empezó a retorcerse los dedos y a chascar la lengua. Kaloyan nos contó que se encontraron la habitación vacía por la mañana, pero entramos igualmente. Se había llevado algo de ropa y sus cosas de maquillaje. No cogía el teléfono y nadie conocía a alguien que conociese a Piedad. Amador me arrancó el móvil del bolso y se puso a marcar el único número que se sabía de memoria. Dio apagado todas las veces. Se sentó en la cama de Piedad.

—Yo espero aquí.

—Volverá mañana y cuando vuelva nos avisan y venimos. Aunque no sea domingo.

—¿Va a venir?

—Sí. Aunque igual pasó algo y por eso no nos avisó.

Piedad, desde que la conocíamos, no salió de la comarca ni una sola vez. Igual sí pasó algo.

—Me da igual, bobo. Yo espero aquí.

—Tú verás, van a estresarse las vacas si no te ven esta noche.

Amador solo hacía que mirar al suelo, pero me estaba escuchando.

—¿Oíste? Van a estresarse. Pobrinas, ¿no?

Amador se levantó y me cogió de la mano.

—Mañana venimos. Y vas a tener suerte porque como mañana ya vendrá, la semana que viene venimos dos veces.

Me sonrió y a mí se me cayó el alma al suelo porque la pinta era mala. Salimos de la habitación y recorrimos el pasillo de arriba del puticlub. Siempre jugábamos a no salirnos de la moqueta, pero ese día se la sudó. Se paraba a cada poco a ver si escuchaba algo en las puertas cerradas. Preguntó a todo el mundo que cuándo creían que iba a volver Piedad. Nadie sabía dónde estaba Piedad ni por qué marchó. Al bajar las escaleras oí las risas, pero ya me daba igual, mi única preocupación era conseguir que alguien nos acercase al pueblo antes de que mi tío se torciese otra vez. Un amigo de mi padre se acercó avergonzado y me dijo que ya había pagado los cincuenta euros y que mi tío le había interrumpido y, claro, se había quedado sin follar y ahora ya creía que se le podía volver a enderezar, así que esperamos veinte minutos en el porche que fueron como ocho horas. Mi tío se acercó a la carretera a ver si en alguno de los coches que pasaba veía a Piedad. Normalmente por esa carretera de mierda no pasaba ni una rata, pero ese día casi lo atropellan varias veces.

Lo único que dijo en el coche el amigo de mi padre fue: tantas putas y yo tan viejo, pero ni Amador ni yo nos reímos. Me estaban dando mucho asco y mucha pena Damaris y las demás. Esa noche mi tío no vino a despedirse, no me hizo el buenas noches, Niño Jesús, ni le oí hacerse una paja. Solo me pidió el móvil. Debió estar llamando a Piedad hasta que acabó la batería.

Me acerqué a la casa de Eliseo y me senté en el banco de enfrente. El banco que le tuve que haber barnizado en verano. Fumé ansioso porque me temía lo peor, porque ya nos habían abandonado una vez y Amador casi no lo soporta. Y también porque el sabañón no me dejó de doler en todo el día.

SEIS

El cementerio está metido del todo en el monte, pero como la cuesta es grande y solo está asfaltado hasta la iglesia, los más viejos ya no suben. La iglesia es del siglo diecisiete o así y tiene un retablo muy bonito con tallas de madera de imágenes de santa Columba, aunque da pena verlo, porque la mayoría de las cosas se las llevaron a León. A mí solo me gusta entrar cuando no hay misa, cuando veo algún jeep de la diputación aparcado desde mi casa, me acerco y la paseo. Siempre pregunto qué van a arreglar y siempre dicen las goteras, pero nadie arregló nunca nada. Hay un albañil de aquí, Corsino, que dice que se encarga, pero que el pueblo por lo menos le pague el seguro porque si resbala de una teja, el que se queda sin curro es él. Le encanta hablar de arte y se compra la hostia de libros. Él dice que no quiere ir a Roma ni nada de eso porque las cosas de lejos no merece la pena verlas, que es mejor cualquier capilluca de la montaña. Que aquí está el trabajo bonito, y es la puta verdad.

La misa por Eliseo no debió durar media hora y las paisanas le criticaron al cura hasta cómo movía las pestañas, y eso que sabían que era el sobrino del muerto. Amador se cruzó de brazos y estuvo mirando la media hora entera hacia todos los lados. Estaba preocupado por si aparecía Piedad y no estaba en el Cubalibre para ayudarla con las maletas o lo que fuese. Ni se levantó cuando había que levantarse, ni dijo lo de es justo y necesario, que nunca supimos por qué le hizo siempre tanta gracia. El cura dijo algo de que lo

bueno siempre tenía un destello en la eternidad y yo me guardé la frase para decírsela a Amador luego, porque las cosas que parecían profundas y no entendía le tranquilizaban mucho. Casi no esperó a que terminase la misa.

¿Y si llamamos a Ourense? Mi tío se pensaba que llamando al ayuntamiento y preguntando por ella nos iban a decir dónde estaba Piedad. Yo sabía que se apellidaba Seoane y que se llamaba Piedad igual que su madre porque lo repetía muchas veces, pero después de buscar en internet una Piedad Seoane me di cuenta de que la madre no se apellidaría igual que la hija. Llamé a Kaloyan, no me cogió y me escribió un mensaje que no sabía nada. Intenté tranquilizar a mi tío; seguro se había ido unos días a ver a alguien, pero la verdad es que desde que la conozco no había salido de la comarca; o igual es que marchó a operarse la nariz que siempre dijo que si le tocaba la lotería lo primero que iba a hacer era arreglarse los fociños esos feos que heredó de su padre, pero yo sabía que ella no tenía un puto duro; o vete tú a saber, bobo, a lo mejor anda en León en casa de una amiga y se quedó sin batería y no tenía el cable, pero hasta Amador se daba cuenta de que me lo estaba inventando todo. Y lo peor de todo es que él ya sabe, porque lo sabe, que si Piedad no aparece los gases en el pecho y la rabia en la tripa no se van a ir. Por eso, cuando me preguntó que si me iba con él a preguntar por los pueblos en taxi si habían visto a Piedad, le dije que sí, bueno, por eso y porque mi padre ya había subido a Macarena, Paloma, Bonita y Garbosa con las demás. Mi tío cogió cien euros en monedas que tenía escondidos y que le dio un paisano que decía que le daba suerte en la tragaperras. Yo la verdad es que me enfadé con él, que estábamos en casa como para andar escondiéndonos los cuartos.

Nadie vio a Piedad. Nadie se tomó a mi tío en serio y a mí me daba demasiada vergüenza insistir a la gente. El taxista, que era la primera vez que lo veía, me dijo que con lo que nos estábamos gastando en el taxi mi tío echaba tres o cuatro polvos en el mejor puti de León. Sin ofender o sin querer meterme o alguna gilipollez de esas también diría. Pedazo de subnormal de mierda. Por eso, cuando llegamos al último pueblo del Valle Gordo, nos bajamos y le dije que se fuese. Eso ya no le hizo tanta gracia, se puso faltón y me dijo que le tenía que pagar la mitad del kilometraje de vuelta porque esto es un servicio especial y carreteras de alta montaña y no sé qué. Yo me acojoné y le fui a pagar aunque sabía que nos estaba robando a base de bien.

Del teleclub del pueblo salió un paisano como un oso que yo solo conocía de vista. Se nos quedó mirando a mi tío y a mí mientras el taxista seguía soltando faltadas. Se apoyó en la ventanilla y le dijo al pedazo de subnormal que no íbamos a pagar nada a mayores. Arranca. El taxista arrancó. Yo también hubiese arrancado viendo al tipo de pie. El vaso de tubo que tenía en la mano parecía un chato. Nos hizo un gesto para que le siguiésemos dentro.

—No te conozco pero sé de quién eres hijo y tu padre es un tío de categoría. Y tu tío, un figura. —Miró al que estaba en la barra—. Ponles lo que tomen a estos.

—Un tubo de calimocho y una Pepsi, y si no tienes Pepsi, una Coca-Cola —Amador pidió—. Honorio —y le dio las gracias al paisano solo diciendo su nombre.

—Ya me contó tu padre que marchas. Si llego a estudiar yo, acabo de ministro de cualquier país bueno de por ahí. Haces bien, rapaz. Hay que estudiar.

No le contesté.

—Pero les haces una putada a tu padre y a tu tío que los jodes bien. ¿Qué hacéis por aquí?

—Buscando a Piedad, igual la conoces.

—Claro que la conozco, la novia de tu tío. Me lo cuenta todo, somos amiguetes. Anda que no echamos juergas en la feria de ganao de San Emiliano.

Nunca pensé en Piedad como la novia de Amador. Se pidió otro vaso de tubo de cerveza y se quedó mirándome de arriba abajo.

—Ya verás cómo acaba asomando. No te preocupes. Lo que tienes que hacer es dejar de ir así de menguadín con esa pinta de estar hecho de yogur. Venga, tomad otra.

Amador llamó por el teléfono del teleclub. Usó también mi móvil y el de Honorio. Honorio nos llevó a más de diez pueblos. Y eso que solo íbamos a los que tenían bar o teleclub abierto. Ni rastro de Piedad. El verano acabó y en los pueblos volvíamos a estar los de siempre. Honorio iba animando a mi tío hablando de marcas de tractores y yo iba rumiando a ver a qué cojones tenía que venirme otro paisano a darme lecciones de la vida. En la gasolinera de Agustín, Honorio se compró tres revistas porno y unos donetes.

—Mira que tuve novias, alguna del pueblo vuestro, pero con esto ya voy que chuto.

Amador fue perdiendo la energía según avanzaba la tarde. Dejó de preguntar, luego de hablar y luego ya no bajó del coche. Entre pueblo y pueblo, aprovechaba que Honorio estaba un poco sordo y que no se callaba para llorar. Se debió arrancar mil padrastros que no tenía. Honorio dijo que estaba muy a gusto y que nos invitaba a cenar. Llamó a mi padre y fuimos a la sidrería del Valle Chico. Mejillones, escalopines al cabrales, chuletillas y gambas. En la

sidrería tampoco sabían dónde estaba Piedad. Amador ni siquiera comió y a mi padre le daba igual. No le hizo gracia que anduviésemos detrás de una puta por todos los pueblos, qué iba a decir la gente.

—No es una puta, es la novia de tu hermano.

Amador ni siquiera reaccionó a eso. Mi padre sí. El hostión en la mesa se oyó en Gijón. Honorio se lo quería seguir pasando bien y se calló. Mi padre cambió de tema. Un poquito de chistecito al dueño de la sidrería, un poquito de cómo se nota que las gambas son de Huelva y aquí no pasó nada. Eso sí, cuando Honorio se levantó al baño me pidió todo el efectivo que tenía para invitarle a cenar. Y se lo di del dinero de Amador, porque aunque me jodiese ver a mi padre de espléndido, Honorio era un paisano de los pies a la cabeza. Nos despedimos de él, y volvimos a casa los tres en el Suzuki sin abrir la boca. Amador ni siquiera se quiso poner de copiloto. Se metió en la cama sin decir absolutamente nada. Mi padre se puso un Racing de Santander - Levante que estaban repitiendo en la tele mientras leía el *Diario de León* del día anterior.

—Hostia, la Cultu. El iluminao este dice que ascendemos. Espérate que no descendamos.

—Papá, el tío no está bien.

—¿Y qué hago yo?

—Conoces a todo el mundo, ¿preguntaste por ella?

—No. El ridículo ya lo hicisteis bastante vosotros.

—Vamos, que te la suda.

—A ti sí que te la suda todo.

Esto último lo dijo imitándome. Se levantó, cerró el periódico y me miró.

—Antes de que marches a Madrid o a donde sea me miras una cosa del banco en internet. Y no me apagues la tele que me voy a

echar un pito fuera y entro.

Apagué la tele y subí al cuarto. Claro que me voy a marchar y te va a mirar lo del banco en internet tu puta madre. Volví a mirar los papeles de la universidad: fraccionando los pagos pagaba más, pero si me buscaba curro en Madrid no iba a tener problema; eso sí, tenía que estudiar con cojones porque suspender era pagar todavía más. Más la comida y los gastos, pero me lo iba a poder permitir sin ayuda y aunque no me lo pudiese permitir, me iba a ir igualmente. Vi luz en la casa de Eliseo.

Al día siguiente, Estherina vino a preguntar qué tal estaba Amador, pero Amador se encerró en su cuarto y no quiso bajar. Estherina siguió tocando y cuando fui a abrir la puerta no era ella. Era el cura, el sobrino de Eliseo. Se llamaba Alberto, le dije que lo sentía mucho, aunque no sabía por qué le daba el pésame si no miró para su tío en la puta vida, y me invitó a comer con él. Iba por la carretera conduciendo el coche de Eliseo mirando como si le siguiesen. Apenas removió la sopa de trucha, no hacía más que darle vueltas a la cuchara y no comer; una vez en la radio escuché que eso era de personas anoréxicas. Al vino sí que le dio. Me dijo que es que a veces si se pasaba cenando el día anterior ayunaba, que si no la comida le caía fatal. Parecía un empollón mayorón y sin el alzacuellos seguía pareciendo cura. Vivía en Madrid, estaba en una parroquia en el centro y tenía un puestazo en no sé qué universidad privada. Su madre era la hermana de Eliseo, que ni apareció por el entierro.

—¿Por qué?

—No tengo ni idea. Cosas de familia, supongo. —Se empezó a poner nervioso y a hacer pelotillas con la miga del pan.

—Tú tampoco viniste a verle.

—Supongo que por no hacer daño a mi madre. La última vez que lo vi fue cuando vino a verme cantar misa.

—Joder.

—Cosas de las familias de antes. Mi madre ni se acordaba de por qué se pelearon.

—Y ahora viniste por la casa y por el coche.

—El coche es para ti.

—¿El FZ? ¿Por qué?

—¿El qué?

—En casa llamamos al Renault el FZ, por la matrícula.

—Ah.

Yo pensé que me estaba vacilando. Era más raro que dios.

—¿De verdad que el coche es para mí?

—Yo no lo quiero para nada. Pregunté por ahí y todo el mundo me dijo que erais muy amigos. Para desguazarlo o que se muera del asco, pues te lo quedas tú. Que seguro que en estos pueblos te hace falta.

Quiso decir en estos pueblos de mierda pero no lo dijo. Pues para ser un pueblo de mierda bien que vienes a hozar y ver qué llevas para ti o para tu madre. Me invitó a comer dándoselas de dandi, pero a un menú del día de ocho euros hasta yo le pude haber invitado. Tenía prisa y me quedé sin postre aunque le dije que el arroz con leche era lo único que hacía rico el Portu. Me dijo que aún no estaba el papeleo de la herencia pero que tenía que estar en Madrid por la noche y que podía usar el FZ mientras, solo necesitaba que lo llevase a la estación de León. Que todo lo que hacía falta estaba en la guantera y que me llamaría su gestor. Su gestor, la madre que me parió.

Paramos en la casa de Eliseo e hizo un café malísimo. El que había, no me dio tiempo a comprar nada más, bastante con ordenar todo. Qué ordenar, si Eliseo lo tenía todo como los chorros del oro. Se encendió un puro que debía ser carísimo porque me dijo la marca. Se los regalaban los matrimonios de la parroquia y se los fumaba en casa para no hacer ostentación. Me dijo que teníamos que firmar un contrato privado para lo del coche.

—¿Te importa si me hago un porro?

—A mí no me gusta nada que mis alumnos vengan colocaos. Tengo muchos, eh, no creas. No sabía yo que eras de esos.

—Es que no me conocías. Eliseo me dejaba. Poníamos monólogos en internet y yo fumaba.

—¿Mi tío?

—Sí, no pillaba ningún chiste. A los porros los llamaba canalones.

—Enciéndelo, qué más da.

Me habló de demasiadas cosas. Dijo que no recordaba la zona tan bonita. Yo solo podía pensar que por fin tenía coche. También pensaba que algún desgraciado dirá que me arrimé a Eliseo por el coche, pero me daba igual. Me arrimé desde guaje porque fue mejor abuelo que el que tuve. Le conté que iba a ir a estudiar a Madrid y se quedó tieso. No le estaba pidiendo nada, pero él pensó que sí y dejó claro que solo podría ayudarme lo mínimo. Que andaba muy liado. Me dijo que hacía bien en salir del pueblo. Que aquí la gente no quiere cambiar. ¿Y tú qué sabes? Pienso yo. Él sigue, que en La Magdalena el pueblo echó al cura. Que su madre siempre dijo que cuando peleó con Eliseo todos se pusieron de su parte y a ella la dejaron de lado. Tremenda pieza tu madre, que vino un día con un camión y le vació media casa a Eliseo mientras le operaban de la hernia. Que a él de pequeño los otros niños lo llamaban manos de manteca porque era incapaz de saltar el muro de Laureano para

coger los pimientos que picaban. Y también le llamaban mariquita y por eso dejó de venir. Solo se seguía llevando con mi primo Esteban, otro que tal baila. Le pregunté si se acordaba de mi tío cuando era pequeño.

—Casi no, tu abuela no lo dejaba salir. Pero sí me acuerdo oírle gritar cuando lo dejaban solo. Trancaban desde fuera y quedaba encerrado, se volvía loco.

Era la primera vez que bajaba a León en el coche de Eliseo conduciendo el coche de Eliseo. En mi coche. Olía a viejo que jodía, parecía que Eliseo iba en la parte de atrás. Es una carretera de alta montaña sin iluminar que si no la conoces mete un miedo de la virgen. Yo la conocía, él no, por eso iba cagado. Aparqué en la puerta de la estación y me dio un apretón de manos.

—No fumes tanto, y si no nos vamos a volver a ver, fue un placer, chavalote.

Claro que no nos vamos a volver a ver. Vas a intentar vender la casa y no lo vas a conseguir, se caerá en algunos años y tendremos que limpiar la escombrera que se forme con los cuartos del conceyo porque tú no responderás a las llamadas ni a los mails ni al burofax de la diputación. Porque estarás en tu piso de Madrid fumando un puro con la ventana cerrada para no hacer ostentación. Pero no le dije nada, solo le sonreí y le di las gracias por el coche.

Bajé de León pisándole al FZ como si estuviese en un rally. Las ventanillas abiertas y la cinta de la tuna que tanto le gustaba a Eliseo. Era una asturianina más hechicera que un serafín. Yo no he visto en el mundo cosa más bella que aquel rubí. Iba tan contento con mi coche nuevo que no me comí la curva de la cola de vaca de

puto milagro, tuve que pegar un frenazo y al mirar el móvil vi que tenía demasiadas llamadas perdidas de Kaloyan.

SIETE

Amador estaba muy borracho. Kaloyan lo tenía acorralado al lado de la barra, un camionero que no era de aquí se debió enterar de la historia y viéndole las pintas a mi tío lo vaciló. Todos estos miserables están muy contentos después de follar. Mi tío le debió dar un taburetazo que no lo desnucó de milagro y Damaris le andaba poniendo hielo en la oreja. Cuando le vi la cara de gilipollas y la camiseta de National Pornographic no me dio tanto apuro, igual sí lo tuvo que haber desnucado. Kaloyan le pedía a Amador que por favor se fuese, Amador consiguió despistarle cuando Kaloyan me vio llegar. Kaloyan me pidió a mí que lo controlase, pero era incontrolable. Yo le pregunté que dónde estaba Piedad. En la parte de arriba mi tío acababa de reventar una mesilla de noche. Subí corriendo y cuando llegué al cuarto donde estaba mi tío, la chica rusa estaba en un rincón gritando mientras él arrancaba la puerta de un armario. Intenté agarrarle, pero imposible. Le pedí perdón a la chica y le dije que normalmente no era así. Intenté decirle a mi tío que Piedad vendría luego. Me dijo que yo eso no lo sabía, que no me inventase cuentos. Eso de los cuentos me lo copió a mí. Kaloyan llamó a mi tío por su nombre, le pidió por favor que parase. Amador no paró. Kaloyan le dijo que si no paraba en cinco segundos le iba a dar una hostia. Amador no paró. Kaloyan se cagó en alguien o en algo en búlgaro y le dio un puñetazo a mi tío. Amador paró. Y luego fue a por Kaloyan. Y yo solo me metí a separar y me cayó una hostia con el codo de mi tío, y luego Kaloyan me dio una patada en la tripa

y quiero pensar que fue para que me fuese pero no me fui y mi tío le calzó un cabezazo y tres sopapos a Kaloyan y el búlgaro que parecía invencible se acabó tapando la cara porque si no se la iba a reventar un subnormal. No sé cuántos segundos estuvieron sonando las hostias, pero parecieron minutos. Y ya Amador se dejó coger y lo aparté a un lado. La chica salió corriendo y yo ayudé a Kaloyan a levantarse, tenía la cara roja y yo creo que una ceja partida y nos insultaba en búlgaro. Le pedí perdón muchas veces. Me dijo que ni perdón ni pollas, que íbamos a tener que pagar todo. Amador estaba llorando en el suelo y Kaloyan y yo no nos oíamos, pero le volví a preguntar por Piedad. La puerta se llenó de chicas y clientes. Damaris y Joana se acercaron a consolar a mi tío, pero cuando les preguntaba dónde estaba Piedad solo se miraban entre ellas.

Los puteros y las chicas volvieron a los cuartos o a la barra. Amador seguía llorando. Se echó la culpa muchas veces en muy pocos segundos. Es mi culpa, es mi culpa, es mi culpa, es mi culpa. Le pregunté por qué hacía eso. Pero por qué nos haces esto, Amador. Él no decía nada, y yo solo pensaba que no era justo que me pasase eso a mí, justo cuando me iba. Justo ahora. Me da igual y me da igual. Quise pegarle y no fui capaz, así que le pellizqué en la pierna por encima del pantalón de pana, como me hizo él a mí muchas veces cuando no era capaz de discutirme algo. Estaba enfadadísimo y le intenté apretar fuerte, pero enseguida me soltó de un emburrión. Debimos dar un show cojonudo. Kaloyan se acercó.

—Mejor estar sin venir una temporadita. Le voy a decir al jefe que hubo pelea, y las chicas no van a decir nada de que ha sido Amador, ¿vale?

—Gracias. Pero avísame si viene.

—Eso, bobo.

Amador me agarró del brazo como si fuese una paisana y nos levantamos.

—Tú tranquilo, macho.

Kaloyan le dio una palmada en la espalda a Amador, tenía el labio guapo. Kaloyan me cayó siempre bien. Sentí que a pesar de las hostias de antes volvíamos a ser amigos. Amador y yo salimos agarrados del brazo igual que cuando salen los matrimonios viejos del ambulatorio. Ni siquiera reaccionó cuando le enseñé el coche.

—¿Qué te parece? Vaya personaje el cura, ¿tú te acuerdas de él?

—Vale.

—Me regaló el FZ, hasta que me dé los papeles no me fío, pero mientras tanto lo uso. Y así puedo subir de Madrid cuando quiera.

No reaccionó a lo de Madrid. Se recolocó el cinto de seguridad y siguió mirando por la ventanilla.

—¿Vas a las vacas?

Me estaba diciendo que fuese yo a las vacas esa noche. Ni siquiera una vez que pilló una gastroenteritis por comer un chorizo de jabalí mal curao dejó de ir a las vacas a la noche.

El primer mes en Madrid me iba a quedar en el piso del colega de la uni de un veraneante con el que me llevo bien. Podía quedarme un mes, quince días en el cuarto de su compañero que no volvía hasta mediados de octubre y quince días en el sofá a cambio de pagar yo los gastos de la casa. El chaval del piso se llamaba Asier y me escribió para preguntarme que cuándo iba a ir para allá, que se tenía que organizar con las llaves con su primo, con el que iba a coincidir unos días en la casa. No supe qué decirle y no le contesté. Tenía que irme en unos días y nunca vi a mi tío tan mal.

Amador tampoco bajó a las vacas a la mañana. Los días siguientes dejó de comer, o de comer como comía él, como un animal. Luego dejó de bajar al piso de abajo y más tarde ya no salía de la habitación. Solo para cagar, porque para mear todavía utilizaba un orinal que tenía debajo de la cama. No dejaba que yo entrase a arreglarle la cama o darle con una esponja en los sobacos. No quería verme a mí, no quería ver a mi padre y no quería ver a sus vacas. Yo empecé a verlas todos los días porque, como pasa siempre en esta puta casa, mi padre hizo como si nada. Pero, claro, yo no soy mi tío, y no puedo cargar con un ternero en los hombros si se despista de la madre. Mi tío estuvo mucho tiempo enamorado de Juncal Rivero, ponía *Noche de fiesta* los sábados por la noche y los domingos por la mañana y había que joderse, no se podía poner otra cosa. Lo de Juncal Rivero, como casi todo, se le pasó, pero desde entonces siempre tenemos una vaca que se llama Juncal. Cuando muere o vendemos una Juncal, a la jatina que está por nacer también le ponemos Juncal. Mi tío vio más terneros nacer que nadie en el pueblo, aunque fuesen partos sencillos hacía siempre guardia por si acaso y si había alguna complicación antes de que llegase el veterinario estaba todo solucionado. Y le llamaba gente de todos los pueblos si sospechaban que los partos iban a ser jodidos, Amador iba encantado y no pedía un duro, solo la comida que tocase por la hora y un rato de charla. Ese día Juncal estaba a punto de parir y Amador no quiso bajar. Y eso que iba a dar a luz en la cuadra, que nos dijo el veterinario que igual la cosa se ponía fea. Le llamé a la puerta, no contestó, abrí la puerta y le dije que Juncal estaba a punto, me dijo que le daba igual.

—Amador, baja, anda.

—No.

—Oye, mira, las vacas no tienen la culpa de nada. Baja, por favor.

—Me da igual y me da igual y me da igual.

—¿No quieres ver al ternerín? ¿No le ponemos nombre?

—Me da igual, bobo.

Me quedé un rato en el marco de la puerta. Cerré y volví a abrir muy despacio pero no se movió. Tenía todo el rato los ojos cerrados.

—Eres un egoísta de mierda.

Y di un portazo y no vino detrás de mí como hacía cada vez que me enfadaba.

Oí a mi padre cagarse en todo y a Juncal bramar. Llegué a la cuadra y vi a mi padre doblado y haciendo fuerza en una esquina mientras tiraba de las patas delanteras del ternero. Se atascó el mamón y me puse nervioso, le dije a mi padre que Amador no iba a bajar y me miró con cara de mala hostia. Claro que no iba a bajar, ¿no llevas viéndolo estos días? Por eso estoy yo aquí y me tengo que conformar contigo, que no me fío un pelo de ti porque en los partos y matanzas no me vales ni para tomar por culo. Todo eso me dijo con su mirada de mala hostia. Cuando volvió a Juncal y pegó el último tirón por fin sacó al ternero, que cayó a la paja echando humo y mirando a todos los lados. Mi padre cayó contra la reja de culo y la paja empezó a llenarse de sangre. El jatín abrió los ojos. Pobrín mío, a ver si tienes suerte, ojalá tengas algo en las patas o en la cadera y no valgas para nada y te puedas quedar aquí siempre paciendo como un hijo puta y sin que venga nadie a mirarte y a decir lo que vales abierto a canal. Juncal, que era novilla, se esmadronó y se le salió el útero. Menos mal que el veterinario andaba cerca y entre él y mi padre lo colocaron todo mientras yo iba dándole agua tibia con la manguera; mi padre fue a darle unos chorizos que ganó en una partida de tute y unos huevos, pero el veterinario, que no abrió la boca para pedir lo que era suyo, nos

dijo, con toda la razón del mundo, que a él se le pagaba con dinero y no con chorizos y que le debíamos bastante desde hacía bastante tiempo. Mi padre hizo lo que nunca le vi hacer, que es pedir perdón, y le vi jodido, la verdad. El veterinario nos dijo que no pasaba nada pero que se iba a empezar a mosquear y que le fuésemos pagando a plazos aunque fuese. Aquello me estaba dando una vergüenza terrible y me fui con Juncal, que estaba lambiendo al hijo. Le puse Carolo por Carolo Bota de Oro. Quise contárselo todo a mi tío, pero no me hizo ni caso. Le daba igual, y eso que Juncal era de sus preferidas.

La gente preguntaba: ¿y Amadorín dónde anda? Mira que es raro no verle en ningún sitio. ¿Estará malo? Mi padre decía que estaba malo, que, claro, ya es un paisano con apechusques. Apechusques. Como no quería participar en las mentiras de mi padre en público dejé de coincidir con él en los bares. Mejor, que cuando te pones repunante me tocas mucho los cojones, me dijo. Luego intentábamos no coincidir en casa, ni comiendo ni desayunando ni hostias. Si los dos estábamos en la nave hacíamos por estar cada uno en una punta. Si teníamos que subir hierba a los praos, él iba en el tractor y yo andando. Si volvía el veterinario lo atendía uno y el otro desaparecía. Quizá antes nos hubiésemos arreglado por Amador, pero Amador era un trapo que no salía de cama.

En la mesilla puso una foto de Piedad de hace muchos años. Salía Piedad en el merendero de al lado del pantano echando un trago a la bota de vino; estaba muy guapa, mucho más joven y con el pelo diferente. Me acuerdo el día que se la dio porque al día siguiente piré las clases para irme con Amador a León a comprarle un pañuelo

porque Piedad decía que se le notaban mucho las arrugas del pescuezo.

OCHO

Me quedaban cuatro o cinco días para irme y ya no podíamos más. Ni yo ni mi padre ni las vacas. Un día subí a la habitación y le dije a Amador que tenía muy poca vergüenza, que cuando apareciese Piedad y le contásemos que estuvo todo el tiempo metido en cama sin ayudar, sin trabajar, sin lavarse y sin cortarse las uñas no iba a querer verlo nunca más. Yo ni de coña pensaba que Piedad iba a aparecer, pero necesitaba que Amador estuviese bien antes de marchar. Puso morrines un par de veces, que es lo que hacía siempre cuando se pensaba las cosas, y dijo vale. Se dejó bañar con descapotable y todo y se puso ropa limpia. Las uñas de los pies no quiso cortarlas, pero a mí ya me la sudaba, le puse unos calcetines gordos y las botas de agua que le quedaban más holgadinas y a correr. Le conté que íbamos a Posada a casa de un tío que nos regalaba dos sacos de pienso.

Me dijo que conducía como un taxista, que era una frase que decía mi abuelo cuando veía a alguien hacer virguerías con el tractor. Y también me dijo que si le había dado bien al coche, que si no le había dado bien el motor se azorra; eso se lo escucharía a Julianín, seguro. Se sacó la foto de Piedad del bolsillo de delante de la camisa y la enganchó en el salpicadero. Siempre que escuchaba los partidos de la Cultu en la radio los córners los patrocinaba el Latin Love, un puticlub cerca de Onzonilla que la gente decía que era el mejor de León. Antes paramos en el Mercadona porque venden un

quitamanchas que es la hostia y cuando vives con alguien como Amador y no tienes muchos cuartos, el quitamanchas es más importante casi que la pasta de dientes. Ya llevaba un rato mosqueado porque no íbamos a por pienso ninguno. Entramos en el parking del Latin Love y Amador se dio cuenta de dónde estábamos y se puso a negar con la cabeza y a decir no, no, no, no, no. Yo más empeñado que él le dije que igual conocía a alguna chica o echaba un buen rato y él que no, no, no. Guardó la foto de Piedad en la guantera. Le dije que por favor que lo intentase, que todos necesitábamos que estuviese mejor. No le dije que yo necesitaba irme y que, para poder irme, él tenía que quedar bien. Le dije que no perdía nada por intentarlo y abrí la puerta, me agarró del brazo y se le perdió la mirada. Malo, María. Se puso a gritar que no y que no contra el salpicadero. Yo salí del coche y cerré de un portazo. No sé quién estaba más nervioso de los dos, me hice un cigarro y a la primera calada me quedó el filtro en la boca. Por qué coño me tenía que pasar todo a mí. Estaba temblando y era incapaz de hacerme otro. Me fijé en un paisano que fumaba en la puerta y le pedí un cigarro.

—Los chavales pedís cigarros como si los regalasen.

—Se lo puedo pagar.

—Qué hostias me vas a pagar, ya con el dinero que dejé dentro qué más me da.

Me dio el cigarro, me hizo el cuenco con la mano y lo prendió. Hacía mucho frío, de vez en cuando se oía alguna hostia dentro del FZ. Al tipo le dio igual.

—Ten cuidado dentro. Hay una negra en la barra que te dice un precio y luego te cobra otro; coño, si son siete son siete, no me cobres diez. Y luego subes y una medio dormida, la otra haciendo la estatua. Yo no pienso entrar otra vez, tú haz lo que quieras. Le salva

algo la buena decoración que tiene y que el sitio está como la patena. ¿Te gusta el alterneo o qué, chaval?

Con el viento se me consumió el cigarro enseguida, le di una calada al filtro y lo tiré contra la gravilla.

—Gracias, tengo que marchar.

—Yo marcho enseguida también. Monté a una por la tarde y a otra por la noche, una copeja y para casina que estoy rendidín. Lo de la pastilla azul es que es la hostia.

Me metí en el coche y di la vuelta. Le pedí perdón a Amador y me dijo que no pasaba nada. Me insistió en que había que ir a por el pienso y le contesté que ya no hacía falta.

—¿Qué quieres hacer?

Dijo que quería comerse un helado y yo le llevé a hacer algo que no hizo nunca: pedirlo en un McAuto. Mientras pedía los helados en la ventanilla me miraba como si estuviese haciendo magia, hasta que en la siguiente ventanilla nos dieron los dos helados se pensó que le estaba gastando una broma. El chaval que nos atendió se acojonó porque mi tío lo miraba desde el asiento del copiloto como si fuese una pantalla. Le encantaba comer helado pero lo pasaba mal porque como tenía la boca destrozada, las cosas muy frías o muy calientes le pegaban unos viajes en los dientes que tenía que echarse para atrás y cerrar los ojos. Lo de haber pedido un helado en el coche conmigo era de las cosas que le encantaba contarle a Piedad.

Me fumé otro pito dentro del coche y utilicé el vaso del McFlurry de cenicero. Amador cruzó los dedos por encima de la panza, yo pensé que quedó dormido pero al rato se giró y me dijo que sí que sabía lo que quería hacer.

—¿El qué?

—La guardia civil. Igual ellos saben, bobo.

Cuando estábamos en la carretera, sacó la foto de Piedad de la guantera y la enganchó a la rejilla del aire acondicionado otra vez. En vez de meternos por el desvío a nuestro pueblo seguí recto hasta Cauces, que es donde está el cuartelillo. Le dije a Amador que no se bajase del coche pero se bajó, y eso que la guardia civil le daba miedo. Siempre tuvieron mala fama en la zona. A mi padre le dieron una paliza de chaval por no llevar una luz en la bicicleta y por ser hijo de un minero que les tocaba los cojones. Tenían la puerta cerrada, tuve que tocar el timbre y salió a abrirme un guardia que era un paisano que no había visto en la vida. Le echó un piropo al FZ, vaya reliquia. Pasamos por una habitación en la que se notaba que habían estado echando la partida hasta hacía nada. Tenían mierda para parar un tren.

Conocía a los dos guardias que me estaban esperando. Uno era el tío más tonto que hubo en mi instituto. No repitió más veces porque no se podía y casi que lo aprobaron para quitárselo de encima. El otro estaba casado en un pueblo cerca y era algo conocido de mi padre, se invitaban al vino de vez en cuando. No supe si sabían a lo que íbamos pero lo parecía.

—Venimos a poner una denuncia. Piedad no sé qué Seoane. Trabaja en el Cubalibre.

—Eso —Amador también quiso hablar.

Los dos guardias se miraron con una sonrisita que me puso de los nervios. Uno estaba al otro lado de la mesa y el tonto lo apuntaba todo en el ordenador. Al gilipollas ese le daba lo justo para usar un ordenador.

—¿Es prostituta? ¿O camarera o qué?

Los dos se miraron vacilones. El conocido de mi padre le debió dar un toque con la pierna al otro, se lo iban a pasar de cojones a nuestra costa.

—¿Y eso qué más da?

—En la ficha nos pide la profesión.

—Por si es importante para encontrarla.

—Eso, bobo.

Amador se sacó la foto del bolsillo de delante de la camisa y la planchó con las manos encima de la mesa. No podían aguantarse la risa los cabrones.

—¿Cuánto lleva desaparecida?

Amador hizo un gesto con la mano como diciendo que mucho.

—Como una semana más o menos.

—Eso.

—¿Parentesco? —El tonto era más tonto que en el instituto.

—Mi novia —dijo Amador.

Como yo no dije nada y los guardias no se lo podían creer, Amador volvió a decir: mi novia. El tonto lo tecleó. Yo me asomé a ver si estaba escribiendo algo. Nos pidieron más datos que no eran importantes. El conocido de mi padre se levantó de la mesa mientras sonaba una impresora vieja.

—Todavía es pronto y con estas mujeres ya se sabe. Vete tú a saber si le salió trabajo en otro sitio o le daba a la nariz o lo que sea.

—¿Y eso qué más da?

Los guardias se miraron con muy poco disimulo.

—Bueno, chaval. También hay que entendernos a nosotros, hay cosas en las que no se puede perder mucho el tiempo.

Salió un papel de la impresora y el tonto de mi instituto me lo puso delante. Era la denuncia, le dije a Amador que firmase él. Firmó con una A mayúscula y la subrayó varias veces, así le enseñó

un tratante de ganao que lo quería mucho. Cortaron una copia de la denuncia y se la guardaron, mi tío se quedó la otra y la guardó en el bolsillo de delante de la camisa con la foto.

—Además, que para novias de estas solo hace falta tela. —El tonto hizo el gesto del dinero con los dedos como si mi tío fuese sordo.

—No —dijo Amador.

Vaya hijos de puta. Como soy un cobarde no les amenacé con contar lo del tonto de mi instituto. Cuando estaba de baja por una lesión corría con una pelota de playa atada a la rodilla para que no se le bajase la inflamación y alargar la baja, porque así mientras tanto podía seguir pasando farlopa en el Húmedo en León en un bar que tenía a nombre de un primo. Tampoco le dije al conocido de mi padre que sabía que andaba haciendo cosas de electricista y cobrando en negro. Nos acompañaron a la puerta y nos dijeron que estuviésemos tranquilos, que iban a estar atentos. Al cerrar la puerta los escuché reírse y decir: a mamarla. Cuando me subí al coche, Amador ni me miró. Él también supo lo que había.

—Vaya soba te estás pegando y al final te van a cazar.

Mi padre veía la repetición de la Vuelta a España. Uno se había escapado y estaba a punto de ganar la etapa de sobra, pero ni con esas mi padre era capaz de decir nada positivo de nadie. Ni nos preguntó de dónde veníamos. Amador subió directamente las escaleras para meterse en cama. Yo subí detrás de él y me quedé en la puerta.

—Mañana ordeñas tú por la mañana y te hago el cuarto, que esto parece una gochera.

—Piedad no viene más.

—¿Cómo lo sabes?

Amador se encogió de hombros.

—Porque sí, bobo.

Se metió en la cama con los zapatos y todo. Iba a llenar las sábanas de tierra. Me quedé de pie sin saber qué decirle y cuando se apagó la luz fui a bajarle la persiana.

—Da igual la luz. No voy a dormirme.

Amador no se levantó a ordeñar. Yo sí, y también comprobé cómo estaba el depósito de gasoil para llamar a primera hora, miré las facturas a ver cuáles estaban pagadas y cuáles no, la comida del arcón, el pienso de las gallinas y la leña y el carbón de la cochera. No me di cuenta y estaba dejando todo en orden antes de marchar. Me acordé de la cantidad de tuppers que dejó mi madre antes de irse, al grande de patatas con congrio le acabó saliendo una capa de hongos porque nunca nos lo comimos.

NUEVE

No entendí por qué había ruido en la cuadra si casi todas las vacas estaban fuera. La ropa que medio valía la pena y no me daba vergüenza llevarla a Madrid me cabía en media bolsa de deporte, pero, bueno, tendría que llevar abrigos. Nunca pensé en comprar un portátil y aunque ni mi padre ni Amador lo iban a usar y estaba para darle matarile, mi padre no me iba a dejar llevar el de casa. Prefería echarlo a la cocina antes de que lo llevase yo, seguro. Volví a sentir ruido en la cuadra, como si algo se arrastrase. Los raposos solo se acercan a las gallinas, pero el tejón anduvo una temporada en el pienso de las vacas, los ahuyentadores esos de ultrasonido y las barreras de olor costaban una pasta y hasta que Corsino nos dejó a la burra una temporada no nos libramos de él. Mi padre fue a León a llevar al médico a alguien y Amador estaba en su habitación. Igual cayó algo porque en la cuadra había más telares que dios y cajas sin abrir de cuando marchó mi madre. Volvió a oírse algo más fuerte. Algo crujió o algo se rompió. A la mañana estuve segando la huerta de Eliseo y tenía la ropa hecha una mierda, pero me la volví a poner y salí al pasillo. Estaban todas las puertas abiertas. Hasta la de Amador. Ahí me asusté y bajé corriendo. En la barandilla de las escaleras había tres pantalones de mi padre que dejaba ahí para joderme y una toalla del baño que no cabía en el tendal. Pensé que si no había pasado nada lo primero que iba a hacer era tenderla y mandar los pantalones de mi padre a tomar por culo a ver si aprendía. Seguro que en los bolsillos había décimos de lotería de

varios años distintos. Los escalones los salté de dos en dos. Las persianas de la cocina estaban bajadas pero entraba algo de luz, mi padre se dejó la tele encendida y como el canal era de fútbol y a esa hora no había partido, solo ponían un vídeo con el logo de la cadena con una música hortera. En la pica estaba toda la loza del día anterior sin fregar. En el salón no iba a haber nadie tampoco. Ni en el baño. Ni en la despensa. Ni en la leñera del pasillo. No quise llegar a la cuadra, pero entré por la puerta de chapa a toda hostia. Alguien la dejó abierta también. El techo de la cuadra estaba entibado con unas postas de madera que trajo de la mina mi padre. La más grande tenía una soga atada que tenía roto el extremo que colgaba. Por el suelo vi varias cajas de Kas Naranja desmoronadas que en algún momento estuvieron apiladas en el esquinazo. Se había levantado mucho polvo. El otro trozo de la soga estaba en el suelo y le hacía un lazo en el cuello a mi tío, que jadeaba. Tenía el cuello rojo, los ojos inyectados en sangre y lloraba. No pude moverme. Me quedé quieto. Intenté recordar cuando Rosi, la profesora de Educación Física, nos enseñó en el instituto la maniobra de reanimación. Pero me fumé un porro en el recreo y Dani, un chaval de Geras, dijo que a la gente solo había que animarla, no reanimarla. Yo me reí mucho, Rosi nos puso un parte y me lo firmó mi tío. Mi tío, el que estaba tirado en el suelo llorando después de haberse intentado colgar.

Intenté cortar la soga, pero me daba miedo mancarle el cuello con la navajilla de Taramundi que tenía el acero mezclado con no sé qué y por eso eran mejores que las de Albacete, o eso decía Eliseo. Intenté imaginarme desde fuera, arrodillado y llorando, pero no lloré. Ni grité. Solo me temblaba la mandíbula y no me salía la voz. Debí gritar o no porque apareció mi padre y solo repetía vais a acabar conmigo, vais a acabar conmigo, vais a acabar conmigo.

Enderezó a mi tío, cortó la soga y tiró la navaja a tomar por culo. Hizo todo lo que yo no pude. Mi tío jadeaba y no nos miraba a la cara a ninguno. Creo que mi padre quiso llorar y no lloró. Vais a acabar conmigo, vais a acabar conmigo, vais a acabar conmigo. No dejó de repetirlo. Yo no supe qué hacer. Nunca me sentí más inútil. Atropé las cajas de Kas sobre las que se intentó suicidar mi tío y las llevé de vuelta al esquinazo como si con eso fuese a arreglar algo. Me fijé en los huecos del techo, o mi padre los quitó o cayeron, pero ya no estaban los nidos de las golondrinas y si los nidos caían o los quitaban, moría una vaca de casa. Eso lo dijeron siempre los viejos de mi pueblo. Mi padre tocó la viga del techo y menos mal que Amador estaba gordo y que los últimos años en la mina la madera para los cuadros era mala y había cedido. Igual que la soga. Amador pidió agua. Menos mal que estaba gordo y no supo hacerlo. Hasta ese momento no me fijé en que se puso elegante para intentar matarse. Y lo hizo solo. Se vistió con lo mejor que tenía para colgarse en la cuadra.

—Papá, al hospital.

—¿Qué coño nos van a decir en el hospital?

—Yo lo llevo. Tengo coche.

—Ahora que tienes coche te piensas que eres el príncipe de Beckelar. Pero no es por el coche.

—Al médico no voy, bobo.

Miré a Amador. Se zafó de mi padre y me secó las lágrimas con las manos que le olían a vaca aunque se las lavó para colgarse.

—No pasa nada, no pasa nada, no pasa nada. —Amador por fin nos miró—. Ni médico ni nada. No pasa nada.

Mi tío estaba flojo y mi padre le agarró y le puso la mano en la espalda como nunca me lo hizo a mí. No pasa nada, no pasa nada. Mi padre le preguntó que cómo se le ocurrió hacer eso. No pasa

nada, no pasa nada. Iba a estar un rato repitiendo lo mismo, así que era una tontería seguir preguntándole nada. Mi padre lo dejó en la puerta, se quedó quieto sin atreverse a salir o a cerrar. No pasa nada, no pasa nada. Mi padre se volvió hacia mí.

—Papá, que se intentó ahorcar.

—No sabe hacerlo.

—Lo puede intentar con otra cosa.

—No tiene huevos con otra cosa. Mientras no haya vacas, tranca siempre la cuadra y esconde las sogas y las guitas. Aunque con esta mierda de madera malo sería. No sé cómo no tuvimos más accidentes en el pozo.

—¿Y ya está?

—Y ya está, sí. Me oíste, ¿no? Tranca la cuadra cuando no haya vacas y esconde las sogas. Y ni una palabra a nadie.

Puto animal. Tuve ganas de darle un cabezazo y muchas hostias. Nunca le di a nadie ni un tortazo, pero si hubiese tenido valor ese día creo que le hubiese reventado. Aunque fuese solo por la rabia. Tuve ganas de verlo colgado a él. Luego me arrepentí, o quizá no. Pero, como siempre, me quedé quieto. Apretando los dientes y siendo un cobarde y un tibio. Mi padre esperó unos segundos a que le contestase. Yo intenté aguantar los segundos que le quedaban para salir de la cuadra, pero no fui capaz y lloré. Mi padre se dio la vuelta sin ni siquiera mirarme. Amador volvió a repetir que no pasaba nada. Antes de salir mi padre se giró.

—Llora, llora. Que el que se queda aquí soy yo.

DIEZ

No sé qué hubiese hecho si se llega a matar mi tío. Supongo que marchar para siempre; llamar a mi padre una vez al mes para hablar de cómo va la Cultu o de las vacas, o de qué sobrino de quién había vendido alguna huerta o de si Bardón hijo iba a subir por las grindallas de la iglesia este año para tocar la campana el día de Santa Columba. Seguro que si se llega a matar, mi padre y yo nunca hubiésemos hablado de mi tío. Si Amador se llega a colgar bien, hubiese mandado toda su ropa a tomar por culo y me quedaría con el jersey viejo de Lacoste que heredó de mi padre, solo por quedar con algo que oliese todavía a Amador; a sudor, a cuadra y a leña; guardaría los discos de rancheras y poco más hubiese podido hacer porque mi tío no tenía mucho más, solo las vacas y la alegría que le daban los domingos con Piedad.

Yo también dejé de salir de casa. Empezó a preocuparme que pudiese colgarse aprovechando cualquier momento que nos pillase fuera y tranqué toda la casa menos su habitación, la cocina y el baño. Escondí los cuchillos, los aperos y las herramientas que le pudiesen dar ideas y cogí la costumbre, cada vez que me prendía un cigarro fuera, de llamar al fijo de casa aunque no lo cogiese, porque sabía que solo con el ruido iba a desconcentrarse estuviese haciendo lo que estuviese haciendo. Incluso miré un GPS para perros por si salía de la habitación cuando nosotros andábamos en la nave, pero la suscripción era anual y muy cara, y yo quería pensar que a mi tío

se le iba a pasar esto antes de que yo me fuese. De la casa a la nave y de la nave a la casa. Miré en internet lo que había que hacer con alguien que había intentado suicidarse: no minimizar lo que siente, no juzgar ni cuestionar, no dar consejos instantáneos, no hacer promesas que no puedes cumplir y no dejar a la persona sola. Y no tratar de quitarle las ideas suicidas. Yo casi nunca entraba en su habitación, a veces me quedaba en la puerta para ver si lloraba, pero al crujir la madera del suelo me sentía y se callaba. Cuando entraba apoyaba el culo en el radiador y nos quedábamos en silencio mucho rato mientras él no dejaba de mirar la ventana que daba al río. También leí que había que preguntar abiertamente a la persona y dejar que se expresase.

—¿Por qué hiciste eso?

—¿El qué?

—Lo de la cuadra.

—Porque sí.

—Eso no es una respuesta.

—Me da igual.

Por las noches a veces salía a conducir con el FZ por la Cillarona. Iba con la música y la ventanilla abierta aunque fuese octubre porque vivía con la sensación de que tenía que pagar por algo, que tenía que cumplir una penitencia. Imaginé que esquivando un corzo me despeñaba y así Amador tendría que salir de la cama porque alguien tendría que ayudar a mi padre con las vacas. O quizá mi padre se pusiese tan triste que Amador tendría que salir de la cama a cuidarlo. A los bichos no hay que esquivarlos, pero a ver quién es el guapo que acelera cuando tiene una corza delante. Yo nunca fui capaz, siempre esquivaba, menos mal que por estas carreteras en invierno nunca viene nadie de frente. Me acordé de otra cosa que

tenía que hacer antes de marchar a Madrid, sacarle el seguro de fauna cinegética a mi padre y llevar el Suzuki a que le pusiesen las ruedas de nieve, él nunca andaba atento a esas cosas. No estaba seguro si mi tío iba a intentar colgarse otra vez, pero a este paso se iba a morir de pena. Era un suspiro que no salía de su habitación. No salía ni un ruido. Algún eructo vergonzoso o quizá un pedo triste que ya no me hacían nada de gracia. Investigué que podía denunciar a mi padre por omisión del deber de socorro y denegación de auxilio, pero la culpa era mía por no enfrentarme a él y no meter a mi tío en el coche y llevarlo para el Hospital de León.

Me llamó Kaloyan y me dijo que me tenía que contar una cosa. Le dije que viniese a casa, no me atrevía a dejar solo a Amador, él me preguntó si estaba mi padre y le dije que no. Entonces voy, me dijo. Se notaba que no estaba de servicio porque me aceptó una cerveza y me preguntó si podía hacerle un porro. Kaloyan me pidió perdón por no habérmelo contado antes, pensó que no era importante, que no iba a tener nada que ver y que era una pijadina. Ni siquiera lo recordó hasta hace unos días. Me dijo que antes de que desapareciese Piedad, vino Luis a hablar con ella, no folló con ella porque se quedaron en el parking ni folló con ninguna de las otras. En ese orden, me dijo, podía estar tranquilo. ¿Qué coño hacía mi padre con Piedad? Estuvieron un rato discutiendo. Tu padre gritó fuerte y le pidió que le devolviese el anillo.

—En Bulgaria los porros son mierda.

—¿Qué anillo?

—Tu tío regaló un anillo a Piedad. Eso pensé que sabías.

Le hice un agujero al hule con el mechero de lo nervioso que estaba. No, no lo sabía. No tenía ni puta idea de que mi tío le había regalado un anillo a Piedad.

—Se iban a casar. —Levantó las cejas y le dio un tiro al porro. Se lo estaba talando.

—¿Y quién te lo contó?

—Se dice, la gente.

—¿Lo dicen en el Cubalibre o lo dicen por ahí o dónde lo dicen? ¿Quién lo dice?

—Ramiro, macho, yo no sé. No digas a tu padre que yo te lo dije. ¿Cuándo te vas?

—La semana que viene.

Me preguntó que qué tal estaba mi tío. Que ya se había enterado de que Amador había tenido un accidente al resbalar de un tejado. Mi padre ya se ocupó de que nadie se enterase de lo que había pasado. Yo solo estaba deseando que Kaloyan marchase para poder subir a hablar con Amador, él solo hacía tiempo antes de entrar al curro. Le di un chorizo y unos huevos y le dije que tenía cosas que hacer. No tenía nada que hacer, no hacía por hacer nada, no sé cuántos días llevaba sin ducharme y sin parar de fumar canutos.

—¿Le regalaste un anillo a Piedad? —Amador asomó por debajo de la manta de franela y asintió—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Por si me reñías. Por si te reías.

—¿Se lo dijiste a papá?

Amador se encogió de hombros y se volvió a meter debajo de la manta. La habitación olía agrio.

—¡Amador, joder! Dime la verdad de una puta vez. —Yo estaba de mala hostia porque tenía que ser el padre de mi tío y Amador estaba nervioso porque la conversación se estaba convirtiendo en una riña y le había llamado Amador.

—Lo compré con mi dinero. Pero me vieron en las joyas de León y le dijeron a Luis.

¿Por qué mi padre no me dijo nada? Me encendí un cigarro con la ventana abierta, hice ruido al aspirar y eché el humo por la nariz para que mi tío entendiese que estaba muy enfadado. Pero no lo estaba tanto.

—Yo me alegraría de tu boda.

—Ya.

—Yo también quiero mucho a Piedad.

—Íbamos a invitarte.

—Ya lo sé, ¿cómo no me ibas a invitar? Yo el primero.

—Ella dijo que poquita gente y en un sitio riquiño.

—Es que ella es muy riquiña. —Eso siempre lo decía ella. Con lo riquiña que soy yo.

—Y muy buena.

—Sí, es muy buena, sí.

Amador se encogió de hombros tres veces seguidas.

—Vete.

Me quedé de pie mirándolo. Quise darle un beso y un abrazo pero no fui capaz. También leí que hay que mirar, sentir y entender las razones por las que alguien se quiere matar.

No quise pensar, pero pensé que mi padre le hizo algo a Piedad. Que alguien vio a mi tío saliendo de una joyería en León y se lo contó a mi padre. Que mi padre hizo sus averiguaciones preguntando en el Cubalibre y viendo la cartilla del banco. Que mi padre se acojonó, ¿y si su hermano se casa con esa? ¿Qué pasa con la herencia? Que no iba a consentir que nadie en esa casa se gastase cien o doscientos euros o los que fuesen en el anillo de una puta con la que se encaprichó mi tío y mucho menos que se casasen para que se quedase con la mitad de todo y con la agraria. Que toda la vida trabajando para que ahora se quedase la mitad una puta por

haber echado cuatro quiquis mal echaos. Que no había derecho. No lo dije en voz alta porque estaba solo, pero sí que pensé que seguro mi padre le hizo algo a Piedad. Quizá Amador amañó un testamento, por un momento dudé si Amador sabía lo que era un testamento, pero en los pueblos todo el mundo sabe lo que es un testamento por mucha discapacidad que se tenga. Estaba muy fumado y a punto de que me empezasen las taquicardias. Yo vi a mi padre matar gochos y gallinas y pegarle un tiro a un perro que tuvimos que intentó morderme. Y no quise pensar, pero lo pensé y casi me convencí de que mi padre le había hecho algo a Piedad. Porque otra explicación no había a que esa mujer hubiese desaparecido, y en el fondo yo sabía que no podía ser. Pero ¿y si sí? ¿Y si por eso marchó mi madre? Que no, Ramiro, que no. Pero quise comprobarlo.

Esos chalés adosados a las afueras de La Robla no parecían casas de La Robla. Me esperé en el coche a que terminase la canción de Los Sabandeños con María Dolores Pradera porque me daba mucho miedo lo que estaba a punto de hacer. Me tomé el doble de tiempo en cerrar las dos puertas delanteras y el maletero porque esas cerraduras del FZ siempre dieron muchos problemas y yo no quería hacer lo que iba a hacer. Comprobé si cerré bien una vez más aunque estaba seguro de haber cerrado y crucé la calle. La cancilla pequeña estaba cerrada pero no había timbre, había que abrir y entrar por el jardín subiendo unas escaleras. Entré. La cicatriz del sabañón me dio un latigazo. Estaba temblando. Estaba a punto de llamar al timbre pero no llamé. Se oyeron unas voces en el patio de atrás. Por delante estaba todo apagado. Era una voz de mujer riñendo a un chaval. En ese momento sentí que aquel era el último sitio del mundo en el que me apetecía estar. Aunque igual eran los vecinos. Me sudaba la espalda y se me subió el estómago al

pescuezo. En el césped, porque aquello no era hierba, era césped, había juguetes pastando. La cantidad de juguetes me hizo pensar que a mi hermano, ¿o sería hermanastro?, lo querían más que a mí. Aunque supongo que pensé que me daba igual. Ahora se oían muchas más voces. Alguien le estaba dando una sorpresa a alguien. No llamé al timbre, bajé corriendo, salté la cancilla, crucé la calle y me metí en el coche. Ojalá no me hubiese visto porque seguro que reconocía el FZ. Arranqué rápido y marché como si nunca hubiese intentado hablar con mi madre para preguntarle si creía que mi padre le podía haber hecho algo a Piedad. Cuando me metí por la carretera antigua de la cantera, paré el coche y llamé al fijo de casa para distraer a Amador de lo que estuviese haciendo. Lo cogió mi padre, me dijo que estaba todo bien. Que fuese para casa. Supongo que siempre supe que no fue mi padre, pero necesitaba echarle la culpa a alguien que no fuese yo.

Cuando llegué se estaba fumando un cigarro en el tronco de la nogal que cortó sin mi permiso hace unos años aunque era mi árbol favorito.

—Ya hablé con tu tío.

—¿Y qué te dice?

—Tu padre será muchas cosas y eso lo sé yo el primero. Pero si piensas que yo le hice algo a Piedad por un anillo maluco, vas guapo.

Era la primera vez que decía Piedad y no la llamaba esa o la del cubalibre o la gallega.

—Ya lo sé.

—Yo lo único que hice fue pedirle el anillo para devolverlo. Que con el dinero le podíamos ir pagando al veterinario.

—Ya lo sé.

—Ten cuidado en Madrid, hijo. Que ya eres lo único que me queda.

—Te queda tu hermano.

—No sé yo. —Mi padre miró hacia la ventana prendida de mi tío.

—Buenas noches, papá.

Fui hacia la puerta de casa mientras le escuchaba murmurar. Buenas noches, buenas noches, ¿para quién? Para quien las tenga.

Hala, ya está. Ya podía irme. Siempre pensé que nunca necesité la bendición de mi padre para nada. Que toda la vida fui un miedoso e hice todo lo que me decía por Amador, porque no se enarbolase y estuviese bien, pero ahora por fin sí que sentía que me podía ir. Que podía dejar el pueblo y volver como vuelven los veraneantes, que podía tener una vida fuera de aquí, de las vacas, de mi padre y de mi tío. Nunca pensé que me costaría tanto marcharme, siempre pensé que sería un portazo y a tomar por culo. Pero no. Me daba pánico y remordimientos dejar en casa a esos dos paisanos solos. Bueno, mi tío ya no era un paisano, de mi tío solo quedaba la pelarza. En la radio contaron una vez que un central de la Cultu después de perder en casa cogió un AVE a Madrid para irse de fiesta y tardó unos días en aparecer. Qué envidia, qué fácil.

Esa noche no fumé marihuana después de mucho tiempo y soñé. Soñé con el tío Zalo. El tío Zalo era soltero, cazador y algo pariente nuestro. Una vez trajo un perrín que era un mil leches pero que tenía algo de setter o de pointer o de algo de caza. Me dejó ponerle nombre y elegí Goku, aunque el tío Zalo lo llamaba asa de cántaro porque era como la berza, que aguantaba encima metro y medio de nieve. Siempre creí, y me hicieron creer, que Goku era mi perro. Por eso cada vez que el tío Zalo subía a cazar le acompañaba hasta el gallinero que tenía Pacita en la Barrera, me despedía de Goku para

siempre y luego ya me daba la vuelta. No me dejaban más y me amenazaban con los tiros que me podía llevar, pero yo sabía que era porque el tío Zalo era furtivo y prefería ir solo. Cuando bajaban del monte, yo les esperaba en su huerta con un capazo de agua caliente y unas pinzas para limpiarle el rabo a Goku. Lo tenía como un plumero y siempre bajaba con él breao de espigas, de cachos de las urces y de pegollos. Yo lo hice siempre encantado, pero pasaron los años, tuve edad para tener que hacerme cargo de nuestros animales y dejé de ir a quitarle las espiguinas a Goku y tuvo que empezar a hacerlo el tío Zalo. Pronto empezó a decir que estaba harto de echarle una hora al puto rabo del perro cada vez que bajaban y un día se hartó y se lo cortó con el hacho de la leña. No le dio tiempo ni a curarle el muñón, Goku salió corriendo por la Perida y nadie lo volvió a ver. Igual lo comió el lobo o igual no. Yo alcancé a ver el rabo, lleno de sangre y de espigas, en el suelo de la cochera de Zalo, y aún pienso que aquello fue mi culpa.

Al día siguiente me desperté, desayuné y me duché. Envié un mail a la universidad diciendo que por cuestiones personales e ineludibles no iba a poder matricularme ese año, que si por favor me podían devolver el dinero. Lo lamentaba mucho de verdad, a quien corresponda y toda esa mierda que pones en un mail. También escribí a Asier para decirle que muchas gracias pero que al final no podía ir a Madrid, que me iba a quedar en León un añito más y que cuando quisiese estaba invitado a casa, que yo vivía en un pueblo muy bonito de la montaña. Lo último era mentira porque yo nunca invité ni quise invitar a nadie a mi casa. Fui a la habitación de Amador, subí la persiana y le destapé. Olía a pis y a sudor, me miró como si estuviese loco, le agarré el brazo peludo y lo saqué de la cama.

—A ponerse guapo, que vamos a buscar a tu moza. Por favor.

ONCE

Amador nunca hizo una maleta. Cogió una mochila mala de las que daba antes Caja España y metió un par de camisas, dos discos de rancheras que no íbamos a poder escuchar en el FZ y un cuaderno con tres hojas en el que tenía apuntado el número de teléfono de Piedad. Las camisas olían a humedad asgaya; cuando no tendía yo la ropa, no la tendía nadie, y Amador y mi padre la dejaban en la lavadora durante días hasta que yo ya no podía más y la sacaba. Mi padre se inventó que la ropa tenía que reposar en la lavadora y mi tío también aprendió a decirlo porque ninguno quería tender. Ni yo tampoco, no te jode, pero había que hacerlo para no parecer qué sé yo lo que parecíamos, una cuadra en vez de una casa. Una familia de no sé dónde que vi en *Un país en la mochila* y que solo se lavaban en verano y en el río y cagaban en un furaco, a esos nos parecíamos.

No le dije a mi tío que igual dormíamos en casa esa noche porque era la primera vez en muchos días que le escuchaba tararear, estaba contento y no me daba pánico que se metiese en la cama otra vez, así que yo también me puse a hacer una maleta que lo más seguro es que no fuese a deshacer. Hice un bulto con ropa vieja y metí un cepillo de dientes y el cargador del móvil. Yo quería que apareciese pero sabía que Piedad no iba a aparecer, lo que estaba haciendo era ganar tiempo e intentar sacar a mi tío de la cama, por eso le dije que sí a su plan de mierda.

—Vamos hasta Urense. Tú conduces y paramos en todos los puticlús de camino.

—Vale, acuérdate de coger la foto para que la reconozcan.

Se señaló el bolsillo delante de la camisa como diciéndome la llevo aquí y está todo controlado. Pero no había nada controlado.

—Y no podemos ir por la autovía porque los puticlubs están en las nacionales y además así nos saltamos los peajes.

—Los peajes. Los peajes. Muy bien, chaval. —Me miró desde arriba, como un adulto, como cuando me contaba lo que hacían él y Piedad cuando quedaban solos.

Bajé y preparé dos bocadillos de cecina con almendras fritas de bolsa, una botella de agua y dos botas de vino, una con vino y otra con orujo para ir dándosela a mi tío y que se durmiese por si había que volver a casa y se me revolvía. Eso me daba también mucho miedo, no poder controlarlo lejos de casa. Eché dos o tres troncos y una palada de carbón para que estuviese la cocina calentina para cuando llegase mi padre y ese gesto me sorprendió hasta a mí.

No dejamos de dar vueltas por casa porque Amador no encontraba su peine, un peine con funda de esos que regalaban antes cuando las bodas se celebraban en casa y con el que solo se peinaba su pelo de Gollum los domingos. Había peines a joder en casa, pero él quería ese y tardamos todavía un rato en salir. Y aun con todo, salió de casa como si no fuese a volver nunca y hasta cogió una cazadora, mi tío, que no se puso nada de abrigo en la puta vida. Ni siquiera cuando se pasó la tarde entera del día de Reyes espalando nieve a menos no sé cuántos grados bajo cero para que pudiese pasar la cabalgata. Los del concejo le dijeron que lo mejor era que me llevasen a otro pueblo a verla, que siendo el único niño del mío no merecía la pena que anduviesen dejándose el lomo

varios paisanos. Al final por sus cojones pasó la cabalgata por nuestro pueblo y el único niño, que era yo, pudo ver a los Reyes que eran Corsino, un portugués que trabajaba en la mina y el nieto de uno de Rocera que se despeñó cazando.

Antes de irnos, Amador quiso ir a los praos de arriba a despedirse de las vacas. Me lo pudo haber dicho antes de haber cargado el coche porque me daba miedo rozar los bajos del FZ por esos caminos de dios, pero no dije nada. Mi padre me contó que cuando él era guaje había vacas paciendo en praos con tanta pendiente que los paisanos no podían bajarse del burro, pero ya no, los comió la maleza y apenas quedan los muretes de las sebes. Cortó un saco de pienso por la mitad y lo llenó de piedras de sal para darle a las vacas, se notaba que ya no había veraneantes regando porque la presa bajaba con muchísima agua. Crucé el coche en el camino mientras Amador levantaba los mourones desde fuera. Ni siquiera me preguntó si quería ir con él, era su despedida y punto. Y, además, me figuro yo que quiso ir a pedir perdón después de haber estado tantos días sin hacerles ni puto caso. Se oyeron todos los cencerros de golpe. Garbosa, Maja y Gitana se pusieron a bramar cuando lo vieron pensando que traería alguna alpaca; Paloma, Macarena y Rubia y el resto de las mayores andaban con cuidado de no pisar la hierba que se iban a comer para que estuviese jugosa; Carolo no se despegaba de Juncal, pero amagaba para jugar con Fosca y Marela, que aunque eran un poco más mayores no habían perdido las ganas de rebincar. Y eso que la Fosca estaba preñada. Amador fue parando una a una, les daba a lamer un poco de sal, miraba las pezuñas si andaban pesadonas y algo hablaba con ellas. Amador siempre habló con las vacas, aunque le daba vergüenza porque él pensaba que hablar con las vacas, y no todo lo demás, era

lo que le hacía parecer tonto. No conocían a muchos, pero para ellas mi tío debía ser el mejor ser humano con el que se cruzaron en la puta vida. Amador bajó despacio, a cada poco se daba la vuelta para mirar sus vacas como si en vez de tener vacas tuviese un Audi y se despidió también de Sansón y de la Mori, los mastines, que le acabaron babando el pantalón de pana limpio.

—¿Pusiste tú el crotal de Carolo?

—No.

—Vaya chapucina.

—Ahora vas a tener los pies mojados todo el día y a saber cuándo volvemos.

—Me da igual.

—Podías dejarte aquí un par de madreñas.

—Es guapín, Carolo. Muy guapín.

Arranqué y dimos vuelta, en los praos que no había vacas ya habían salido las flores. Bajé despacio porque la vuelta era de bajada y me daba miedo encallar las ruedas del coche en el barro, como ya no regaba nadie se salía el agua por todos los sitios y estaban los caminos hechos un cristo. Al pasar por la puerta de casa nos encontramos a mi padre, estaba en medio de la carretera moviendo la leña que trajo del chamizo. Paré y se apoyó en mi ventanilla. Miró a mi tío y no dijo nada al verlo fuera de la cama. Solo sonrió.

—Era curioso Eliseo. Está nuevo el coche.

—Nos vamos a buscar a la mi moza.

—Pues cuando la encontréis le decís que no se puede ir sin avisar. Que mira qué disgusto nos dio a todos.

Que mira qué disgusto nos dio a todos, dijo. A todos. Mi padre me guiñó un ojo con cuidado de que Amador no se diese cuenta, me agarró del antebrazo y me apretó un poco. Fue algo parecido a una

muestra de cariño sin serlo. Y se creería que con eso era suficiente. Estaba contento de ver a mi tío hablador y fuera de la cama. Soltó un resoplido y le dio dos palmadas al coche para que arrancásemos. Tiré y le vi por el retrovisor solo, en medio de la carretera con el saco de tocones de leña. Igual que mi abuela cada vez que me venía a buscar el taxi de Senci para llevarme al colegio.

Amador volvió a enganchar la foto de Piedad en la rejilla del aire acondicionado y se puso a tararear. En Rioseco cambiamos de carretera y siguió tarareando lo mismo, yo creo que iba pensando que la íbamos a encontrar y en su cabeza se iba montando el cuento de la lechera. Primero aparecía, luego se casaban y luego la sacaba del Cubalibre. Yo sé que siempre que tarareaba concentrado es porque se imaginaba cosas buenas que no iban a pasar y lo sé porque en eso nos parecíamos mucho, yo siempre pensaba en cosas buenas que iban a pasar y que luego no me pasaban. A mi madre le debió pasar algo parecido, pensaría durante mucho tiempo que ella se merecía algo mejor que vivir en esa casa de cafres, lo imaginaría muchas veces y al final algo bueno le pasó, pero para eso tuvo que salir de la casa de cafres. Paramos a comer una sopa de trucha en La Garandilla y en el restaurante saludaron a Amador un par de paisanos. Se conocían de hacía muchos años cuando mi tío jugaba a los bolos, pero a mí no me conocían de nada y en sus caras noté que pensaron que yo era un chaval que le estaba intentando sacar los cuartos a un tonto. Mientras se terminaba la pota de sopa sin preguntarme si yo iba a querer más, me dijo que a ver qué íbamos a hacer con la universidad. Que igual Piedad no quería venir a Madrid con nosotros, yo le dije que ya no quería ir. Miró al techo varias veces y sopló la sopa muchas más.

—Mejor. Mejor.

—¿Mejor por qué?

—Porque es muy lejos eso.

En internet decían que en La Cepeda había tres clubs de alterne: el Cabaret, la Viajera y el Pink Palace. Mi tío quería ir a los tres convencido de que no nos iba a hacer falta llegar hasta Ourense, Piedad iba a estar en uno de esos, así que pedimos el café y nos trajeron un cenicero porque a esas horas ya no iba a ir gente y podíamos fumar dentro. ¿Y si vienen los guardias?, dijo un paisano. Esos son los peores, que encima le dan mucho a esto, dijo otro mientras se señalaba la nariz. Alguien nos preguntó si queríamos echar la partida, yo no quise jugar porque mi padre nunca me quería de pareja porque decía que era muy malo al tute y Amador siempre se aburría, pero aun así quiso quedarse a mirarla. Amador preguntó a los paisanos por Piedad y ellos dijeron que eso eran cosas de curas. Y se rieron. También dijeron que si la de Miguel Ángel, y se volvieron a reír. Amador, que no entendió nada, se sentó igual. En nuestra zona casi ya no había partidas porque no quedaban muchos paisanos y a Amador le gustaba verlas porque mi padre era muy gracioso jugando. La primera vez que eché un trago de alcohol fue robándole a mi padre el orujo del taburete donde apoyaba las copas y el cenicero del puro mientras jugaba; él no me dijo nada, pero cuando llegué a casa y mi abuela se enteró quiso que hiciese gárgaras con vinagre. A mi padre, que ese día, y casi siempre, se le alargaba la partida, le hizo mucha gracia y le dijo a mi abuela que el vino, el orujo y el whisky eran las tres mejores bebidas que había. Hasta para los guajes. Que no pasaba nada. Y mi abuela no contestó, solo le puso la misma cara de retorcida que me empezó a poner mi padre a mí cuando mi abuela murió. Me aburría y no quería fumar marihuana porque tenía que conducir, Amador cada vez que alguien ganaba una mano decía toma o toma ya, aunque no

entendiese nada. Solo por participar. Volví a sentirme como cuando era pequeño y me pasaba horas en los bares esperando a que mi padre decidiese volver para casa, y como estaba harto, me aliñé un cigarro, me convencí de que eso no era un porro, solo un piti cargadete, y que eso no iba a ser problema para conducir. Pero me lo fumé en la calle por Amador. Pensé en qué iba a hacer ese año, en lo que me jodía darle la razón a mi padre y tener que hacer el puto módulo de calderería; pensé también en que si conseguía que a Amador lo viese alguien o viniese alguien a cuidarlo, yo me podría ir tranquilo el año que viene; pensé en volver a pedir la ayuda de la Junta para que viniese alguien a currar en casa y poner un poco de orden; pensé hasta en buscarle a mi tío una novia por internet para que se olvidase de Piedad y no intentase suicidarse otra vez. Pensé en lo contento que estaba mi padre viendo que yo me quedaba y Amador salía de la cama; pensé que él había ganado porque todo quedó como estaba antes de que desapareciese Piedad y eso es lo que él quería. La casa sucia, la ropa oliendo a humedad en la lavadora, los restregones, los restos de naranja por el azulejo y el aquí no pasa nada de puertas para fuera. Pensé en qué coño hacía en La Garandilla cuando debería estar en Madrid estudiando Historia del Pensamiento I y repartiendo pizzas por las noches de la semana porque me dijeron que en las noches de Champions había mucho curro.

Después del porro entré otra vez en el bar, me senté en la barra, cogí el periódico y me pedí un café. Mi tío seguía atento a la partida. Y ahí fue cuando lo vi. No lo debí ver entrar. Me chistó y me levantó la mano aunque me costó reconocerlo. Solo lo vi dos veces en mi vida y hacía mucho tiempo de la última. Algo de amistad tuvo con mi padre hace unos años, esas amistades que hacen los hombres

solteros que no saben ni freír un huevo y que echan las horas en los bares riéndose de los que están casados porque las mujeres aprietan. Vaya infelices. Creo que se llamaba Miguel, pero todo el mundo lo llamaba Malamiel; hubo una época que tuvo colmenas y le andaba la osa, así que una noche la esperó con la escopeta de caza y se la ventiló. La enterró en una era que era suya y dos o tres años después alguien que quiso hacerle una putada la desenterró y la dejó en medio de la carretera. A Malamiel lo cogió el Seprona, tuvo que pagar una lana de la virgen y me quiere sonar que algo anduvo en la cárcel. Se debió echar una novia en esta zona y aquí se quedó, cojeaba porque le dijeron que o dejaba de beber o le tenían que amputar un trozo de pie, y el tío dijo que cómo iba a dejar él de beber, así que le quitaron un trozo del pie y andaba con un taco de madera que le hacía de tope en el zapato. Tenía toda la barba teñida menos el bigote, que lo tenía amarillo de fumar, y los dedos llenos de anillos. Hasta en los meñiques. Otro desgraciado que se creía un dandi. Entró un guajín a pedirse un helado y la dueña dio una voz para que todo el mundo apagase los cigarros. Malamiel tenía una faria apagada en los labios y le dijo a la paisana que ya que abría el arcón, que si le daba un Cornetto de los de limón. El chaval se fue y volvieron el humo y los gritos de la partida. Después de dos o tres manos, Amador se levantó y me dijo que nos teníamos que ir ya, que había que llegar a Ourense antes de que se hiciese de noche, no se dio cuenta hasta ese momento de que tenía a Malamiel a mi lado en la barra. Lo saludó con la cabeza y nos preguntó que qué tomábamos. Ponles a estos lo que quieran, Ana. Amador dijo que no quería nada, Malamiel insistió, Amador empezó a mover la cabeza y a retorcerse las muñecas. Que él no tomaba nada, que él no quería nada. Que no y que no. Yo le di las gracias y el tipo se puso a echarle a la tragaperras sin dejar de mirarnos. Amador se empezó a

poner nervioso, muy nervioso. Yo le agarré las muñecas para que no se las retorciese, pero se sacudió con una fuerza que se quedó todo el bar mirando. Malamiel se marchó. Amador le dio un golpe a la barra que todo el mundo se calló y los platines de los cafés temblaron. La dueña nos dijo que aire, que ya tuvimos bastante y que ella no quería líos en el bar. Le intenté explicar que a mi tío a veces le daban esos ataques y no me dejó terminar, me dijo que los ataques fuera. Los que echaban la partida no dijeron nada porque Amador solo les hizo gracia la primera media hora y les daba igual que nos pusiesen la cara roja. Amador me agarró del brazo y me sacó a la calle casi arrastrándome, se puso a mirar en los tres o cuatro coches que había aparcados en la cuneta de la carretera. Siguió retorciéndose las muñecas y ladeando la cabeza. Cuando terminó de comprobar lo que estaba comprobando se acercó a mí.

—Marchó. Marchó.

—¿Quién marchó? ¿Malamiel?

Amador asintió y se puso a llorar. Se agarró muy fuerte al retrovisor del FZ y pensé que me lo arrancaba, lie un cigarro y se lo puse en la boca como un chupete para que se tranquilizase. Le dije que si quería un trago de orujo. Le pregunté mil veces qué pasaba y estaba tan enfrascado en llorar que no se le entendía nada.

—Lo tiene él.

—¿El qué? ¿Qué tiene él?

Le costó volver a arrancar, pero arrancó.

—El anillo de Piedad.

DOCE

Me dio miedo que Amador le diese una hostia al primero con el que se cruzase. El parking del bar estaba vacío porque en estos pueblos la gente sigue aparcando en la cuneta, entre el verde y la carretera. Le pregunté si nos metíamos en el coche y que no. Me lo llevé a la parte de atrás del bar, tenían un acumule que daba miedo. Mesas de plástico para el verano, comederos de gatos, dos o tres calderas viejas y unas mesas de ping-pong a medio cerrar. Todo lleno de óxido o de mierda o de agua o de las tres cosas a la vez. También, apiladas, había varias cajas de Kas como las que usó Amador para intentar matarse en la cuadra. Aunque estas eran de Kas Limón y Amador se colgó con las de Naranja. Mi tío estaba muy nervioso, pero conseguí sentarlo en un tocón podrido que daba a un pequeño arroyo, los perros de una finca que había al otro lado del agua empezaron a ladrar. Amador posó las manos en las rodillas y miró hacia delante; podía haber dos perros ladrando o Cristiano Ronaldo haciendo una chilena que mi tío iba a seguir sin reaccionar. No sabía por qué, pero yo estaba más asustado que él. Aunque no estaba seguro de si mi tío estaba asustado o solo en un bucle de esos jodidos que le daban.

—¿Era el mismo anillo?

—Sí, de oro y con una piedrina colorada.

Amador asintió. Ladeó la cabeza, pero poco. También se agarró las muñecas, pero poco. Se apretó los dedos de una mano con la

otra hasta que los escurría. Como si se los estuviese desenroscando. Mi abuela decía que se los afilaba.

—¿Y por qué lo iba a tener él?

Era imposible saber qué estaba pensando Amador y yo no hacía más que preguntar gilipolleces mientras pensaba en lo que pudo haber pasado. Que Piedad marchó a todo correr del Cubalibre por lo que fuese y perdió el anillo y lo encontró el miserable de Malamiel. Pero por qué iba este a hacerse cuarenta kilómetros a la montaña solo para echar un polvo pudiendo quedarse por aquí o irse a León. Que Piedad le debía algo y le pagó con el anillo. Que igual Malamiel quiso acostarse con Piedad y ella no, y él la forzó y le quitó el anillo.

—Oye, yo creo que Piedad no te engañó con él.

—Ya lo sé, bobo. Igual la mató.

—Home, no.

—Ya mató a una osa.

—Pero no es lo mismo matar a una osa que matar a una paisana.

En realidad era mucho más fácil matar a una paisana que a una osa. Amador no dijo nada, pero yo creo que sintió que yo estaba siendo un tibio y que no me atrevía a decirle lo que pensaba. Que igual a Piedad sí le hicieron algo. Los perros se estaban volviendo locos a ladrar y yo también. Me cago en mi puta vida, con el rato que llevábamos ahí tanto les costaba entender que no íbamos a cruzar el arroyo y a entrar en su mierda de finca. Miré a mi tío.

—¿Tú qué quieres hacer?

—Ir a por él.

Sabía que cualquier pregunta que fuese a hacer después iba a ser inútil. Mi tío quería ir a por él y punto, ir a por alguien para mi tío no significaba siempre inflar a hostias a nadie. Podía referirse también a salir a buscar a un ternero que se despistó. A ir a ver a alguien del pueblo que llevaba dos o tres días sin salir, o al revés, podía

significar también ir a buscar a alguien que fue a ver a los hijos a León o a Oviedo y no volvió. O al médico, que ya no viene ni los martes porque cerraron el consultorio. O a Fonso, que hasta el día antes de morir dejaba el teléfono en casa y se iba por ahí a beber claretes hasta que se abandonaba sin decirle nada a la pobre Teresa. La cosa era así, Malamiel era el único que nos podía decir algo de Piedad, aunque igual nos inflaba a hostias él a nosotros.

—Pues venga, vamos a por él.

—Vale.

Entré de nuevo en el bar y la tal Ana me empezó a gritar que qué hacíamos en la parte de atrás del bar, que seguro que andábamos haciendo algo raro. Me miró con asco. Sonaban las hostias de las fichas de dominó contra la mesa y los paisanos no paraban de fumar. En la tele anunciaban ofertas del Black Friday y la tragaperras seguía gritando avances. Demasiado ruido para tan poca gente. Le pregunté a Ana que si sabía dónde vivía Malamiel. ¿Quién es Malamiel? Nadie por allí le conocía por el mote que tenía en la montaña. La tal Ana me dijo que no me lo iba a decir, que eso seguro era ilegal, y que además él venía todos los días a tomar café y un Cornetto de limón y que a nosotros no nos conocía de nada. Le dije que lo queríamos localizar para pedirle el número para darle una sorpresa a un primo suyo que era de nuestro pueblo. Y yo me chupo el dedo, dijo la hija puta de ella. Me estaba poniendo como una moto. Como me falte algo de la parte de atrás del bar aviso a los guardias, que os apunté la matrícula del coche, dijo también.

—Pues llama, venga. Y si no, llamo yo. Así ven cómo tienes a los perros.

No sé ni cómo me atreví. Los paisanos de la partida comenzaron a aplaudirme por ponerla en su sitio. Ella se metió en la cocina

bufando. Uno de los de la partida que se levantó a por un palillo me dio una palmada en el hombro.

—Esta está acostumbrada a ponerse faltosa con todo el mundo pero a ella no se le puede ni rechistar. ¿Viste? Se pone como una hiena. ¿Sabes qué pasa? Que a veces vienen dos mariquitas de Astorga y se piden un TriNaranjus y se pasan toda la tarde haciéndose pajas en la parte de atrás y da igual las veces que los eche, que siempre vuelven. Yo le digo que no se ponga así, que dónde van a ir esas dos pobres criaturas a pasárselo bien. ¿Cómo dices que llamabais al paisano?

—Malamiel, creo que se llama Miguel.

—Hostia, Malamiel. Aquí no abre la boca, lleva una temporadina, pero no habla con nadie.

—¿Sabes dónde vive?

El paisano se cruzó de brazos y los apoyó en la barra.

—Tienes que ir por la carretera de Quintana, pasas Villagatón y ya enseguida vas a ver el polígono de Brañuelas. Puedes ir también por Los Barrios de Nistoso, pero la carretera es más puta. —El paisano se giró hacia un compañero de partida—. Román, ¿el trocín ese malo de la carretera de Nistoso lo arreglaron?

Román estaba poniendo otra vez el tapete de las cartas.

—Lo arreglaron, sí, pero para lo que hicieron mejor no hubiesen arreglado nada.

—Ahí lo tienes. Ve mejor por la carretera de Quintana, y cuando llegues al polígono tiras, tiras, tiras, tiras hasta que se acabe el asfaltado. Enseguida vas a ver una fábrica de huevos medio abandonada, medio ilegal, y ahí vive el figura este. En una caracola de obra. O eso me dijeron.

Le dije que vale. Que muchas gracias. Que si tomaban algo, aunque me daba pánico tener a mi tío solo fuera tanto tiempo con el

bucle que tenía en la cabeza. Román se levantó y se acercó para llevarse al paisano a una nueva partida. Esta gente no deja que un guajín como yo les pague nada. Román, que tenía la cara llena de venas rotas de llevar toda la vida bebiendo, me miró. En ese momento debió decidir que se podía fiar de mí. O quizá es que le di pena, como siempre. O quizá lo que temblaba por dentro se me notaba por fuera.

—Ahí vive, sí. Te lo digo yo. El yerno mío le lleva el butano. Dice que eso parece Bosnia.

—Gracias.

—Anda, rapaz. Si siempre que viene alguien a tocarle los cojones a esta, a nosotros nos presta la hostia.

Ana no sonrió con el vacile. Estaba esperando a que me fuese para ponerme pingando.

—Ten cuidado, que tiene fama de loco.

—Y con la carretera, que esta hora es muy puta y se te cruza un jabalí o un raposo y vas pa la cuneta echando hostias.

—¿Vino aquí con una paisanona que se llama Piedad?

—Mucho preguntas tú para darle una sorpresa a un primo, ¿no?

—Solo era por saber si seguía con la misma novia.

Les dejé pagada una ronda de cubalibres y salí corriendo. Amador ya me estaba esperando en el FZ con la mirada fija en ningún sitio.

—Ya sé dónde vive.

—Pues vamos a por él.

—¿Y qué quieres que hagamos?

—Pues encontrar a Piedad, bobo.

Cuando pasas por el embalse se acaba la montaña y empieza la ribera. Muchas casas dejan de ser de piedra y empiezan a ser de ladrillo y cuando miras atrás las montañas están cada vez más lejos.

Las señales de las radios locales cambiaban cada pocos kilómetros y ninguno de los dos hablaba. No sé qué pensaba Amador, pero yo no hacía más que pensar qué íbamos a hacer cuando llegásemos a la puta fábrica de huevos. Estaba cagado. ¿Qué hostias íbamos a decirle? No sé si fue Malamiel o fue otro, pero me contaron que un tarado de estos tenía siempre la escopeta de caza cargada detrás de la puerta. Corsino, creo que me lo contó. Que una vez le arregló el tejado y le encaló no sé qué pared, le pagó en negro y en vez de darle todo junto, lo sentó en el escaño de la cocina y le pagó tres mil y pico euros de cien en cien que sacaba de escondites por toda la casa. Y sin soltar la escopeta. ¿Sería Malamiel o sería Lolín el cabrero, el de Risqueda? Me di cuenta de que iba a treinta por hora y no supe si es que iba empanado o solo asustado. O igual fue el porro. Pasamos por varios pueblos que eran todos iguales; bares cerrados, persianas subidas y más tractores que chimeneas con humo. Amador se puso a trastear en la guantera, sacó una carpeta vieja con los papeles del seguro y tras rebuscar mucho atopó una navajina de Taramundi. Eliseo, que siempre iba con navaja para las setas, se acostumbró a esconderla en el coche cuando los guardias empezaron a multar por llevarla.

—¿Qué haces?

—Ese es malo. Ese no nació, a ese lo arrancaron.

Mi tío guardó la navaja en el bolsillo de delante de la camisa y se la palpó dos o tres veces.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Pegarle un navajazo? Si la tiene escondida lo primero que hacemos es llamar a la policía, ¿oíste?

Amador se quedó un rato mirando para el frente.

—Es que igual la mató, bobo.

Lo dijo tan tranquilo, como si lo supiese. Como si lo único que quedase por hacer fuese coser a navajazos a Malamiel. Y si la mató,

¿qué hacemos? Lo pensé pero no lo dije en voz alta porque si de verdad la mató, yo ni de coña iba a ser capaz de sujetarlo. Una vez vi a mi tío pegarse con un paisano que dijo que mi madre se andaba follando a la mitad de La Robla, el tipo me lo dijo a mí. Bueno, no a mí, lo dijo en voz alta cuando me vio comprando un Chococlack en un bar de un pueblo cerca al nuestro. Miró alrededor y no vio a mi padre ni a mi tío, pero mi tío sí estaba. No recuerdo la frase concreta, pero a mi madre la llamó chata y dijo que a las mujeres que marchan de casa les entra el celo. Que lo golfas que no fueron en casa lo eran fuera y que era mejor aprovechar ahora para montarlas. El subnormal lo dijo en voz alta y mi tío se levantó. Le estalló un paraguas en la cabeza, se le sentó encima y le empezó a dar hostias en el pecho como si fuese un gorila. Yo no dije nada, pero debió pasar un rato porque tenía los dedos llenos de vainilla derretida. Alguien avisó a mi tío de que lo iba a matar y mi tío no paró. Alguien gritó que estaba yo delante y entonces mi tío paró. Estuvo a punto de matarlo. El tipo se arrastró hacia la puerta y nadie le ayudó, así que me imagino que lo debía tener todo el mundo fichado por bocón y por hijo de puta. El del bar me invitó a otro Chococlack por el disgusto y me dijo que tenía mucha suerte de tener ese guardaespaldas. Aunque tenía ya diez o doce años, Amador se quedó conmigo toda la tarde agarrándome de la mano y diciéndome que no pasaba nada. Que mi madre no era una golfa. Cuando apareció mi padre dijo que qué pena, que las hostias se las tuvo que haber dado él al tipo hace muchos años. Y se quedó tan ancho.

La noche y la niebla se metieron de golpe. No sabía dónde estaban las luces antiniebla y por si acaso fui despacín. Pasamos el polígono y tiré, tiré y tiré como me dijo el tío del bar de La

Garandilla. Apagué las luces y me metí por la pista de tierra. Amador me miró raro y yo le quise explicar que era mejor apagar las luces para que no nos viesen venir como en las películas, pero no dije nada y volví a prenderlas. Dejé el coche en una escombrera y nos bajamos, cerré las puertas del FZ y no supe qué más hacer hasta que vi a mi tío ir hacia la puerta palpándose la navaja en el bolsillo. Corrí detrás de él, la fábrica parecía abandonada y tenía la puerta principal trancada. Alguien, seguramente Malamiel, rompió la alambrada y construyó una puerta pequeña con un somier oxidado. La caracola de obra en la que vivía estaba al fondo de la finca, pero casi toda la parcela estaba ocupada por la nave. Desde fuera se oían miles de cacareos a la vez que no eran cacareos, eran lloros de esos de final de llanto, como cuando los guajes aún con los ojos llorosos se tragan el hipo y se sorben los mocos. Le dije a Amador que lo mejor era atravesar la nave por dentro por si Piedad estaba secuestrada allí y así Malamiel no nos vería acercarnos. Yo no sabía qué hostias estaba haciendo, bueno, sí, ganar tiempo antes de enfrentarnos a un loco que nos podía pegar un tiro. Creo que me meé un poco.

Todo olía mal, pero no solo a gallinaza y a abono. También a podre. Amador cogió la barra de hierro que trancaba la puerta y me la dio. Enfiló a la nave.

—A ti no te va a pasar nada, ¿vale?

Me dio miedo lo sereno que estaba mi tío y me dio miedo tener que usar una barra de hierro. Ni siquiera podía agarrarla bien de lo fría que estaba. La nave tenía el techo altísimo y era muy larga. Había algunos tubos fluorescentes como los de mi instituto, pero solo dos daban luz, aunque sonaban todos y no se veía nada. No se dejaba de oír el cacareo. Tuvimos que darle a la linterna del móvil

para no darnos con un contenedor de obra enorme lleno de sangre, mierda, escombros y muchas gallinas muertas, al acercar la luz vimos también moscas y gusanos. Pisamos varios montones de plumas y mugre. En un lado de la nave estaban puestas cientos y cientos de jaulas juntinas de una punta a otra. Fuimos avanzando y mi tío me hizo un gesto para que fuese iluminando las jaulas. La mayoría de las gallinas estaban sin plumas y sin espacio, ni siquiera tenían hueco para levantar las alas. Otras tenían prolapsos con sangre y pus y media tripa fuera. Todas quietas y con la mirada vacía. Hipnotizadas. Debieron recoger los huevos a la tarde porque en las rejillas había pocos, la mayoría tenían ácaros con una pinta de la madre que me parió. Aquello no lo vi yo en la vida. Lo peor estaba en las jaulas que había movimiento, había movimiento porque algunas gallinas picoteaban los cadáveres de otras gallinas que debían llevar no sé cuánto tiempo ahí. Pobrecinas. Y seguro que luego esta recua de hijos de puta les ponía el sello ecológico para los supermercados de Valladolid. Pero qué trabajo costaba tener bien a las gallinas, si Dolseina les hacía jerséis de lana cuando caía la nieve en Piedraseca. Amador no se lo podía creer y hacía esfuerzos por no llorar.

—Ojalá pudiésemos llevarlas para casa con las nuestras.

Amador me dijo que sí con la cabeza, juntando mucho el pecho y la papada muchas veces, pero sin dejar de mirar a las pobres gallinas. Se volvió a palpar el bolsillo varias veces hasta que sintió la navaja de Eliseo. Yo estaba convencido de que Malamiel no tenía nada que ver con las gallinas, pero mi tío cada vez estaba encontrando más argumentos para darle navajazos hasta en el carné de identidad. En un impulso abrí varias jaulas y no se movió ninguna gallina, ni siquiera cuando metí la mano. Me temblaban las manos como cuando quería pegar a mi padre y me temblaba la voz como

cuando no podía gritarle. Amador ya estaba casi en mitad de la nave gritando Piedad. Piedad María, dónde estás. Que tengo un susto. Yo le seguí y no sé por qué me di la vuelta para cerrar las jaulas porque pensé que iban a asustarse más con algo a lo que no estaban acostumbradas. Me dejé contagiar por el miedo y busqué con la mirada huecos o puertas en los que pudiese estar la pobre Piedad. Avancé a pisotones por si había algo hueco y me sentí un poco gilipollas cuando mi tío se puso a hacer lo mismo. Piedad María, dónde estás. Que tengo un susto. Yo no sabía que también se llamaba María, pero solo grité Piedad por si lo de María era una cosa solo de ellos.

De repente, se encendieron unas luces fuera. ¡Me cago en mi puta vida! ¡Vos lo dije más de varias veces! ¡Mirad que vos lo dije! Se abrió la puerta del otro lado de la nave, fui a agarrar a mi tío, que tenía la mano en el bolsillo de la navaja, pero me pegó un emburrión a la pared en la que no había jaulas. Todos los tubos de la nave se prendieron a la vez y lo siguiente que vi fue a Malamiel apuntando a mi tío con una escopeta. Las pobres gallinas se pusieron locas y yo también.

—Hostias, hostias —fue lo único que dijo Malamiel.

—¿Y mi Piedad?

Nunca escuché a mi tío decir que era su Piedad. Ya tenía sacada la navaja. Malamiel parecía que estaba a punto de bajar la escopeta. Le grité que iba a llamar a la guardia civil. Malamiel, que no me había visto, se volvió a poner alerta y me apuntó. Creí que me había meado otra vez, pero me toqué la entrepierna y estaba todo seco. Él se quedó blanco y yo tenía unas taquicardias que parecían los galopes de las películas.

—Me cago en mi puta vida. Pensé yo que erais unos ecologetas de esos. ¿Qué hacéis vosotros aquí? —Giraba la cabeza todo el rato para mirarnos a los dos—. Casi vos mato, me cago en mi puta vida. Vos llego a matar y me voy preso. Ay, ay, ay.

—Dinos dónde tienes a Piedad. —Me volvía a temblar la voz, pero ya me daba igual.

—Sí. Eso —dijo mi tío.

Amador tenía la mirada fija en el paisano. Estaba a punto de que se le fuese la olla. Vamos, como si lo hubiese parido. Y yo no lo iba a parar, porque por primera vez en mi vida sentí que mi tío tenía razón para hacer alguna barbaridad. No le iba a dar tiempo a Malamiel a levantar otra vez la escopeta. Estaba deseando que Amador lo desnucase. Durante unos segundos se callaron hasta las gallinas.

—¿Qué Piedad? ¿La gallega, la del Cubalibre?

—Sí.

Malamiel bajó la escopeta. Iba como un pordiosero y olía a vino que jodía.

—Qué sé yo.

—¿Y por qué tienes su anillo? —Y no me acuerdo si lo grité o lo dije con la voz normal.

Tenía el anillo en el meñique, parecía que le iba a estrangular el dedo. Era un anillo de oro, creo, con un sello con una piedra colorada. Malamiel se miró el anillo y luego me miró a mí. Yo me levanté y me acerqué a él. No supe de dónde saqué esos huevos. Yo creo que no pensaba que yo era tan alto y aunque no la levantó, cogió la escopeta con las dos manos. Mi tío se acercó también. Había una tensión de la hostia. Las taquicardias a mil por hora otra vez. Estábamos muy cerca el uno del otro. Hacía un frío de la virgen pero yo estaba sudando. Mi tío se metió en medio con la navaja en

la mano. Y yo me di cuenta de que no había soltado la barra de hierro en todo ese tiempo.

—Tranquilo, Amadorín. No vos voy a hacer nada. ¿No ves que entre los dos me hacéis polvo?

Amador lo agarró de la pechera y lo estampó contra la pared. El cabrón ni se inmutó.

—Tengo el anillo porque me lo vendió ella. Vos lo explico dentro, hostia. Y así tomáis café.

Amador me miró. No entendía nada. No se fiaba. Yo no sabía quién estaba más nervioso de los tres.

—Hostia, Amadorín, ¿qué años tienes? Pareces un jabato, la virgen. Te voy a llamar para trabajar, que estoy fartuco. Fartuco dicen los asturianos, aquí en verano hay asturianos a punta pala. Pero a punta pala. —Me miró a mí—. ¿Dónde dejasteis el coche? Hay días que vienen chavales a follar en los coches y tiran los condones y comida y la hostia y las cervezas. Me pusisteis a las gallinas como motos.

El cacareo era altísimo y yo no me había dado cuenta.

—Mentiroso.

Yo me metí en medio, a Amador le dio miedo clavarme la navaja y se quedó tieso.

—Mentiroso, no, ¿qué le pasa al tu tío? —Me miró a mí—. Yo no le hice nada, joder. La pobre chavala me dijo que necesitaba el dinero y que si quería el anillo me lo vendía por trescientos. —Hizo un gesto como de que le habían afeitado—. Y yo, que soy tonto, le dije venga. Ya ves, ¿para qué quiero yo un anillo?

Amador lo terminó de soltar, parecía que le creía y yo también. Los dos sabíamos que Piedad nunca se iría con un desgraciado como aquel y tenía poca pinta de haberle hecho nada.

—¿Cuándo y dónde fue eso? —le pregunté yo.

—Venga, vamos dentro y vos lo explico. Fai un frío que caraballa el pelleyu. O algo así. Eso también lo dicen los asturianos. Vienen a secarse en verano, dicen también. ¿Y nosotros sabéis por qué subimos? Les digo yo, ¡y nosotros vamos a moyarnos! —Ni mi tío ni yo nos reímos—. Venga, un cafetín. Que fai un frío —y no terminó la frase.

Como no lo seguíamos se dio la vuelta y se me quedó mirando.

—Me cago en mi manto, tú deja de temblar, hostias. Con lo grande que eres.

El cafetín era un vaso de agua calentada en el microondas, unos sobres de café soluble robados de algún bar y un tarro de azúcar tan duro que no se podía sacar ni una cucharadina. La caracola era una cama con un camping gas, un sofá y una mesa con un iPad falso. Todo lleno de mierda y todo lleno de moscas y de otros bichos que no sabía ni qué coño eran. Nuestra casa al lado de la caracola esa de obra era un palacio. La mesa en la que estábamos era de plástico de terraza de las que daban las marcas de cerveza con un hule encima. Se estaba poniendo tibio a orujo, esta gente te invita a casa aunque la tenga comida de mierda porque lo único que quieren son excusas para no beber solos o por lo menos para no empezar a beber solos. Aunque ya no estábamos tan nerviosos, ni Amador ni yo quisimos seguirle el rollo.

—Voy una vez por semana pa La Robla a ver si me ligo a alguna chavala cuando salen del aquagym ese, Piedad es maja y me daba bola, ¿no sabes? Yo andaba a ver si la invitaba a comer o a un vino por lo menos, pero la tía no me daba ni esto. —El tío juntó los dedos, tenía las uñas llenas de mierda—. Me decía que tenía mozo. Pensé pa mí: si eres puta, ¿qué mozo vas a tener tú? Pero no se lo

dije, y en la vida le ofrecí dinero. Que uno ya gastó mucho en niñas de joven.

Mi tío se levantó a darle un sopapo pero lo agarré a tiempo.

—Yo. El mozo soy yo.

El subnormal se estaba riendo por dentro. Como si él fuese mejor que mi tío, mejor que nosotros. Dejó de mirarnos con inquietud y empezó a mirarnos con pena. Ya cogió ritmo con el orujo y le molestábamos.

—Por eso vinisteis hasta aquí. Pues podéis marchar porque yo no sé nada, a mí me afeitó los trescientos euros y no volví a verla. Venga, desfilando. Y cuidado con la carretera que ya la noche pasada yeló. Y no marchéis por la nave a ver si me vais a joder a las gallinas otra vez y luego las broncas pa mí.

Mi tío iba contento porque Piedad iba diciendo por ahí que tenía mozo, pero yo estaba preocupado porque no sabíamos para qué necesitó los trescientos euros. Me alivió el haber salido vivos de allí, pero me alivió todavía más saber que aún podíamos encontrarla, aunque igual ella no quería que la encontrásemos.

TRECE

No hicimos caso a Malamiel y cruzamos la nave otra vez. Yo le iba haciendo fotos a todo para denunciar a los dueños de la granja, a los guardias o al Seprona o a quien fuese, pero en el fondo sabía que a esas pobres gallinas las sacrificarían porque aquello no cumpliría ninguna norma de sanidad. Con lo bien que estarían con nosotros. Mi tío se volvió a cruzar, no me decía nada, iba con las manos en los bolsos y poniéndose los zapatos hasta arriba de mierda. Le intenté animar. Le dije que teníamos una pista y que al día siguiente iríamos a La Robla a preguntar a las mujeres del aquagym a ver qué sabían. Siguió sin responderme. Al final tuve yo razón: íbamos a volver a casa sin deshacer la bolsa, pero ahora era yo el que hubiese querido alargar el viaje porque estaba viendo a mi tío como un trapo. Eran las tantas de la noche y el suelo crujía por la helada. Anduvimos al coche y algo más apartado vimos un Corsa pequeñín en el que unos chavales estaban haciendo un submarino. Ojalá estar así, fumando porros en un coche con todo cerrado y con la única preocupación de que en casa hubiese algo de picadillo para ponerme ciego a macarrones y a Coca-Cola. Debían estar viendo vídeos de gente dándose de hostias porque a cada poco reían todos a la vez. Paraban y reían. Paraban y reían. Y salía humo por todos lados. Me daban envidia. Tenían el motor apagado pero las luces encendidas y pensé que ojalá se les acabase la batería del coche y tuviesen que venir los padres a por ellos. Igual así yo no me sentía tan desgraciado.

Mi tío se quedó agarrando la manilla de la puerta del copiloto esperando a que yo abriese. Hacía más frío dentro del coche que fuera y tuve que engancharle yo el cinto porque él no se movía. Cuando arranqué empezó a sonar de golpe la radio y mi tío bajó el volumen del todo. Estaba triste y cansado. Yo también, pero creo que en ese momento entendí que tenía muchas menos razones para estarlo que él. No dijo nada, solo hacía el ruido raro que hacía con la boca cerrada cada vez que se concentraba. Me dio miedo en lo que estuviese pensando. En que estuviese pensando en volver a colgarse en la cuadra. Se puso a mirar por la ventanilla aunque era noche cerrada y no había una puta farola. Salimos a la carretera y tuve que dejar de prestarle atención, iba muy tenso por el hielo y no metí más de tercera porque me daba miedo patinar con el coche por esas carreteras de dios. Seguramente no fuese para tanto, pero lo del hielo en las carreteras era, como muchos otros, un miedo aprendido de mi padre. Cuando me di cuenta de que íbamos camino a casa le pregunté que qué quería hacer. Ir a casa, me dijo. Ir a casa, me dijo una segunda vez. Yo sabía que la búsqueda no podía terminar, porque si terminaba igual mi tío volvía a colgarse de la cuadra. Paré el coche en un pueblo que eran dos casas a cada lado de la carretera y miré en internet cuándo eran las clases de aquagym en La Robla. Al día siguiente.

—¿Quieres que coja una habitación en La Robla o en La Pola? Y vamos directamente mañana al polideportivo a preguntar a las paisanas.

—No.

—Seguro que para apuntarse a aquagym tuvo que dar alguna dirección y no creo que diese la del Cubalibre.

—A casa. Por favor te lo pido.

El puto por favor te lo pido que siempre decía mi padre. El puto por favor te lo pido que quería decir que como no hicieses lo que él quería, no tenías monte para correr. Me harté de todo lo que estaba haciendo por ellos cuando yo tenía que estar en Madrid de fiesta o estudiando o quedando con alguna chavala. Lo hice por Amador pero también por mi padre, porque sacar de la cama a mi tío también lo hice por él.

—Bueno, por lo menos sabemos que no está muerta. Si quería los trescientos euros sería para algo.

Dije esa frase sabiendo que le estaba clavando un puñal en los riñones a mi tío, pero me dio igual. Arranqué, pero cuando iba a incorporarme a la carretera, el cabrón de él le pegó un tirón al freno de mano y nos quedamos cruzados con el FZ en medio de la nada. Carraspeó, pero yo creo que no le picaba la garganta, es que estaba haciendo esfuerzos por no llorar.

—¿Por qué no quiere mi anillo?

—Igual debía algo a alguien.

—¿Ya no me quiere?

Me quedé callado y di marcha atrás, solo faltaba que viniese un camión y nos llevase por delante.

—Ya no me quiere.

—No lo sabes eso.

—Tú tampoco, bobo.

—Lo que sí sé es que si seguimos buscando igual nos enteramos de lo que pasó. ¿Tú no quieres seguir buscándola o qué?

—Me da igual.

—¿Te da igual?

—Me da igual.

—Pues yo sí quiero seguir buscando.

Amador giró la cabeza y se retorció las muñecas.

—Tú no quieres volver a casa. ¿A que no?

No supe qué responder. Para lo que quería, era listo el cabrón. Odiaba que dijesen eso de mi tío, pero yo lo pensé en ese momento. Mientras me liaba un cigarrín me preguntó un par de veces más: ¿a que no?, ¿a que no?

—No quiero volver a casa porque me da miedo que vuelvas a hacer lo de la cuadra. Por eso no quiero volver.

—Eliseo nunca fumó en el coche.

—Me da igual. A mí también me dan igual las cosas, ¿viste?

—No quieres volver a casa porque ya no quieres estar con nosotros.

Para lo que quería, era listo el cabrón. Los dos nos quedamos callados. Yo me estaba muriendo de frío y arranqué el coche para darle al botón del max defrost y poder ver algo por la luna, que estaba totalmente congelada. Por la carretera no pasaba ni una rata y en ese pueblo no vivía nadie. El botón no funcionaba y Amador se bajó a rascar la luna por fuera con el cedé que usaba Eliseo, uno de David Bisbal que me acordaré toda la vida porque Eliseo cantaba: Ave María, dame una patata fría, en vez de Ave María, cuándo serás mía, y eso a mi tío le hizo siempre mucha gracia. En el FZ dejó de poder escucharse hace tiempo ya, pero quedó en el coche porque nos gustaba a nosotros y así encima rascaba el hielo cuando le caía pelona al coche. Y aun encima se ahorraba el rascador. Porque era un miserable, pero con nosotros no. El hielo raspado iba cayendo a los lados y veía a mi tío a través del cristal, rascando en mangas de camisa mientras yo juntaba las manos en la entrepierna para intentar tener algo de calor. Se subió al coche como si fuera no estuviese a bajo cero y me dijo que nos íbamos a casa. Le dije que gracias pero no le dije que tenía razón, no le dije que ya no quería

estar en casa con ellos. Y que, en realidad, encontrando a Piedad solo estaba buscando la manera de irme sin culpa, con toda la paz del mundo. Pero si Amador no quería seguir buscando, Piedad no iba a aparecer, y si no aparecía, yo no iba a ser capaz de irme nunca.

Mi tío no dijo nada más aunque yo sabía que iba rumiando algo. En Rioseco nos desviamos dirección Camposagrado y cruzamos el Cillerón. Pasamos por la puerta del mesón de Adelio, que llevaba muchos años cerrado y que siempre se dijo que se comía la mejor carne de León a Villablino. Cuando mi madre no había marchado, celebrábamos ahí siempre los cumpleaños. Con lo único que acompañaba la carne era con escarola y con tomate de Mansilla, pero a mí siempre me hacían unas patatas fritas a escondidas. Mi padre, muchos años después de que marchase mi madre, seguía diciendo que celebrábamos ahí los cumpleaños. Yo iba pensando en que esa noche, por muy asquerosa que tuviese la habitación, iba a dormir con mi tío para asegurarme de que no iba a hacer nada. O que iba a atar una tira de su muñeca a la mía como me hacían a mí de guaje cuando me quería escapar de la siesta. Era tardísimo y aparqué al lado del río. Todas las luces de casa estaban apagadas y el Suzuki estaba debajo de la nogal. Era tardísimo y mi padre no me llamó ni una vez. Vaya santos cojones. Me fui a bajar pero mi tío me dijo que ahora venía y volvió con dos mantas de oveja que nos trajo alguien del Bierzo. Me dijo que íbamos a dormir fuera como yo quería, pero no en un hotel. Que dormíamos en el coche entre Santiago y Sorribos, que por ahí había un parking de encaravanas, que era como él decía caravanas. Que se lo pensó mejor y quería seguir buscando porque igual si Piedad María necesitó los cuartos es porque igual le pasó algo y había que encontrarla. Y que eso no significaba que ya no lo quisiese. ¿A que no? ¿A que no? Pues claro

que no, bobo. Yo me puse muy contento aunque me sentí un miserable. Llegamos al parking y nos comimos el bocata de cecina con almendras fritas de bolsa y mi tío le dio un tiro a un porro. Nos reímos mucho porque me preguntó que por qué le pesaban tanto los dientes. Qué hostias te van a pesar, si te quedan veinte y no todos enteros. Me dijo que le dolía la tripa de reírse y se quedó dormido. La Cultu le ganó al Sestao River cero a tres en Copa del Rey, hacía la hostia de tiempo que no ganábamos allí y metió dos goles un chaval que conocía yo porque los abuelos eran de un pueblo cerca del nuestro y venía a veces en verano. Cuando cerré los ojos, mi tío me tapó con la manta que picaba y que todavía olía a oveja que jodía y yo le agarré la mano peluda igual que antes de que en mi casa se fuese todo a tomar por culo. Nos quedamos así. Amador se puso a roncar como un gocho, eso quería decir que estaba tranquilo. Y yo pensé que mira, que igual las cosas no iban tan torcidas.

CATORCE

Casi no me pude dormir por el frío. Las dos últimas horas sí que debí descansar algo porque cuando sonó la alarma me jodió. Mi tío se estaba haciendo el dormido porque no roncaba y no quería hacer ningún ruido por si me despertaba, pero en cuanto abrí el ojo salió y se puso en marcha. Aunque cerró la puerta del coche sentí que se estaba tirando los pedos que no se quiso tirar dentro del FZ. Quien mea y no pee es como quien va a la escuela y no lee. Es de los pocos refranes que se sabe porque siempre lo decía mi abuelo, que tenía por sagrado echar la primera meada de la mañana en la huerta. Que no quisiese hacer ruido hasta que yo me despertase me puso un poco contento, sin contar con la pelea con Malamiel, era la primera vez que se preocupaba por alguien que no eran él o Piedad. Arranqué el coche y lo dejé en punto muerto con el motor prendido para quitar el hielo de la luna delantera. Yo también salí a mear. La hierba crujía por la helada. Amador intentó sacar agua de la fuente, pero también estaba helada. Por primera vez me fijé en el parking. Hostia. Para estas tonterías sí que tenían cuartos los ayuntamientos. Para que vengan a dormir gratis cuatro tontos y haya que gastar el dinero en verano para no gastarlo en los que vivimos aquí por el invierno en las cosas que hacen falta. Entramos en el coche y yo seguía muriéndome de frío, me subí el polar hasta casi las cejas y metí las manos entre las piernas. Mi tío seguía en mangas de camisa. Me miró sonriendo y me dijo que me invitaba a desayunar. El coche ya calentó de sobra. Así eres igual que Luis, también me

dijo, porque mi padre siempre tenía la manía de dejar arrancado el coche y no moverlo hasta pasado un rato. Decía que eso en los coches de ahora ya no había que hacerlo porque no valían ni para tomar por culo. Yo no era igual que Luis. Supongo que como todos los guajes con los padres en algún momento quise serlo, pero se me pasó rápido la tontería en cuanto crecí y vi que el mío era un puto desastre.

El único bar que tenía gente en La Robla tenía demasiada gente y tuvimos que desayunar de pie mientras los paisanos nos rozaban todo el rato. A Amador le daba igual. Nos comimos una tortilla entera entre los dos porque el último cachín nos dio vergüenza dejarlo, más los cafés y los zumos. Y aun encima comimos una palmera de chocolate cojonuda que traían de una confitería famosa que siempre salía en el periódico en Semana Santa porque decían que hacían las mejores torrijas de la provincia. Por suerte no había nadie conocido. Amador se quedó leyendo el *Marca* y yo me salí fuera a echar un cigarro porque la verdad es que después de un desayuno así, los cigarros les prestaban hasta a los que no fuman. No debí ni haber fumado medio cuando me llamó mi padre, me jodió lo que me quedaba de piti y todavía no se lo había cogido. Fueron gritos desde el primer momento: que si dónde hostias estábamos, que si iba a tener que ordeñar las vacas él con todo lo que tenía que hacer, que ya le jodimos el día, que si no andaríamos otra vez detrás de la gallega, que esto solo le pasaba a él. No me dijo nada por haber sacado a su hermano de la cama, tampoco me preguntó que qué tal estábamos después de haber pasado la noche fuera, ni que si nos hacía falta algo. Le dije que sí, que efectivamente andábamos detrás de la gallega y que Amador y yo estábamos bien. Le respondí a todas las preguntas con tranquilidad y yo creo que eso le jodió

más. Me contestó que la gente pensaría que éramos un par de gilipollas y yo le respondí que ya éramos mayorones para estar pendientes de lo que pensase la gente. Que no sé si gilipollas, pero que éramos unos desgraciadines sí lo pensaba todo el mundo desde hacía tiempo y eso era peor que ser gilipollas.

—Muchas hostias te quedan a ti por darte.

Se hizo el silencio. Era como oír respirar un gocho al otro lado del teléfono.

—Tú haz lo que te dé la puta gana, pero a tu tío tráelo. Mejor hubieses marchado a Madrid.

—Que te den por el culo. —Pero eso se lo dije después de haberle colgado con la palabra en la boca.

Al final el medio cigarro que me quedaba me supo bien porque me encantó haberle dado en los morros. Me asomé al cristal para ver qué hacía mi tío, seguía en la misma página del periódico repasando con el dedo a la vez que intentaba leer. Cuando entré y me senté aún seguía en la misma página, empezaba a intentar leerla, pero como al lado había un anuncio grande del Alimerka y como se sabía la canción de escucharla en la radio pues se distraía y se ponía a cantar. Encima tenía hipo de todo lo que habíamos comido. Me puse de pie y le pregunté si íbamos. Se miró a la muñeca como si tuviese reloj.

—Claro, chaval, vamos.

Aunque ya habíamos pagado, le dejó cinco euros de propina a la camarera y me dio una palmada en la espalda.

—No sé cómo lo haces, pero toda la puta vida esperando por ti —me dijo. Él sí que era igual que mi padre, repitiendo siempre sus frases.

Teníamos que ir hasta el centro del pueblo, pero yo no quería mover el coche porque había mercadillo y me iba a costar la hostia aparcar y me iba a pegar una sudada en la espalda tremenda intentando meter el coche en un hueco de mierda con no sé cuántos paisanos pitando detrás, así que fuimos andando. Pasamos por el videoclub al que me traían de guaje, era un local hecho polvo. En casa aún había alguna bolsa de plástico del Coppola Películas que abrió la hija de un minero que acabó marchando a Inglaterra creo. Alguien me lo dijo. Y no sé por qué me dio una pena terrible porque era un plan que hacíamos todos los viernes después de que mi padre volviese de la partida y ordeñase las vacas a la noche. Se duchaba, se ponía un chato de vino y como no le gustaban las palomitas, se ponía unas patatas fritas con mejillones. La última película que vimos los cuatro juntos yo creo que fue una de Harry Potter. Cada vez que salía un hipogrifo, mi tío decía: cago en mi madre. Mi padre se reía y le preguntaba que cuántos sacos de pienso comería eso al día y mi tío solo hacía un gesto como diciendo: ¿el cacho bicho ese? Muchísimos.

Nos dimos cuenta de que llegamos al polideportivo porque olía a piscina y a cloro, y porque a esas horas de la mañana solo se oía a la profesora dando voces por encima de una canción de reguetón. Churro arriba y pataleamos. Rodillas arriba. Vamos, chicas. Chicas y chico, perdón, que siempre se me olvida Marcelino. No recordaba que el polideportivo parecía una caja de zapatos alicatada con chapa, los Fondos Miner solo valían para hacer telares más feos que dios. Rodillas arriba, hoy quiero caña, ¡vamos, chicas! Por un ventanal vimos a las paisanas del aquagym de espaldas. Mucho bañador del Decathlon y mucho gorro de plástico mal puesto por culpa de los moños. Muchas mechas en la nuca. Gente moviéndose

como cuando las moscas caen en el caldero de ordeñar. La monitora estaba en el borde de la piscina con bolsas de plástico en las zapatillas y un polo rosa. No la conocía, y eso que parecía muy poco mayor que yo, debía ser de León. Intuimos lo que hacían las paisanas en el agua por lo que hacía ella fuera. De repente, el sabañón me dio un latigazo que tuve que doblar el cuello, hostia puta. Mi tío quedó mirando, estaba atontado viendo el aquagym por el cristal con las manos en los bolsos y mi movimiento lo sacó de ahí. ¿Qué fue?, me preguntó. ¿Qué tienes? ¿Mancaste? Insistió, pero yo no sabía qué decirle por el taladro en la cicatriz del sabañón. Me gustaría decirle que iba a pasar algo malo, pero él no lo iba a entender. Los brazos bien tensos arriba. Un último esfuerzo, aguantamos. Venga, chicas, la última, aguantamos. Sonó un silbato. Alguien detrás de nosotros preguntó que a quién andamos esperando, que todavía tienen que ducharse y cambiarse y la hostia. Que tardan más que la de dios y que no sabe él tampoco por qué viene tan pronto. Yo lo conocía pero él a mí no, mi tío le sonaba. Se llama Sindo, era un tornero retirado de la mina que a veces va a las suertes de leña y setas a nuestro pueblo. De aquella creo que andaba repartiendo carbón por Galicia con una camioneta y debía ser el novio de alguna de las paisanas. Se nos quedó mirando y yo creo que nos acabó reconociendo.

—Habrá que echar un poco de humo.

Nos ofreció un cigarro, pero le dijimos que no y se puso a mirar el móvil con el sonido a todo volumen.

—¿Tú no sabías que Piedad venía a esto?

Mi tío se encogió de hombros. Igual sí lo sabía y no supo lo que era y le dio cosa preguntar qué es el aquagym, siempre le pasaba eso al pobre con las cosas que no sabía.

—Igual vino aquí al final.

—No, no vino. Pero vamos a preguntar por ella.

No quise darle falsas esperanzas para no ponerle nervioso. Eso es lo principal, no ponerle nervioso, aunque cada vez me agobiaba más pensar que lo único que hacía era ganar tiempo no sé muy bien para qué y no sé cuánto tiempo. Que la gilipollez esta de andar con el coche dando vueltas, gastando gasoil y con mi tío sin ocuparse de las vacas se tenía que acabar. Que igual mi padre tenía razón en lo que dice y no tanto en las formas de animal, pero que igual razón sí que llevaba. Me hice un cigarro casi sin mirar y mi tío me miró controlador, lo encendí y la primera calada la olió casi hozándola para comprobar que no era un porro. La primera paisana que salió se acercó a Sindo y le dijo que había que pasar por el Lupa. Hueles a playa, le contestó Sindo después de darle una palmadina en el culo. No sé si Sindo estaría alguna vez en la playa, pero ella se lo tomó como un cumplido. Amador los agarró y preguntó por Piedad. Ella puso cara de asco y dijo que hacía dos o tres semanas que no la veía. Sindo le preguntó a su mujer en alto, aunque él pensó que hablaba en bajo, que si Piedad era la puta. Ella le chistó para que no dijese eso, pero también puso cara de asco. Amador, mientras ellos se metían en el coche, echó cuentas con los dedos a ver si las semanas que le dijeron cuadraban con los días que hacía que Piedad desapareció. Luego salieron dos mujeres que no conozco, hablaban de lo divertida que fue la clase, que creían que si seguían así para final de año se les habrían quitado las alas de murciélago. Se pararon y una le agarró el pellejo del brazo a la otra y le dijo que no tenía tanta ala de murciélago. Porque llevo la chisma esta puesta, le dijo la otra. Anda ya, rosmona. Amador quedó tieso delante de ellas y se asustaron, yo fui para ellas como un obús para que no se asustasen más.

—Hola, ¿qué tal? Mira, es que estamos buscando a Piedad y sabemos que venía aquí al polideportivo y hace tiempo que no sabemos de ella. —Ni siquiera me dejaron terminar. Las dos se miraron y pusieron cara. Se les notaba que estaban mejor sin una puta en la piscina.

—Hace bastante que no viene. Como las clases se pueden pagar sueltas, ¿no sabes? —dijo una. La otra quedó mirando.

—Uy, si es que tú me suenas mucho, guaje.

Otro latigazo del sabañón.

—Pero esas ya sabes, pueden estar en cualquier lado, ¿no sabes?

Las dos marcharon cuchicheando y agarradinas de los brazos. Me giré para seguir cagándome en sus muertos por bichas y repunantonas. Y entonces lo vi. Y entonces otro latigazo en el sabañón peor que los dos de antes juntos. Y me doblé y no sé si me quise volver a erguir, pero vi el Ford Scorpio que antes que de mi madre fue de mi padre y antes de un veraneante de Madrid que era médico soltero. El coche de mi madre. Y entonces entendí por qué la cabrona esa decía que le sonaba, porque iba a aquagym con mi madre. Y yo no sé si es porque me parezco tanto a ella, pero seguro que vieron a Amador y ataron cabos. Y algo debo parecerme a ella. Y solo me quería ir y me sudaba la espalda, y pensé que si marchaba en ese momento con el coche tan a tomar por culo me iba a ver al salir. Pero si no me veía a mí, vería a Amador y eso iba a ser mucho peor. Y no sé si lo dije en alto, pero en mi cabeza solo me decía que me quiero ir y que me quiero ir. Pero Amador se iba a quedar hiciese lo que hiciese yo, porque saber dónde está Piedad era lo más importante en el mundo, aunque para mí dejó de serlo en el momento en el que vi el Ford Scorpio que antes que de mi madre fue de mi padre y antes de un veraneante de Madrid que era médico soltero. Y entonces salieron algunas mujeres más. Y yo cuando me

di cuenta de que ninguna era mi madre y aún tenía una oportunidad para escapar estuve a punto de salir corriendo, pero el brazo peludo de mi tío me agarró como no me agarró nunca. Y me quedé quieto. Como cuando cogía del rabo a una vaca cada vez que no querían acercarse al veterinario. Y no sé si lo dije o solo lo pensé, pero por favor déjame que me quiero ir. Y su brazo peludo en mangas de camisa aunque hubiese cuatro o cinco grados no me soltó y yo me quedé. Y me apretó más fuerte y no sé si lo hizo porque quería seguir preguntando por Piedad o porque quería que yo me enfrentase a eso de una puta vez. Porque le vi la cara de susto y supe que él también vio el coche.

Mi madre fue la última en salir. Estaba igual que en la última foto que subió a Facebook en la que salía ella con todo lo que recaudaron para la Operación Kilo de Navidad del año pasado. Amador hizo un ruido raro cuando la vio, no juró ni dijo nada. Solo un ruido raro chascando la garganta. Yo me quedé quieto y tenía muchas taquicardias. No sé cómo estaría ella, pero se quedó quieta. Mirándome con los ojos alegres.

—Hola, Amadorín. Hola, hijo.

Mi madre era grandona como yo. La última vez que hablamos ella era mucho más alta que yo y ahora, la hostia de años después, yo ya era más alto que ella. También era más alta que mi padre. Amador me rodeó el cuello con un brazo no sé si para protegerme o para consolarme o para qué, pero me tranquilizó.

—Hola, Luci. Lucía.

Mi tío primero la llamó Luci, que es como la llamaban él y mi padre. Y luego dijo Lucía. Hacía años que no escuchaba su nombre. Nadie nunca lo volvió a pronunciar en mi casa, como si pronunciándolo nos estuviéramos poniendo de su parte o dándole la

razón. Esa o tu madre, era lo que yo escuchaba cuando alguien se refería a ella, y no me quiero imaginar cómo la llamaban mi abuela o mi padre cuando yo no estaba delante. Lucía, se llamaba Lucía. Y ni siquiera en mi cabeza lo volví a pronunciar. De repente, se me soltó la tripa por los nervios.

—¿Venís a este polideportivo? Nunca os vi.

—No, venimos a preguntar por Piedad. Por mi novia.

Mi madre calló. Ella también parecía nerviosa. Llevaba un chándal rosa y unas zapatillas buenas, le quedaba todo muy bien. Me daban ganas de darle un abrazo, pero no se lo di por si le parecía mal y porque yo tampoco estaba acostumbrado.

—Hace días que no la veo. Lo siento.

Luego nadie dijo nada, y salió la monitora y cerraron el polideportivo y de repente mi madre dijo que si queríamos tomar café. Y yo miré hacia todos los lados antes de decir nada por si nos veía alguien; como si estuviese con un camello a los que iban los mayores de mi instituto, no de los de marihuana, sino de los de cocaína; como si estuviese haciendo algo malo; como si decirle que sí a mi madre estuviese mal, pero quise decir que sí aunque me daba miedo que me viese alguien por si estaba haciendo algo malo.

—Vale. Y un crasán —dijo mi tío.

—Pero tenemos que seguir buscando, Amador.

—Solo un café, bobo —otra vez mi tío.

Mi madre, Lucía, sonrió y echamos a andar los tres juntos a tomar café como si no hubiese pasado todo lo que pasó.

—Mira que estás guapo, Ramiro.

Volvimos al bar en el que desayunamos Amador y yo a la mañana. El camarero nos dijo que si íbamos a almorzar otra vez, que se notaba que con la barriga harta siempre se quiere gaita. Lucía fue a

pedir los cafés, pero se dio cuenta de que no sabía cómo tomábamos el café mi tío y yo.

—Ramiro solo y yo Cola Cao. Y un crasán.

Mi tío se estaba haciendo cargo de todo, yo era incapaz de reaccionar a nada. Estaba como loco con coger el periódico y no levantar la cabeza hasta que marchase mi madre. Amador me cogió de la mano como si me tuviese que consolar de algo. Mi madre tampoco sabía dónde meterse, aunque por lo menos ella sí quería estar ahí.

—¿Y qué tal va todo? ¿Conoces a una chavala que se llama Verónica del Fueyo? La madre es amiga mía y va contigo a alguna asignatura. Me dijo que te comías los libros, que sacabas muy buenas notas.

—Bueno, no tanto. Hay cosas que se me dan bien y ya está.

—¿Y no quisiste ir a la universidad? Este año te tocaría.

—Es que se perdió Piedad. Y yo me puse malín. —Amador estaba hablando todo lo que no habló desde que desapareció Piedad.

El camarero trajo el cruasán y los cafés. El camarero, que ese día debía andar gracioso, nos dijo que a mi tío no se lo iba a llevar el viento. Mi tío se enredó con el cruasán y mi madre, Lucía, se me quedó mirando a los ojos y yo quise pensar que lo entendió todo. Entendió que me tuve que quedar como ella debió quedarse tantas veces hasta que se fue. Quise pensar que lo entendió porque las madres son las que mejor conocen a sus hijos, pero, claro, Lucía, la mía, marchó hace muchos años. Y aun con todo, mentí:

—Es que no sabía muy bien qué hacer y para andar gastando dinero fuera de casa, pues ayudo un poco con las vacas y me lo pienso.

—Ya.

—¿Y tú qué tal?

—Bien. Vivo aquí cerca en unos adosados y trabajo en el comedor de un colegio cerca de Villaquilambre. —Se calló un segundo, le dio un sorbo al café porque quemaba mucho—. Y tengo un hijo que tiene once años y que se llama Eder. A veces me pregunta por ti. Y alguna vez que te vimos en el parking del Lupa se quiso acercar a saludarte, pero yo le dije que mejor no.

—Pues la próxima vez que me salude, hombre.

Vaya contestación de mierda, Ramiro. La culpa era suya, ¿qué coño me estaba contando? ¿A qué hostias venía todo eso? ¿Y qué quería que le dijese yo? Los cinco minutos siguientes fueron larguísimos y horribles. Solo se escuchaban los sorbos al café y mascar a mi tío. Mi madre no soltaba la taza. Yo no sabía qué hacer con las manos y me daba un palo de la hostia salir a fumar, pero no pude soportarlo más. Estuve a punto de llamarla mamá.

—Oye, voy a salir a echar un cigarro fuera.

—¿Fumas? No me gusta que fumes.

Y a mí qué más me da lo que te guste a ti. Intenté que no se me notase en la cara lo que estaba pensando; mi madre, Lucía, lo debió notar y otra vez un silencio larguísimo que en realidad no debió ser tan largo.

—Y a veces le da al porro. —Mi tío se terminó el cruasán, así que le pedí otro y le alcancé el *As* porque el *Marca* ya lo leyó en el primer desayuno. Nos volvimos a quedar callados.

—Pero, claro, quién soy yo para decirte nada. Salgo a fumar contigo.

—No te recuerdo fumando.

—Algún domingo tomando el vino. O en verano en alguna fiesta. Jacobo y yo compramos un paquete de tabaco y nos dura varios fines de semana.

Salimos a la calle y posamos los cafés en un barril que ocupaba media acera. Me ofreció un cigarro de una marca que no conocía y le enseñé el paquete de tabaco de liar. Me sonrió.

—Dicen que ese es mejor, que casi no tiene nicotina.

—Es que yo un cigarro de esos industriales no puedo acabarlo. Igual de fiesta sí.

Mi madre me sonrió y yo seguí hablando. Estaba muy nervioso.

—Pensé que Amador se iba a poner como una moto el día que te viese.

Mi madre, Lucía, se quedó callada y le dio una calada larga al cigarro. Pasó un paisanín que seguro que era un retirado de la mina porque llevaba la mochila de ruedas con el oxígeno, nos tuvimos que pegar al cristal del bar para que pasase.

—Bueno, es que Amador y yo alguna vez tomamos café. Hace años se presentó en casa con un pedo que tela, no se tenía en pie. Mira que siempre le dije a tu padre que no tenían que dejarle tomar ni un vaso de vino, uno igual antes de comer, pero más no. Y desde aquella, si alguna vez nos lo encontramos solo por ahí, se sube en el coche y nos vamos a tomar algo al Joymar, que como tu padre no se habla con los dueños sabemos seguro que no pasa por ahí. Me dijo que nunca te iba a decir nada.

—Pues es raro, porque es un bocazas cojonudo.

—Lo siento.

—No pasa nada.

No pasaba nada, pero sí que pasaba. O igual a estas alturas del cuento ya no.

—Hace lo que le da la gana, pero desde que marchaste se dejó. Dejamos de poder con él, y papá dice que por lo menos el vino lo templa.

No quise preguntarle por qué a mí no me recogía por ahí cuando me veía solo y me llevaba a tomar algo al Joymar. Un bar al que nunca entré porque está lejos de casa y mi padre no se habla con los dueños. Nunca me hubiese subido al coche con ella y con el tal Jacobo, que siempre me tuvo una pinta de gilipollas pero que debía ser buen paisano; una vez pasó con él por la puerta del instituto e hizo el amago de parar, pero yo me di la vuelta mientras los de mi clase, que sabían que era mi madre, se callaron. Seguimos fumando y comiendo Ruffles, pero casi me cagué encima por los nervios e hice como si no pasase nada hasta que sonó el turullo para volver a clase. Por eso supongo que daba igual que mi tío no me dijese que estuvo viendo a Lucía.

Mi madre, Lucía, y yo llevábamos un rato mirándonos mientras fumábamos y hablábamos. Dejé de querer irme de allí y me tranquilicé. Bajaron las taquicardias y se enfrió el sudor de la espalda. ¿Qué pensaría ella de mí? ¿Sería como ella se imaginaba? Quizá le empezó a dar igual en algún momento o quizá no. Lucía era muy guapa. Hasta antes de marchar, siempre me decían que yo era igual que mi madre. Y en ese momento, aunque me hubiese dejado en esa casa, preferí parecerme a ella antes que a mi padre.

—Pero lo veo mal de verdad, no solo de haberse dejado.

—Desde que desapareció Piedad ya no hay quien pueda con él. ¿La conocías del aquagym?

—Poco. Aunque era de las pocas que hablaban con ella, alguna vez la acerqué a casa. Bueno a casa, entiéndeme. Y nunca a la puerta. Me daba miedo cruzarme con vosotros.

—Nosotros solo vamos los domingos.

—Ya lo sé, me lo contaba ella. Decía que eras un pedazo de mozo, que todo el mundo te quiere.

—Bueno.

—Oye, dime la verdad. Es tu padre el que no te deja ir a la universidad, no me lo digas si no quieres, pero sé que es por eso. Tengo dinero ahorrado, no es mucho, pero llevo años guardando un poquito todos los meses porque me venía figurando que iba a pasar esto. Home, si quieres ir a una privada de esas de curas no, pero para una pública y alquilar una habitación en Oviedo o en León sí que te puedo dar. No se lo tienes que decir a nadie si no quieres, no hace falta ni que me des las gracias, Ramiro. Coges los cuartos y sales de aquí.

—No hace falta —otra vez a punto de decir mamá—, Lucía.

—Hace poco me abrí una cuenta en Bankinter y me dieron una tablet y la guardé para ti. Seguro que te viene bien para los apuntes y si no la vendes y lo que saques para ti.

—No hace falta, de verdad, ¿entramos?

—No. Estamos hablando, déjame terminar. Por favor.

Miré a ver qué andaba haciendo mi tío. Estaba mirando cómo unos paisanos rascaban el rasca de la ONCE y aplaudiendo saliese lo que saliese.

—Tu tío está bien dentro.

—¿Por qué tienes tantas ganas de que me vaya? ¿Ya qué más te da?

De repente, Lucía se puso muy nerviosa. Más nerviosa que yo. Decía que solo fumaba tomando el vino pero llevaba tres cigarros seguidos.

—Porque sé que te quieres ir. Porque sé que piensas que no te puedes ir, pero sí que puedes.

—Ya lo sé que puedo, tú te fuiste.

Mi madre sonrió y me dio la sensación de que echó la calada con gusto. Como si estuviese esperando a que yo me pusiese como un

energúmeno. Y a mí por dentro me estalló un zarzal. Quise irme, pero ya era demasiado tarde.

—Y me quedé solo en casa, y empezó a oler mal y dio igual, y empezó a estar todo sucio y dio igual, y empezó a comernos la mierda y dio igual.

—Es triste que te abandone tu madre y en lo primero que pienses es en que no estaba recogida la casa.

Lo dijo ella, lo de que me abandonó lo dijo ella. Yo nunca me lo dije ni nadie lo dijo en mi casa. Mi madre marchó y punto. Nadie nunca dijo nada de abandonos y no sé por qué.

—Yo también me sentí abandonada por ti.

—¡Si yo era un puto guaje! ¿Qué querías que hiciese?

—Venir conmigo. Cogerme el teléfono. Responder a los mensajes.

—Encima no seas cabrona.

Me dio la sensación de que mi madre se reía. De que se estaba riendo de mí. Y yo me sentí mal por haberla llamado cabrona. No nos dábamos cuenta de que estábamos en medio de la calle.

—Perdóname, no quería insultarte.

—Bastante poco me estás diciendo con lo que te hice, cariño.

Mi madre no estaba riéndose, estaba aguantándose las lágrimas. Tiró el cigarro entre dos coches y me dio un abrazo mientras repetía mi niño, mi niño, mi niño. Yo me rendí y me dejé abrazar. Quise que me abrazara y llevaba un rato queriéndolo.

—Durante muchos años fui la guarra, la fresca, la lagarta; que fíjate la situación en la que os había dejado. Cuando nadie iba al psicólogo empecé a ir yo, a uno en Oviedo para no encontrarme a nadie conocido en León. Aprendí a perdonarme y a darme cuenta de que nadie tiene derecho a decirme nada. Solo tú, mi niño, solo tú puedes decirme lo que quieras.

Yo también la abracé. Olía muy bien. Olía como Coral, una profesora mía del instituto que era de Palencia. Olía como olía antes el armario que nadie abría en el cuarto de mi padre que antes era de mi padre y de mi madre. Mi tío debió vernos abrazados a través del cristal, salió y quedó tieso en medio de la calle sin entender nada. O por lo menos sin entender nada a mayores de lo que no solía entender. Como las vacas cuando llega un perro nuevo o un burro que no conocen. Me supo la boca a sal y me di cuenta de que yo también estaba llorando. Mi tío también se nos abrazó y debimos parecer no sé qué debimos parecer, pero me dio igual. Hasta que una señora nos dijo que nos apartásemos no nos dimos cuenta de nada. Nos separamos y nos dio vergüenza haber llorado siendo casi dos desconocidos. Y aunque yo tenía ganas de que siguiéramos abrazados no se lo pedí, la abracé directamente aunque más corto y más apretado. Mi tío no se unió y Lucía, mi madre, solo me cogió del pelo y me lo revolvió como cuando era guaje.

—Mi niño, si todavía tienes el remolino del cogote. La guerra que me dio tu abuela para que te lo cortase porque decía que parecías el gallo Quirico.

QUINCE

Mi madre no nos dio mucha opción. Nos dijo que fuésemos a su casa. Que estas cosas, supongo que se refería a reencontrarnos y hablar, no podían hacerse en la calle. Casi que nos obligó a ir en su coche y en principio pensé que mejor, que no quería mover el coche para no aparcarlo en su puerta y tener que explicarle que me daba pánico que por una casualidad mi padre pasase por la calle de mi madre y viese el FZ. No sé por qué me senté atrás, en el asiento de detrás del copiloto. Mi sitio de siempre hasta que dejé de subirme en ese Ford Scorpio que antes que de mi madre fue de mi padre y antes de un veraneante de Madrid que era médico soltero. Aquellos asientos de atrás me parecían igual de gigantes que de guaje. La de veces que dormí allí si las cenas o las historias de mis padres con amigos se alargaban. Levanté la bandeja que había en la parte de atrás del asiento del copiloto, la tapicería aún estaba quemada. Eso fue culpa mía una vez que lo vomité todo después de haber comido no sé cuántos huevos fritos en las fiestas de un pueblo de Babia mientras mis padres tomaban copas. Ya no me colgaban las piernas. En el asiento del copiloto iba mi tío y ahora mi madre era la que conducía. El único que seguía en el mismo sitio del Scorpio era yo. Amador miraba por la ventanilla mientras se sujetaba de la agarradera. Nadie hablaba, como si mi tío y yo necesitásemos ese tiempo para reencontrarnos con ese coche que en realidad fue un poco una casa porque echamos allí más horas que una tolva de relojes. Mi madre se dio cuenta y me miró por el retrovisor de

dentro. Este coche salió muy bueno, ¿verdad? Yo sonreí. Mi tío asintió como un mecánico y dijo que sí, que vaya nave espacial. Otra puta frase de mi padre.

En el suelo había algunos muñecos destrozados y unas cartas de futbolistas que yo no conocía. Mi madre conducía muy bien, aunque yo lo que recuerdo es que mi padre no la dejaba porque decía que rascaba mucho la caja de cambios. Mi madre llamó al tal Jacobo y puso el manos libres. Trabajaba en León, en Antibióticos, pero ese día libraba y no entendía por qué se tenía que ir de casa si iba a recoger las hojas y a segar, mi madre insistió, para qué iba a segar con lo húmeda que estaba la hierba y las hojas ya las cogería ella con Eder el fin de semana, que le iba a dejar Isabel la sopladora de gasolina. Jacobo no entendía nada, él no tenía nada que hacer fuera de casa, coño. Para un día de libranza que tenía. Mi madre le pegó cuatro gritos y le dijo que se fuese a León a ver bicicletas, que era importante que se fuese de casa hasta la tarde. Jacobo se cabreó y dijo que él no iba a ver bicicletas que luego no se iba a comprar y que además ya tenía dos o tres en favoritos en internet. Mi madre le dijo que luego le contaba, que era importante. Y que lo de la bicicleta, bueno, que igual juntando Reyes, santo y cumpleaños se la podía comprar ella. Jacobo le preguntó que si era para irse con su amante, mi madre le contestó que sí, que con sus amantes. Los dos se empezaron a reír. Mi madre de repente se puso seria y se lo pidió por favor, que era importante. Que luego le contaba. La pillé escucándome por el retrovisor interior mientras lo decía. Pues luego me cuentas, cariño. Y Jacobo colgó. Mi madre paró en doble fila y puso los warnings y nos contó que Jacobo era lento como él solo y que había que hacer tiempo porque no quería que nos lo encontrásemos. Por lo menos la primera vez. Y no sé si lo dijo por decir o porque de verdad iba a haber más veces. Y aunque en ese

momento se me pusieron las tripas en el pescuezo, quise que hubiera más veces.

—¿Sabes que la tu madre cuenta muy bien el día que nací yo?

Era la historia favorita de mi tío, pero solo se la escuché a él y a mi abuela. No dejaba que la contase nadie más. Normalmente cuando una conversación entre dos personas se ponía interesante y Amador era incapaz de seguirla, interrumpía a quien fuese y decía: ¿tú sabes cómo nací yo? Y entonces todo el mundo se miraba y resoplaba, o se reían o se cambiaban de mesa y a mi tío le daba igual porque el día que nació él era la historia más importante del mundo. Mi madre le agarró a mi tío una de sus manos peludas y empezó a hablarle como si le estuviese contando un cuento. No paraba de sonar el ruidito de los warnings. El día que nació mi tío a mi abuela le entraron unos dolores muy fuertes, mi abuelo fue a buscar a la partera y cuando llegó dijo que el guaje no nacería hasta la noche y que lo que tenía que hacer mientras tanto era moverse un poco y tomar las medicinas que le indicase. Mi abuelo fue al bar, llamó a la mina y contó lo que pasaba. Como en la mina no querían soltar a un picador bueno un solo día, mandaron a uno de los guajes del taller a recoger los medicamentos en bici para luego subir hasta nuestro pueblo, que es el último de la carretera. La partera marchó y mi abuelo también y mi abuela se quedó atizando la cocina y dándole de comer a los animales. Rompió aguas enseguida y cuando se quiso dar cuenta tenía medio guaje fuera y se puso a pegar berridos hasta que apareció por allí Carmen la de la Lomba, que estaba metiendo las patatas en los surcos y venía con las manos llenas de tierra. A poco que empujó mi abuela terminó de salir mi tío, y como a Carmen no le dio tiempo ni a lavar las manos, pues el bebé salió lleno de tierra.

No me pareció que mi madre lo contase tan bien, pero aun así mi tío me miró levantando las cejas como diciéndome: ¿ves?, mira qué bien lo contó tu madre. Lo que no contó mi madre, ni contaba mi tío, fue que todo el mundo pensó que Amador salió tonto por eso, por la tierra de las patatas, que mi abuela estuvo años sin hablar a la pobre Carmen porque por su culpa se le metería tierra por los oídos o la boca al guaje y, claro, quedó tonto. Carmen empezó a pasar los inviernos en León con la hija y luego ya dejó de venir en todo el año, pero cada vez que veía a mi tío se echaba a llorar. Si es que yo ese día no tenía que andar a las patatas, pero Pepe veía los surcos sin tapar y le entraba la prisa, decía. ¿Qué iba a hacer yo?

Por fuera conocía la casa de mi madre perfectamente, pero por dentro no. La cocina era normal aunque ella dijo que quería poner una más moderna, la vitro tenía una raja que parecía una cicatriz y mi madre dijo que es que a Jacobo se le cayó una litrona con unos amigos y la partió. Que vaya tela con cuarenta y pico de años seguir bebiendo cerveza en litrona, pero que ella ya en esas cosas no se metía. El Jacobo ese tenía que ser un manos de manteca cojonudo. Mi tío estaba demasiado tranquilo, ya no parecía preocuparle Piedad y se movía por la casa como si la conociese. No quise preguntarle cuántas veces había estado porque me iba a poner de una hostia tremenda y no quería. Mi madre culebreaba por delante de nosotros recogiendo telares para que no viéramos nada desordenado, como si no supiese de dónde veníamos, como si no se lo imaginase viéndole las pintas a mi tío. El piso de arriba era pequeño pero curioso. Estaba la habitación de ellos y la de Eder, y una tercera que tenía la Play 4 con una tele y las cosas de planchar.

—Esta iba a ser tu habitación hasta que me di cuenta de que ya no ibas a venir.

Mi madre evitó mirarme después de decirlo y entró con mala leche a recoger una taza llena a la mitad de café de a saber cuándo.

—Lo acostumbró el padre a tomar descafeinado y ahora me va dejando todas las tazas por ahí.

Mi madre bajó las escaleras y mi tío y yo nos quedamos mirando la que iba a ser mi habitación un buen rato como si tuviésemos delante algo que no nos íbamos a poder comer. Amador me dijo que era más grande que la mía, pero seguro que menos calentina porque no tenía la cuadra debajo. Mi madre gritó desde abajo que si queríamos café o que igual mejor a esta hora queríamos un refresco y algo de embutido. Mi tío gritó que vale, que embutido.

—Oye, ¿quieres que nos vayamos? Si total, ella no nos va a decir dónde está Piedad.

—No, que tú quieres quedarte.

Me lo dijo con esa cara que ponía de ser más listo que nadie. La cara que ponía cuando lo llamaban para sacar un ternero que no era capaz de sacar ningún veterinario. La cara que ponía los domingos cuando me contaba lo que había hecho con Piedad. Amador bajó las escaleras apoyando el hombro contra la pared y haciendo tambalearse todos los marcos que había mal colgados. Seguro que los colgó Jacobo.

Yo me quedé un rato más arriba con la excusa de que tenía que ir al servicio. Dije que tenía ir al servicio y no a echar una meada o a mear porque me salió así y así es como salen las cosas cuando estás en casa de una desconocida. Pero en realidad me quedé apoyado en la puerta de la que pudo haber sido mi habitación pensando en cómo hubiera sido volver del instituto andando y no coger una ruta y un taxi, en cómo hubiera sido volver y jugar a la consola con mi hermano, o cómo hubiera sido llegar a casa y que mi madre me diese un beso aunque no me apeteciese que me lo diese. Que eso lo

vi siempre las pocas veces que mi padre me dejaba ir a casa de un amigo, las madres intentando dar un beso y los hijos haciendo ascos; y yo en plan broma le decía a ese amigo que menos mal que a mí la única que me daba besos era la Mori, la mastina. Lo hacía por hacerme el machote y me quedaba tan ancho. Me asomé al cuarto de mi madre y de Jacobo. Estaba todo muy limpio y muy ordenado. Un poco cutrón, así como de catálogo, pero limpio y ordenado. En una pared solo había fotos de Eder desde que era bebé hasta ahora, aunque también había una mía. No la había visto nunca aunque es verdad que en mi casa las fotos siempre estaban en cajones y nunca colgadas. Yo debía tener cuatro o cinco años y estaba en brazos de mi madre mientras ella llevaba el tractor de Eliseo por la era del pueblo, igual tenía algún año menos porque todavía estaban puestos los frutales de los arroceros y las colmenas de Corsino.

En la cocina mi madre sacó unas cervezas y unas patatas fritas. Mi tío estaba partiendo nueces con un mazo en un cuenco de avellano que reconocí enseguida. Eran de Pomar, un artesano de Caboalles hijo de mineros y que tenía espina bífida. Murió muy joven y yo lo conocí mucho, siempre que venía a nuestro valle a algún mercado echábamos una charlada. Siendo yo guaje, me regaló dos picos de minero muy pequeñines hechos de cerezo que todavía guardo y que siempre llevo en la cartera porque creía que me daban suerte; la noche antes de que Amador se colgase en la cuadra los saqué porque estaba buscando medio porrín y mira. Un día mi tío le dijo a Pomarín que no pasaba nada, que era mejor estar malín de las piernas que de la cabeza como él y el pobre chaval se rio y siguió vendiendo telares de madera porque era muy divertido y muy feriante. Una vez merendamos en su casa después de un mercadillo

navideño y su madre nos sacó unas magdalenas riquísimas y descubrimos que todas las cosas de madera las hacía su padre y no él. Se le escapó al padre, pero nosotros nos callamos porque mejores personas que ellos no había en la provincia. La madre nos quiso seguir sacando merienda y se notaba que no los visitaban mucho, yo creo que por lo mismo que a nosotros, porque la gente piensa que las desgracias se pegan. No sé por qué intenté ocultarle a Amador cuando murió Pomarín porque se acabó enterando igual y encima se enfadó conmigo. Como no llegamos al entierro fuimos una tarde a Caboalles a merendar con los padres y a darles el pésame. La madre nos enseñaba las cosas de madera y aún decía que las hacía su hijo.

En cuanto me vio aparecer por la cocina, mi tío levantó la cabeza y me miró.

—Esto era de Pomarín.

Yo asentí y me dieron unas ganas terribles de llorar, supongo que no solo por Pomar sino por todo, pero sobre todo por la sensación de haberme equivocado y de estar en el sitio en el que debería haber estado. No sé si se dieron cuenta. Mi tío siguió hablando de lo que quería a Piedad, de lo guapa que era Piedad, del acentín que tenía Piedad más bonito, de lo bien que cantaba las canciones de María Dolores Pradera y de lo que lo quería. Pero él la quería más. Del anillo y de que se iban a casar aún no se sabía dónde. Mi tío no tuvo el cuidado que tuve yo y se levantó y dijo que se estaba cagando encima. Mi madre y yo nos quedamos solos en la cocina mientras escuchábamos los pedos de mi tío, y sus risas cuando pedía perdón.

—Tu tío te quiere mucho.

—Ya, aunque quiere más a Piedad.

Intenté que sonase a chiste, pero mi madre no se lo tomó así.

—Por mucho que quiera a Piedad nunca la va a querer como a ti porque eres casi su hijo y un hijo es lo que más se quiere en este mundo.

Otra vez silencio. Otra vez esas putas frases que no se pueden responder. Aunque igual no se refería a mí y se refería a Eder y yo me estaba flipando, aunque creo que lo que pasaba es que me estaba provocando. Yo me figuro que sí, que quería que le gritase y que la insultase, que le repitiese todas las cosas que dijeron de ella en mi casa, en su casa, cuando marchó.

—¿No me vas a preguntar nada, Ramiro?

Yo me senté frente a ella y me fijé en que el mantel y las cortinas iban a juego y que estaba todo muy limpio, y me acordé de los visillos blancos de nuestra casa que estaban casi grises del humo de la cocina de carbón.

—Es que ya, ¿para qué?

—También tienes razón. Es sufrir por sufrir.

Mi madre se levantó, cogió un paquete de los blandos de tabaco rubio de la nevera y le dio dos golpes con el dedo índice. Se lo encendió con un mechero largo de los de cocina y le dio una calada que parecía que se estaba fumando una faria.

—Los tengo en la nevera para que no se me sequen.

—No me parece que fumes solo los domingos o en las fiestas.

—Te mentí antes. También fumo cada vez que te veo de lejos o cuando alguien me habla de ti.

Mi tío debió haber terminado de cagar y le escuchamos salir en silencio, todo lo en silencio que podía ir mi tío.

—Déjalo, siempre hace lo mismo. Se piensa que no nos damos cuenta, pero se va al garaje a ver las herramientas de Jacobo. Alguna vez le dimos algo.

—Por eso apareció una vez con unas tijeras de podar afiladísimas.

—Eran nuestras, sí.

—Dijo que se las dio Avelino, el marido de la Pega. ¿Sabes? Esos de Mieres que tienen casa en Pantanal.

—¿Te acuerdas lo que decíamos cuando eras guaje?

—Sí. Mieres del Camino, el pueblo de la mujer de Avelino. —Lo repetimos juntos. Mieres del Camino, el pueblo de la mujer de Avelino.

Igual que lo repetíamos los cuatro cada vez que pasábamos con el coche por Pantanal o por Mieres o nos cruzábamos al matrimonio por algún pueblo tomando el vino. A ella la llamaban la Pega porque parecía una urraca pagando todo en monedinas pequeñas en todos los sitios. Y él también era un agarrado de la hostia, por eso nunca nos creímos que le dieran ellos las tijeras a Amador. Y de repente me vino la pregunta. No supe por qué no la dije antes si siempre la anduve rumiando.

—¿Por qué decidiste irte ese día? ¿Por qué no un año antes o tres después?

—Y yo qué sé.

Ella tampoco fue capaz. Se dio la vuelta y se apoyó contra la encimera. Abrió el grifo y mojó el cigarro para apagarlo aunque ya se había fumado hasta las letras.

—Es que no quiero que lo huela Eder.

Enterró la colilla en una maceta que tenía en la ventana. Se volvió a sentar.

—¿Te acuerdas de Alfredo? Uno que le llamaban el Tigre. Cómo no te vas a acordar, si venía mucho por casa. Trabajó con tu padre en la mina muchos años y la mujer marchó un día con las hijas y no quisieron volver a verlo. Era un asqueroso. Creo que murió y si murió, bien muerto está. Todo el mundo que si era un picador de

primera, ¿y qué más da lo buen picador que seas si luego eres un hijo de la gran puta? Muchos domingos con la excusa de alargar la partida venía a ver a tu padre y se encerraban en la nave y venga cervezas, venga vino, venga cubalibres, venga orujo. Hubo un día que entré en la nave a decirle a tu padre que ya era tarde y que había que ir recogiendo y como yo estaba con el hocico torcido me dijo que me quedase. Dije que vale, aunque estaban borrachos, que me fumaba un cigarro mientras ellos se terminaban la última y andando. Todo el mundo a su casa. El Tigre no me quitó el ojo. Empezó a gritar a tu padre que todas las mujeres que fumaban eran unas putas. Y tu padre no dijo nada. Solo bajó la cabeza y empezó a sonreír como si fuese todo una broma. Luego el Tigre me miró a mí y me dijo que si no me daba vergüenza con Amador acostado estar fumando. Que eso era de putas reputas. Tu padre siguió sin decir nada. Yo tiré el cigarro en un vaso con los hielos derretidos y en el camino de la nave a casa decidí que me iba. La psicóloga dice que menos mal que pasó eso porque si no nunca me hubiese ido. No fue lo encerrada que estaba, no fue el asco con el que me trataba tu abuela, no fue lo muerta que estaba la cosa con tu padre ni lo poco que nos queríamos. Fue esa tarde que tu padre me hizo sentir peor que nunca. Me sentí asquerosa. Como una mierda. Y lo peor es que él ni se acordará de esto.

Mi madre lloró antes, pero no mientras lo contaba. Yo sí, porque me lo imaginé perfectamente.

—¿Pero por qué no marchaste antes?

—Por ti, mi niño. Pues por ti. Porque pensé que lo mejor para ti es que tus padres estuviesen juntos.

—¿Y te arrepientes?

—Pues claro, porque te perdí a ti.

—Pero ganaste muchas cosas.

—Pero yo eso no lo sabía cuando me fui.

Amador debió romper algo en el piso de arriba. Algo rodó y luego se rompió en mil trozos. Luego le escuchamos murmurar y recoger, pero nos dio igual.

—¿Sabes qué pensé siempre?

—¿El qué?

No me di cuenta, pero debía ser la primera vez que nos mirábamos a los ojos, bueno, que yo miraba a los ojos a Lucía.

—Que ojalá fueses como tu padre, a veces hasta recé para que fueses como tu padre. Pensé que como te quedaste con él, serías como él y me alivió mucho.

—¿Por qué?

—Porque si te parecías a mí, ibas a sufrir, y si eras como él, no ibas a sufrir. Pero luego la psicóloga me dijo que eso era una bobada, que todo el mundo sufre por dentro aunque seas un cardo por fuera.

—Ya.

Volví a bajar la mirada. Volvió el silencio. Amador bajó los escalones con un marco de fotos con forma de cubo que debían ser familiares de Jacobo porque yo ahí no conocía a nadie. Amador pidió perdón por haberlo roto y yo le dije a mi madre que se lo pagábamos y ella se empezó a reír, aunque todavía tenía los ojos llorosos y la cara llena de lágrimas secas. Volvió a toquetear el paquete de tabaco, y luego se dijo a sí misma que ya fumó bastante. Se oyó un coche. Mi madre juró, la madre que lo parió, y enseguida entró Jacobo por la puerta.

—¿Pero no te dije que hicieses tiempo por ahí? —Mi madre intentó hacer como que no había llorado.

—Ay, chica. Yo qué sé, ¿qué quieres que haga? Si la bicicleta que quiero ya te la enseñé.

—Mira que eres cuzo.

—Joder, que no era por husmear nada, si me llegas a decir que es algo de tu chaval.

De tu chaval. Así que yo era su chaval. Jacobo llevaba pantalones de montaña ceñidos, unas botas de caña baja y una sudadera de publicidad de la cementera. Las gafas de farmacia, el pelín de punta y las manos de currante. Parecía un buen tipo. Jacobo se nos quedó mirando como si hubiese pillado a su mujer con otro. Se acercó a Amador y le dio un apretón de manos con sonrisa. Le hizo alguna gracieta y Amador se lo tomó bien. Luego me hizo un repasín a mí tratando de disimular pero no fue capaz. Me buscaba el parecido con su mujer y no me quedó claro si lo vio. Me ofreció la mano y yo se la di blanda, aunque toda la puta vida me dijeron que no había que dar la mano blanda.

—Encantado, chaval. Soy Jacobo. ¿Qué tal todo?

—Bien, aquí. —No sabía qué hacer con las manos, si meterlas en los bolsos, si ponerlas en la espalda. Jacobo estaba igual, creo que hubiese preferido mil veces haber pillado a mi madre con un amante que con nosotros. Al amante le daría una hostia, pero no tenía ni puta idea de qué hacer conmigo.

—Aquí, tomando algo —dijo Amador como si tuviese que disimular. No sabía si por haber roto algo o por estar molestando en una casa que no era la nuestra. Aunque allí no nos hacían sentir eso, en la mayoría de sitios sí, pero allí no. Allí solo estábamos nerviosos.

—Pues muy bien. —El pobre Jacobo no sabía dónde meterse, pero quería ser agradable—. ¿Qué, Amadorín? ¿Viste ayer el partido del Madrid?

—No valen ni pa tomar por culo. —Mi tío no vio el partido pero dijo lo que decía siempre que le hablaban del Madrid.

Mi madre se echó a llorar otra vez. Jacobo la rodeó con los brazos y le dio un beso en el cuello.

—¿Estás bien, muñe?

—No me llames así delante de la gente, joder. —Mi madre nos miró—. Muñe es de muñeca. Es más hortera que un cantante de orquesta.

Mi madre pareció sentirse mejor y Jacobo le acarició un poco el brazo. Era un momento íntimo que ya no era nuestro. De repente, yo me quise ir de allí y Amador también porque enfiló hacia la puerta. Mi madre se dio cuenta.

—¿Marcháis ya?

—Sí, tenemos que irnos.

—Hay que buscar a mi moza.

Lo dijo en bajito, pero Jacobo preguntó que cómo que a su moza. El pobre paisano no entendía nada. A mí lo único que se me ocurrió decir fue gracias y mi madre debió pensar que era gilipollas.

—¿Cómo que gracias? ¿Gracias por qué? Aquí no tienes que dar las gracias por nada.

Le hizo un gesto disimulado a Jacobo, que se despidió, encantado, nos vemos, un placer, chaval, y marchó al piso de arriba. Mi madre repitió lo del dinero, dijo que no es que le importase a Jacobo, pero que no lo notaba cómodo del todo y que tenía muchas ganas de conocerme, pero que, claro, le pilló en bragas el reencuentro familiar. Así dijo, reencuentro familiar. Y yo me sentí de un raro de la hostia.

—Bueno, ¿y ahora qué?

—¿Cómo que ahora qué?

—¿Quieres que nos veamos más? ¿Queréis?

No sabía si decir que no, aunque quisiese, o decir que sí aunque no quisiese. No supe lo que quería, igual nunca le hubiese dicho que sí. Pero mi tío le empezó a recitar mi número, igual que el de Piedad lo tenía que decir muy rápido para que no se le olvidase y a mi madre no le dio tiempo para apuntar. Entonces se lo tuve que dar yo mientras ella apuntaba y Amador asentía en cada número. Fue muy raro darle mi número a mi madre. Tenía el antiguo, pero ese me lo quitaron cuando mi padre dejó de pagar la línea.

—Pues te llamo un día de estos y tomamos café o te vienes a comer. Te puedo hacer los macarrones con picadillo que te encantaban. Que de aquella no los volví a hacer.

Se echó a llorar otra vez. Me dio un beso y luego otro y luego otro y luego otro. No quería soltarme, cada vez que nos separábamos me enganchaba. Me pedía perdón todo el rato. Luego yo le devolví el beso y bajé las escaleras del adosado. Me preguntó si quería que nos acercase al coche y le dije que no aunque Amador quería porque estaba bastante vago después de todo lo que comió. Lucía es una buena paisana, solo dijo eso, y yo tampoco quise hablar de todo lo que había pasado porque estaba mareado. Tanto tiempo queriendo hablar con mi madre y no pude decirle nada. Igual pensó que era medio apagadín. O igual no. Me importó lo que pensase de mí esa señora que dejó de ser mi madre y ahora volvía a serlo aunque nunca dejó de serlo. No estaba seguro de querer que las cosas cambiasen o sí, no sé, solo sé que me puse muy nervioso. Pero no mal, no de querer fumarme un porro como siempre; nervioso de estar bien, de querer que las cosas sigan y de no pensar en el miedo que da todo.

Mi madre gritó mi nombre y desde el porche de su adosado nos hizo gestos para que nos acercásemos. Amador no se quiso mover y

se sentó en un banco jugando con mi móvil al juego de las plantas y los zombis. Yo fui hasta la puerta. Se estaba fumando otro cigarro y mirando a todos los lados por si aparecía Eder.

—¿Conoces la cafetería Viñayo? La que está al lado de Espacio León.

—Sí.

—Entre la Viñayo y la peluquería de perros hay un portal. No sé cómo se llama la calle ni el número del portal, pero allí se está quedando Piedad. En casa de una prima o una sobrina.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Me lo dijo ella. Y la llevé yo.

—Pensé que no erais amigas.

—No sé si éramos amigas. Pero hablábamos y nos ayudábamos mucho.

—¿Y por qué no nos lo dijiste antes?

—Porque no quería que la encontraran.

—¿Ni nosotros?

Mi madre negó con la cabeza y yo me estaba volviendo loco.

—¿Y por qué no nos lo dijiste antes? No sabes lo que está pasando Amador. No lo sabes.

Intenté mantener la calma para que Amador no me viese hacer esparavanes. Me dio mucha rabia que no me lo hubiese contado antes, pero, claro, a mí casi no me conocía, por mucha familia que fuésemos, y de Piedad era algo amiga.

—Pues imagínate cómo está ella. Y no te lo conté antes porque se lo prometí, pero ya no quiero haceros más daño. Pensé que si la encontrabais y os dabais cuenta de que yo lo sabía no ibas a querer saber nada de mí nunca más.

Me acerqué y le di un beso, pero cuando fui a girarme para darle otro en la otra mejilla, ella me agarró el cuello y me dio muchos

más.

—Déjame que nos veamos más, por favor.

—¿Y Piedad está bien?

—Está bien.

—¿Y por qué se fue? ¿Por qué le hizo esto a Amador?

—Eso pregúntaselo a ella.

No sé cuántas veces nos habíamos despedido ya, pero nos despedimos una última. Se quedó asomada a la puerta mientras yo iba a encontrarme con mi tío y no dejaba de pensar en que si Piedad estaba bien y no le dijo nada a nadie es porque se estaba escondiendo de nosotros. Pero ¿y qué le habíamos hecho nosotros? ¿Qué le hizo Amador?

DIECISÉIS

Amador me estaba esperando con el móvil en la mano. Siempre le pasaba lo mismo, tocaba algún botón sin querer y no sabía volver al juego. Pero esta vez no me pidió que lo pusiese otra vez, yo creo que se sentía culpable por haberme mentido y haber estado viendo a mi madre no sé cuántas veces. Está guapina, Lucía. Eso fue lo único que dijo. Como yo ni siquiera le miré, me dijo que a Luis ni una palabra. Eso me cabreó aún más, le daba más miedo mi padre que cómo me podía sentir yo. Lo de siempre, vamos. Yo me empeñaba mucho en que razonase como un paisano normal, pero a la hora de la verdad yo también le tenía a mi padre un miedo de mil demonios. Pero lo que más me jodía de mi tío es que me mintiese, nosotros nunca nos mentimos o eso pensaba yo hasta que desapareció Piedad. Y se lo dije. Y él no me dijo nada; solo murmuró algo y se puso a buscar cualquier cosa en el suelo con la mirada para darle patadas, una lata o un paquete de tabaco o una chorrada con lo que concentrarse y a la vez darme pena. Quería estar harto de él, quería pegarle cuatro gritos y un par de emburriones, y llamarle tonto y liante y egoísta, pero la realidad es que todo lo que estaba pasando lo había decidido yo y lo que pasaba era que el encuentro con mi madre me dio la vuelta. Quizá por eso no le dije nada de las señas de Piedad a mi tío. Caminábamos como si fuésemos dos desconocidos. No sabía qué pensar y no sabía qué decir. Solo sabía que quería hablarlo con alguien y no tenía con quién. Quizá con mi madre, quizá sí que tenía que llamarla para

tomar café. O quizá no y debería no llamarla y castigarla por haberse ido, pero igual eso era castigarme a mí. Eso me lo dijo siempre Bea, la única chica con la que estuve en mi vida. Era un poco mayor que yo y era de León, estudiaba Veterinaria allí y los fines de semana venía a trabajar con su tío que era uno de los veterinarios de la zona y así le firmaban más rápido las prácticas. En las últimas fiestas de La Magdalena, nos escondimos y nos acostamos, bueno, no nos acostamos, me bajó los pantalones y se me subió encima en unos bancos que hay cerca del río. Nos dolió a los dos y yo desde entonces, aunque no la vi mucho más, no hacía más que pedirle perdón. Ella me dijo que dejase de castigarme, que fue un polvo malo porque íbamos borrachos y hacía frío y yo estaba nervioso, que nadie hizo mal nada y que dejase de castigarme. Aunque luego se echó un mozo muy majete, yo seguía escribiéndole porque me caía muy bien y si venía por aquí pues tomábamos algo, pero le debía parecer muy arrastrado porque me decía que no se lo pidiese así, que parecía que me seguía castigando.

Nos montamos en el coche y arranqué, tuve que decirle dos veces a mi tío que se pusiese el cinto. Como estaba cansado sabía que no me iba a hacer ni puto caso y cuando vio que no tiraba hacia el pueblo, sino a León, me dijo que dónde íbamos. Pegué un frenazo antes de entrar en la carretera vieja de Asturias y nos quedamos en una cuneta.

—Lucía me dio las señas de Piedad.

—¿Dónde está? Dímelo, por favor te lo pido. —Mi tío empezó a retorcerse las muñecas y a ladear la cabeza mientras cerraba los ojos muy fuerte.

—En León, no sé dónde, pero sí que está cerca de Espacio León, el centro comercial al que fuimos una vez a comprar un cable para el

móvil mío, ¿te acuerdas?

Mi tío asintió, pero estaba a punto de entrar en su trance, en el trance del que no iba a ser capaz de sacarlo nadie, ni siquiera yo. Por eso le mentí, sabía exactamente dónde estaba Piedad, pero no quería decírselo a él porque si se ponía como una moto y no sabía exactamente dónde estaba ella, pues ganábamos un poco de tiempo. O lo ganaba yo más bien para localizarla antes de que él liase nada.

—Pues ahí más o menos. Ya solo tendríamos que buscarla. Pero necesito que estés tranquilo, ¿vas a estar tranquilo?

Mi tío volvió a asentir una y otra vez, pero no iba a estar tranquilo. Yo eché el freno de mano y me bajé del coche. Abrí la puerta del copiloto y con mucho trabajo de dios conseguí ponerle el cinto. Mira que adelgazó con el disgusto y aun con todo costaba ponerle el cinto. Le agarré de las manos. Seguía asintiendo sin parar.

—¿Vas a estar tranquilo?

—Por favor, vamos. Por favor te lo pido.

En lugar de ir por la carretera de atrás, decidí pasar por nuestro pueblo para ganar tiempo y que se tranquilizase. Él ni siquiera cuestionó la vuelta que estaba dando. También por ver qué andaba haciendo mi padre, ni rastro de él ni del Suzuki. Todo apagado y las ventanas del piso de arriba abiertas con la calefacción puesta, qué puto desastre de tío, de verdad. Las luces de Estherina tampoco estaban dadas, pero ella siempre estaba en la ventana a oscuras y seguro que al día siguiente le diría a alguien que a ver Ramiro, que subió y bajó hasta la fuente sin siquiera bajarse del coche. A la bajada nos cruzamos con una raposa, debía ser la que le comía los huevos a Corsino. No le tocó una gallina en la vida, pero los huevos los comía todos. Yo creo que Corsino nunca la cazó porque le

gustaba lo lista que era. Siempre hablaba de ella como si fuese un animal de casa. Le hacía muchas fotos con la cámara de trampeo. Mirai lo que lista que es. La raposa quedó en la cuneta y vi por el retrovisor cómo nos quedó mirando hasta que desaparecimos en la curva y se metió para la huerta de Gelo el del cuadrero. Le puse a mi tío una lista en el móvil de top rancheras clásicas y le enseñé a hacer hueco con la mano para que sonasen más alto porque mi móvil era una mierda. Pero ni caso, solo se soltaba de la agarradera para retorcerse las muñecas y ladear la cabeza. Le pregunté si quería parar a merendar algo y me dijo que no, que tirásemos. Que solo tirásemos. Aunque en la luna del coche parecía que llovía a los lados de la carretera había una farraspina de nieve, pero dejó de verse cuando bajamos la Gandalla. Mi tío metió el móvil en un hueco del salpicadero del FZ y las rancheras se empezaron a escuchar abombadas, yo las quité para no gastar batería y tuve que dar un volantazo porque dejé de mirar al frente un segundo. Amador ni se inmutó. Creo que podíamos habernos despeñado y haber dado luego tres vueltas de campana que lo iban a sacar los bomberos igual, ladeando la cabeza y retorciéndose las muñecas. Cuando subimos el Rogeco nos tocó un paisanín delante con un coche más viejo que el mío, iba a cincuenta como mucho en un tramo que no se podía adelantar y ahí mi tío se empezó a desesperar. Yo le dije que no podía adelantarle y él me decía que sí porque se lo vio hacer a mi padre mil veces. Por favor te lo pido, por favor te lo pido. Y le adelanté y el paisanín ni se enteró, pero me llegan a pillar dos guardias cabrones y me joden bien. Pasando Cantarranas lo único que me decía mi tío era tú pisa, tú pisa, y le pisé porque no lo estaba viendo bien. Se le estaba yendo la mirada por todos los sitios y estaba blanco como un azulejo. Le pregunté si estaba bien y me dijo que le pisase. Por favor te lo pido. En la zona de Bocalvalle ya

no caía agua, pero tuve que dejar de pisarle porque aunque ya no caía agua, había más coches. Mi padre siempre se desesperó en ese trecho de la carretera porque decía que siempre paraban el tráfico cuatro labradores que iban a vender cuatro lechugas malas a los mercados de León y ya la gente de todos esos pueblos pues cogió la costumbre de ir a esa velocidad. Vaya gilipollez. Mi tío hizo algún comentario y dijo algo de lo de las lechugas, pero no supo acabar ni repetir la frase igual que la decía mi padre, no sé si por nervios o porque no se encontraba bien o por las dos cosas. Cuando me di cuenta, le estaba pisando más de lo que debía y tuve que pegar un frenazo de la madre que me parió. Puse los warnings para que el de atrás no nos diese. Un camionuco pequeño volcó y la policía cortó la carretera por los dos lados. Mi tío me hizo un gesto como para que pitase y pitase, pero yo no podía hacer nada más que esperar. Había una grúa moviendo el camión y cuatro o cinco locales poniendo conos para hacer un solo carril de entrada a León mientras desviaban a los coches del carril contrario al parking de un hotel que llevaba cerrado la hostia de años. Cuando pasó uno de los policías al lado de nuestra ventanilla, mi tío se hizo el indignado y se señaló la muñeca como si llevase reloj. Al policía le pasó lo que le pasa a todo el mundo, que mira cinco segundos a mi tío y lo entiende todo. Reanudamos la marcha, pero no mucho porque ese tramo entre Azadinos y León estaba lleno de rotondas y de paisanines y paisaninas que, como Eliseo, ya no deberían seguir conduciendo pero conducían porque seguro que al médico del psicotécnico le llevaban chorizos, berzas y patatas de casa. ¿Cuánto queda? ¿Cuánto queda? ¿Cuánto queda? Amador me estaba poniendo nervioso, todo lo que no habló en todo el camino lo estaba hablando en los últimos cinco minutos antes de llegar a la cafetería en la que en teoría iba a estar Piedad. No había donde aparcar en los

alrededores del puto centro comercial, tuve que dejar el coche en un descampado lleno de grúas de obra de unos chalés que estaban haciendo cerca. Mientras Amador se repeinaba sus pelos con saliva yo no podía dejar de pensar en que Piedad le dio las señas a mi madre para que nos encontrásemos otra vez, que le dio miedo dejarnos solos y que no se fiaba de mi padre y dijo: yo me marcho, pero estos tienen que quedar con alguien y qué mejor que la madre. Y por eso le dio las señas a Lucía y a nadie más, porque sabía que si la buscábamos a ella, íbamos a acabar dando con mi madre.

Tuve que hacer un esfuerzo por no hacerme un porro allí mismo y templar un poco los nervios. Tampoco me hubiese dado tiempo porque Amador salió del coche como un miura, me puse delante de él intentando tranquilizarle. Me agarró del antebrazo que pensé que me lo rompía y le tuve que tirar de los pelos del brazo para que me soltase y se diese cuenta de que me estaba haciendo daño. Le dije que me escuchase un momento, que a ver si ahora por andar con prisas íbamos a cagarla. Le mentí. Le mentí porque no estaba seguro de cómo iba a reaccionar cuando la viese, porque le vi mil veces reaccionar cuando se perdía un ternero y se lo comía a besos y le hacía mil arrumacos, pero Piedad se escapó. Se iban a casar y se escapó, y a ella la quería más que a todos los terneros que tuvimos. Le mentí y le dije que mamá, que mi madre, que Lucía, me dijo que Piedad iba siempre a una cafetería que había en la planta baja del centro comercial porque tenía al lado una piscina de bolas y a ella le encantaba ver jugar a los guajes aunque el café fuese petróleo. Lo de ver jugar a los guajes era una cosa que siempre decía ella, así que eso no me lo inventé y fue suficiente para que Amador se lo creyese. Para mi tío siempre era suficiente una verdad en medio de muchas mentiras. Pues vamos, me dijo. Yo le dije que

no, que lo mejor era dividirnos y que yo me quedaría por fuera por si la veía salir. Que nos veíamos en una hora o así, que mirase la hora en el cajero automático de la entrada y fuese mirándola a cada poco para orientarse. Me dijo que vale, pero más porque estaba deseando irse y encontrar a Piedad que por otra cosa. Le repasé los pelos y le cerré el último botón de la camisa.

—Tampoco hay que ponerse en plan playboy.

Y los dos nos empezamos a reír.

—Si la encuentras me esperáis en la cafetería esa y que me llame y voy como una bala, ¿oíste?

—Sí, sí. ¿Y luego?

—¿Y luego qué?

—Viene a casa, pero se lo dices tú a Luis.

—Yo se lo digo, no te preocupes.

—Y duerme conmigo.

—Y duerme contigo, aunque habrá que comprar un colchón más grande.

—Eso se coge uno en El Corte Inglés, bobo.

Sí, ¿y quién lo paga? Pero no le quise romper el cuento tan pronto. Le di un beso y echó a andar como si no existiese nada más en el mundo que encontrar a Piedad. Iba pisando los charcos sin hacer el amago de apartarse y, aunque en el descampado estábamos a oscuras, su figura se iba iluminando con los neones de los restaurantes del centro comercial. Había más luz en la fachada de ese monstruo que en todo nuestro valle. Yo me quedé solo a oscuras y tan temblando que no era capaz ni de liarme un cigarro. Ni siquiera sabía si íbamos a encontrar a Piedad, lo más seguro es que la viéramos pero no se quisiese venir con nosotros, y si eso pasaba pues a ver qué hacíamos con mi tío. A ver qué hacía yo si se volvía loco. Por eso quería encontrar a Piedad yo antes, y preguntarle qué

pasaba y entre los dos pensar algo para volver a casa y que mi tío no se volviese a colgar en la cuadra. Tampoco sabía qué iba a hacer, ¿ponerme a hacer guardia frente al portal a ver si la veía? Tampoco iba a tener yo los huevos de decirle a la paisana que se viniese si no quería, y tampoco iba a ser capaz de insistir. ¿Qué le iba a decir? ¿Que viniese a una casa en la que no la iban a dejar vivir? ¿A un puticlub del que salió por patas? ¿A casarse con un tonto que se duchaba una vez a la semana y al que había que cuidar? Pues claro que no, pobrecina mía. Pero yo tenía que intentarlo como pudiese para que mi tío no se colgase de la viga de la cuadra u otra cosa peor. O quizá solo estaba siendo más malo que el pecao y me daba igual todo y lo único que quería era irme para Madrid con la sensación de que no iba a volver al pueblo solo para enterrar a mi tío. Y, claro, de que mi casa fuese un desastre no tenía la culpa nadie, y mucho menos Piedad. ¿De qué coño iba a tener que convencerla? Es que ni siquiera sabía si quería hacerlo.

Me puse la capucha por si atopaba con alguien y di una vuelta al centro comercial. Conocía la cafetería Viñayo porque una vez le compré allí a un tío una camiseta de la Cultu de segunda mano y porque es donde iba la gente de mi zona a desayunar algo después de las fiestas en León. Mi idea era sentarme en los bancos que dan la espalda al río y esperar fumando un cigarro, aunque el poco tabaco que me quedaba estaba muy seco. Y si tenía frío y dejaban pagar con tarjeta, podía tomarme un vino en la Viñayo y con el ventanal no perdía de vista por dónde saldría Piedad si es que salía. Olía a porro que jodía. Y cuando empecé a buscar los míos entre los pliegues del pantalón de pana fue cuando la vi. Estaba dentro de la Viñayo tomando un Aquarius y leyendo una revista. Estaba igual que siempre. Llevaba un vaquero ajustado, una blusa rosa de cuello

vuelto que ya le vi otras veces y que ponía brillibrilli con letras brillantes, también unas zapatillas de deporte de Joma que ella siempre dijo que eran de vestir. El bizcocho que ponían de tapa no lo había tocado, igual seguía con la misma costumbre de no tocar las tapas para que las comiese mi tío. Estaba muy distraída haciendo la sopa de letras con la revista doblada y debía llevar mucho tiempo en el bar porque se acercó la camarera un par de veces a intentar llevar el vaso con el limón y el hielo derretido y ella le decía que no con la mano, rellenaba a poquines con lo que le iba quedando en la lata y la camarera volvía a la barra y cuchicheaba con una compañera. No sé cuánto tiempo pasó hasta que me vio a través de la cristalera, pero cuando lo hizo yo ya tenía la espalda sudada y el pecho lleno de gases que no me dejaban respirar. Me quedé clavado en la acera de enfrente. Ella tenía cara de tranquilidad. Nunca le vi esa cara de tranquilidad. Siempre tuvo un gesto torcido, de preocupación. Pero ahora estaba tranquilina. O igual era que la cristalera estaba muy empañada y yo no era capaz de distinguir nada. Qué puta manía tenían en León de poner la calefacción alta en todos los sitios, en los pueblos nunca nos poníamos tan malos e igual era por eso. De repente me agobié. Quise irme de allí. No tenía ningún derecho a pedirle nada. Bastante hizo ya por nosotros. No me di cuenta y eché a andar de vuelta al FZ, pero paré porque me sonó el móvil. Era Piedad. Giré la cabeza y vi a través del cristal que me hacía gestos para que cogiese el teléfono. Tardé en reaccionar, ella me insistió con gestos y acabé descolgando.

—Mira que eres lindo, Ramiro. Pero vas siempre feito una piltrafa. Estás más delgado, ¿a que sí?

—Creo que sí.

—Mira que comisteis mal en esa casa siempre. Quita la capuchona esa, coño. Que pareces un etarra, con los ojos que tienes.

Me quité la capucha y me aseguré de que me viese.

—¿Viste? Mucho más guapo.

—¿Qué haces aquí?

—Me estoy quedando donde una sobrina mía aquí al lado y, claro, tiene dos niñas muy pequeñas y no le gusta que ande yo por casa si están ellas. Como si lo de puta se contagiase, ¿no sabes? También te digo, es rara del carallo. Tiene a las niñas sin bautizar y sin hacerles los agujeros de los pendientes. No sabes si son niñas o niños. Lo bueno es que dejé de fumar.

—¿Y estás todo el día metida en este bar?

—A ver, hijo. Están hasta el gorro de mí. ¿Cómo me encontraste?

—Por mi madre. —Estuve a punto de decir que por Lucía, pero dije que por mi madre.

—Mírala, qué lareteira la Lucía. Bueno, por lo menos os serví para algo. Es buena moza y ya es hora de que os arregléis.

Yo solo pude carraspear. Con el viento era incapaz de prenderme el cigarro y ella debía escuchar los chasquidos del mechero. Era el viento y era lo que me temblaban las manos.

—Pero, bueno, lo importante. ¿Cómo está mi rapazón?

—Bien.

—No me mientas. Si estuviese bien no andaríais buscándome.

—Pues si tan preocupada estabas, ¿por qué no cogiste el teléfono? O le dejaste el recado a alguien de que te ibas. O una carta, joder. Lo dejaste hecho polvo. ¿Qué te hizo él?

—Él no me hizo nada, vida mía. Pero pensé que era la mejor forma de hacerlo, que se olvidaría de mí como se olvida de tantas cosas, que ya sabes, esas obsesiones le dan y luego como si nada.

—Pero tú no eras una obsesión, Piedad. A ti te quiere mucho. A ti te quiere más que a las vacas, coño. —No lloré, pero casi, y por lo menos me tembló la voz.

—No llores, mi vida, no llores que lloro yo. Ya sé que me quiere y que él no me hizo nada, pero casi todos los paisanos con los que me crucé en la vida sí. Me dan asco todos. Y estoy cansada, harta y me duele todo. —Y ahí ella lloró—. Y murió mi madre y quedó el piso de Ourense vacío y lo único que quiero es meterme ahí y no salir nunca más, ¿me entiendes? Igual a la peluquería una vez al mes y aire.

Dejé de intentar prenderme el cigarro porque no lo iba a conseguir, no sé si del viento o de los nervios.

—Vale, perdónanos.

—Yo a vosotros no os tengo que perdonar de nada. Vendí el anillo que me regaló tu tío.

—No pasa nada.

—Eso sí que me pesa. Pero necesitaba algo de dinero para los coches de línea y los papeles del notario. Mis hermanos me dejan el piso a cambio de que lo tenga limpio y lo puedan usar ellos cuando vayan. El varón está para Madrid, con la que no me hablo está aquí en León y la otra para Coruña. Lo del anillo sí que me pesa, pero es que no pude hacer otra cosa.

Piedad volvió a llorar. La gente de la cafetería quedó mirándola, pero a ella le dio igual.

—¿Tú piensas que hice mal, niño?

—No, ya no. Y antes sí, pero tampoco tenía razón.

—Pues mira, gracias. Eso me lo guardo. Eres un mozo espectacular, Ramiro. Menos mal que miraste tú siempre para tu tío. A él lo quiero mucho, pero a ti también. Ojalá el día que te eches novia te trate la mitad de bien que trataste tú a la gente. Novia o novio, yo ya ahí no me meto.

Me restregué la cara con la manga del abrigo antes de reírme.

—Piedad, ¿seguro que no necesitas nada?

—No, cariño. No. Bueno, sí. Que te acuerdes mucho de mí y que estudies y que hagas lo que tengas que hacer, que tu tío es tu tío, no una cárcel.

—Sí, ya lo sé.

—Y por favor no le digas nada a nadie de dónde fui, ni de qué hice ni nada. No quiero que la gente hable más de mí, que ya bastante hablaron.

—Tranqui.

—Y a mi rapazón dale un beso enorme. Dile que le quiero mucho y ya sé que no tengo que tratarlo como un neno, pero invéntate algo, que tú siempre tuviste mucha imaginación.

—Vale.

Aunque no terminó de colgar me lanzó besos con la mano a través de la cristalera. Se puso de pie para que la viese bien y me sonrió aunque tenía los ojos rojos de tanto llorar. La gente no paraba de mirarla y luego me miraban a mí, pero no me distinguían a través del cristal. Pensaban que Piedad estaba loca. Yo la saludé con la mano.

—Gracias, Piedad. Que vaya muy bien.

—Y a ti también, cariño. Os quiero mucho.

Piedad no colgó y no sé por qué me quedé escuchando. Escuché que le decía a la camarera que no quería otro Aquarius, que todavía le quedaba en la lata, y la camarera le dijo que la invitaban y que se quedase el tiempo que hiciera falta, que ese día no iba el encargado. Estaba tan pendiente de Piedad que no vi a mi tío acercarse desde el fondo de la calle, y eso que era como ver un buey. Me quedé de piedra y como me pasa siempre, siempre que pasa algo, me quedé quieto. Amador miraba en cada local y en cada portal; yo no podía oírle, pero seguro que le sonaban las llaves y las monedas en el

bolsillo. Mi tío entró en la Viñayo y le vi jurar. Debió hacerlo muy alto porque se giró todo el mundo. Hasta ese momento no me di cuenta de que en la tele estaban poniendo el programa ese de las bombas de pintura. Por el vaho y por la gente apenas le pude leer los labios, pero Amador dijo cago en mi manto, cago en todo animal de pelo o cago en la virgen puta o cualquier juramento de los que se le escuchaban a mi padre. Cuando crucé la calle, Piedad me vio a través del cristal y me hizo un gesto con la mano para que no entrase. Que lo tenía todo controlado. Piedad abrazó a Amador y mi tío no paraba de llorar. Piedad lo abrazó más como una madre que como una novia. Ella le dijo a mi tío que se sentase con ella y entiendo que le pidió un calimocho en vaso de tubo y ella otro Aquarius y la gente volvió a la tele, a los periódicos y a las tapas. Piedad y Amador hablaron muy cerca el uno del otro y yo era incapaz de entender lo que decían. Bueno, más bien Piedad le hablaba al oído a Amador, y mi tío solo repetía vale y vale. También lloraba y se limpiaba los mocos con una servilleta de papel. Vale y vale. Y asentía, también asentía mucho mi tío. Piedad le agarró la mano peluda a mi tío y él le posó la otra mano encima a ella. Se quedaban en silencio y hablaban. Hablaban y se quedaban en silencio. Y se miraban a los ojos. A veces ella le tocaba la mejilla a mi tío, que tenía la barba dura como el lomo de un jabalí, y se volvían a mirar los dos a los ojos con los ojos llorosos. Hubo un momento en que Piedad debió mirar para mí a ver si seguía ahí y mi tío se mosqueó y me escondí. Y ya no sé qué pasó. Yo me metí en un bar de cerca, pedí una cerveza, me la saqué a la terraza y me pude encender el cigarro apoyado contra una columna mientras pensaba en lo que íbamos a hacer ahora que Piedad era libre y en cómo mi tío iba a sobrevivir sabiendo que su novia no iba a volver nunca.

Me tomé tres cervezas en el bar de cerca porque estaba situado de puta madre para ver salir a mi tío sin que él me viese. Quise seguirlo por si hacía alguna burrada pero debió salir cuando yo entré a pagar. Solo vi a Piedad, tenía los ojos llorosos y no me acerqué porque no me quería despedir dos veces. Se acercó al portal de su sobrina, miró el reloj y timbró al telefonillo. La sobrina esa asquerosa que tenía le debió decir que los guajes estaban acostados y que ya podía subir. Piedad tardó unos segundos en limpiarse las lágrimas y entró en el portal. Al toque me llegó un mensaje de ella. Cuídamelo.

Cuando llegué al coche mi tío estaba esperándome, pero no estaba nervioso ni ansioso. Le pregunté si había visto a Piedad y me dijo que sí. Se quedó agarrando el tirador de la puerta del coche sin decirme nada más. Dentro le insistí y solo se encogía de hombros. Salimos del descampado, cogí la rotonda del San Juan de Dios y directos a la carretera de Caboalles. Nadie lo decidió, pero yo tiré para casa. Mi tío solo miraba hacia el frente.

—¿No me vas a decir nada?

Amador me contestó otra vez moviendo los hombros para arriba de manera exagerada.

—Pues yo sí que la vi.

—Ya lo sé, ya.

—¿No vas a decirme nada? Que estoy más preocupado que la hostia.

Sin ni siquiera mirarme, Amador me respondió:

—Tú tranquilo y mira a la carretera.

Eso me lo decía, igual que me lo decía siempre mi padre, porque tenía la puta manía de mirar al copiloto cuando conducía en vez de mirar para la carretera.

—Mira al frente, por favor te lo pido.

DIECISIETE

Cuando llegamos a casa mi padre hizo como si no pasase nada. Como si mi tío y yo no llevásemos fuera dos días. La casa estaba limpia para no haberla limpiado yo y nos puso al día con las vacas. Todo estaba en orden, pero creía que Fosca se iba a poner de parto enseguida; andaba alejándose de las otras, tenía el ubre gordo y duro y le debió bajar el feto porque parecía una pera en vez de una vaca. Mi padre dijo que igual necesitaba ayuda porque era primeriza pero Amador creía que no, Fosca era de las vacas más duras que teníamos y mi padre le dio la razón porque en los asuntos de las vacas nadie le enfrentaba nada, y aun con todo, pariría al día siguiente como pronto. Mi padre dijo que habría que limpiar la cuadra, y Amador volvió a decir que no. Que, aunque fuese nueva, iba a parir bien en el verde, que era la forma que tenía mi tío de decir que Fosca iba a parir en los praos. Como no había nada en la nevera ni en la despensa, cogimos el Suzuki y fuimos los tres, en completo silencio, hasta un pueblín cerca de Pandorao. Pero no era un silencio triste, era un silencio normal, casi alegre. Yo nunca estuve en ese sitio pero estuve en muchos muy parecidos. Una casa de comidas de montaña con una bolera en la puerta que ya nadie usa y cubierta de malas hierbas. Mi padre no nos preguntó nada de lo que anduvimos haciendo mi tío y yo esos días. Cuando llegamos la paisana nos dijo que no tenía nada, que unos huevos fritos con un poco arroz y chorizo de casa y poco más. Nos puso el vino en jarrete y cenamos en silencio. Yo estaba tenso como una vara de avellano

porque veía a mi tío demasiado contento y a mi padre demasiado concentrado pero con miedo a que se le virase el genio. Todo lo que hacía mi padre me molestaba: el ruido al masticar, la manera de desmigar la hogaza y los sorbos al vaso de vino. Y eso que se esforzó, tenía pinta de no haber echado partida ninguna y no haber tomado nada en todo el día. Tampoco podría con todo el curro que había estando solo. Antes no nos llevábamos bien; ahora, después de lo que me contó mi madre, no sabía ni cómo tratarle. Él tampoco sabía qué hacer conmigo, supongo, pero a mi tío no hacía más que darle palmaditas en el brazo y decirle que íbamos a ir al estadio a ver el próximo partido de la Cultural porque era a las cinco de la tarde y así no hacía tanto frío y daba tiempo a volver a la noche para ordeñar. Supongo que pensaba que todo lo de la gilipollez de Piedad se había acabado y estaba contentísimo porque podíamos volver a nuestra vida de mierda de antes, pero el infeliz no se daba cuenta de que a lo mejor no había hecho nada más que empezar. Yo aún no sabía qué le dijo Piedad a Amador esa tarde, pero igual solo eran unas horas de calma antes de una tormenta peor que la anterior. Porque le dijera lo que le dijera Piedad, mi tío podía entenderlo hoy pero mañana no y, claro, volvería el no comer, el no salir del cuarto y el colgarse de la cuadra. Porque él era así, igual aceptó la noticia de que su moza no iba a volver hoy y mañana le metía fuego a lo primero que veía. Y si eso pasaba la culpa iba a ser mía. Vamos, ni cotizaba. Mi tío nos metió el pan para arrebañar en el plato a mi padre y a mí como si no estuviese triste. Como si lo de Piedad le hubiese dado igual. Le hizo un par de bromas a la paisana y le dijo que estaba todo muy rico a pesar de que el arroz era de tarrina, que escuchamos el microondas. Incluso mi padre le dejó tomar un café de pota en vez del descafeinado que le obligábamos a tomar siempre si lo veíamos pasado de rosca. Bajamos de Pandorao igual

que subimos, en silencio, mi padre conduciendo, Amador de copiloto y yo en el asiento de atrás entre azadas, sacos de pienso vacíos y periódicos viejos. Cuando llegamos a casa, mi padre dijo si echábamos un cigarro y yo que ni de coña y me subí al cuarto. Me pareció raro que mi tío se quisiese quedar, pero lo noté intentando hacer tiempo y queriendo quedarse solo con mi padre. Así que subí, si pasaba algo y yo no estaba delante igual hasta libraba. Cuando estaba en el descansillo, mi padre me gritó que igualmente había que limpiar la cuadra por la mañana, que nada de levantarse a las dos de la tarde. Pero si no me levanté a las dos de la tarde en la puta vida, cacho de desgraciado.

Me metí en cama, pero no me pude dormir. No hice más que dar vueltas y leer sin concentrarme, así que bajé las escaleras. La luz de la cocina estaba prendida y la puerta sin cerrar del todo. Llevábamos años queriendo arreglar la puerta y no lo hacíamos porque en verano la madera se hacía grande y la puerta no cerraba, y en invierno se hacía pequeñina y tampoco cerraba bien. En verano era un problema por las putas moscas y en invierno porque se escapaba el calor de la cocina. Me asomé a la rendija y vi a mi padre y a Amador hablando. El cenicero estaba lleno de colillas de tabaco negro. Solo hablaba Amador y mi padre escuchaba. Raro. Amador hacía frases completas y cuando se atascaba mi padre daba con los nudillos en la mesa como si fuese a arrancar una tonada. Nunca vi a mi padre escuchar así a su hermano ni poner esa atención. Tampoco vi nunca a mi tío con esas ganas de hablar. A veces mi padre le ponía una mano en el hombro y le miraba con cara de sufrido. De sufrido y de sufriente. Eso lo decía siempre Deotino cuando se emborrachaba el día del Corpus: yo soy un sufrido y un sufriente. A mi tío le escuchaba algunas palabras sueltas pero mal, así que

bajé unos cuantos escalones. Lo bueno de mi casa es que la madera de los escalones estaba siempre calentina y podías ir descalzo aunque fuera hubiese una helada de las que matan pardales. Me senté en el tachuelo que ya no nos valía para ordeñar y metimos en casa para decorar y escuché a mi tío. Amador le contaba a mi padre lo de Piedad, le decía que querer no es regalar anillos, que querer es dejar que la gente haga sus cosas. Y que él ahora tiene que quererme a mí, que Ramiro ya los cuidó bastante a ellos y tienen que aprender a estar solos. Amador, Luis y las vacas. Amador, Luis y las vacas. Como cuando eran rapaces. Y que hay que aceptar que el guaje marche cuando quiera marchar. Mi padre se encendió un cigarro cuando tenía otro recién prendido en el cenicero y solo decía me cago en mi puta vida. Me cago en mi puta vida. Pero no lo dijo enfadado, lo dijo arrepentido. Lo dijo como si supiese que nunca tuvo razón pero no pudiese hacer otra cosa. Mi padre dio tres golpes en la mesa y levantó la cabeza al techo para no echarse a llorar y lo supe porque hizo lo mismo que cuando se murió mi abuela. Echó varias bocanadas de humo sin dejar de mirar para el techo. Amador lo abrazó y yo nunca los vi abrazados. Mira que hice mal las cosas, coño, decía. Mira que las hice mal. Mi tío le dijo que no había que ponerse triste, que no pasó nada. Y mi padre le respondió que ya, pero es que éramos lo único que tenía. Así es la vida. Así es la vida, Luis. Así es la vida. Mi tío lo repitió varias veces, cada vez más bajo, como si ahora mandase él en la casa y no mi padre. Mi padre fue a abrir la puerta y yo subí como una garduña por las escaleras y aunque me crujieron los tobillos creo que no se dieron cuenta de que los escuché. Y si me escucharon tampoco les debió importar mucho. Por fin me enteré de lo que le dijo Piedad a Amador. Que querer no es regalar anillos, es dejar que la gente haga sus cosas.

El domingo siguiente, Amador entró en mi cuarto, subió la persiana y tocó el radiador a ver si estaba caliente. Me dijo que me pusiese la ropa de las vacas y cogiese las llaves del FZ que nos íbamos al prao a ver a Fosca. Le vi feliz y con energía y le hice caso, estuve a punto de decirle algo de lo que escuché la otra noche, pero pensé que mejor no, que igual era hacerlo más difícil. Cuando llegamos al prao se oyeron todos los cencerros de golpe, la mayoría de las vacas comían de unos fejes de hierba seca que debió dejar mi padre. Mi tío fue saludando a todas por el nombre y contándolas. Tardó mucho, pero se aseguró de que estuviesen todas y estuviesen todas bien. A poco que yo me entretuve a jugar con Carolín, mi tío me chistó metiéndome prisa. La loma estaba toda embarrada y con el hielo y el agua se formó una chapacierna que nos costó subir hasta con las madreñas. La Fosquina estaba escondida entre unas escobas. Tenía la cola rígida y hacia arriba y se levantaba y se acostaba todo el rato. Yo quise seguir avanzando, pero Amador me paró y me dijo que había que dejarla en paz. Luego me señaló la vagina.

—Está a punto la Fosquina. Tiene todo mojado y moco en la nación.

Mi tío seguía llamando nación a la vagina de las vacas igual que hacían los viejos de mi pueblo. Ni siquiera mi padre lo decía. El resto de vacas siguieron bramando y mi tío se quejaba de que mi padre no estaba atento, que el prao estaba arañao y que había que bajarlas a los pacederos de los Cucos, que él creía que venían unos días de no helar tanto y la hierba iba a estar jugosina. Amador me ordenó que llenase los comederos vacíos con los rulos que nos dio no sé quién mientras él iba revisando las pezuñas y viendo si alguna vaca estaba entelada de más. El Sansón y la Mori no me dejaban hacer nada porque lo único que querían era jugar. Mi tío se movía

como un sheriff por el prao mientras recorría la presa y se repetía que había que traer agua porque no iba a llover tanto y comprobaba que los comederos estuviesen llenos. Cuando no llevábamos allí ni tres cuartos de hora, oímos a Fosca, luego la Mori se puso a ladrar como una loca y el Sansón fue a la puerta a gruñir como si viniesen extraños. Subimos la loma todo lo rápido que pudimos y vimos a la vaca tumbada de lado con medio jatín fuera. El pobre estaba lleno de líquido y la Fosca se medio incorporó para romper el cordón y terminar de ayudarle a salir. Fosca heñía cada poco pero casi en silencio. Se levantó una última vez y el ternero salió del todo. Sonó el golpetazo contra la hierba. El jatín se quedó quieto y tumbado, aunque le daba algún temblorín. Fosca se puso a lamberle lo primero la cabeza y la nariz y mi tío me explicó, como si yo no lo supiese, que era para ayudarle a respirar. Amador se acercó y le levantó al jatín una de las patas traseras.

—Es becerrina. —Y la miró como si acabase de encontrar un tesoro—. Mira qué guapa es.

La jatina se sacudió. Sí que era guapa, sí. Fosca era nueva, pero lo hizo de puta madre. Amador confió en ella y ahora la miraba muy orgulloso, tenía el pecho como un palomo. La jatina se levantó poco a poco, sin equilibrio ninguno pero con mucha decisión. Aún estaba pegoteada, pero fue como una loca a por el ubre de la madre.

—Fosca también se levantó a la primera, ¿te acuerdas?

Pues claro que se iba a acordar, Amador recordaba todos los partos de todas las vacas de casa aunque no recordase nada más.

—Es que los hijos del erizo con púas salen.

La jatina se enganchó al teto y venga a mamar. La madre debía tener un calostro de la hostia y la jatina se estaba poniendo que ni los angelitos del cielo. Tuvo suerte la madre y tuvo suerte la hija. Mi padre decía que los animales tenían que dar el menor trabajo

posible y si le salían con problemas intentaba deshacerse de ellos, aunque mi tío nunca le dejaba. Había terneros que tardaban demasiadas horas en engancharse, o salían muy débiles y no eran capaces ni de levantarse, o tenían la lengua muy grande para mamar o la madre tenía poco calostro y había que suplementarlos con leche en polvo. Cuando eso pasaba, mi tío mezclaba el polvo de la leche con agua caliente y le ponía una tetina a un caldero para que mamasen. A veces, cuando yo era muy piquiñín, lo tomábamos nosotros también porque la mezcla era como beber miel de lo dulce que estaba. La jatina siguió como si nada, cuando paraba el flujo del calostro empujaba con la cabeza el ubre. Mi tío y los muy viejos del pueblo llamaban a eso somullicar.

—Como sea la mitad de buena que la Fosquina.

Amador empezó a hablarme a mí pero sin dejar de mirar a la jatina.

—Tú fíjate, qué milagro. —Cada vez que paría una vaca, él decía que era un milagro—. Es muy guapa y tiene pinta de buena. La voy a llamar Piedad.

Mi tío y yo empezamos a llamar Piedad a la jatina como si nos fuese a prestar atención. A mí al principio me pareció una gilipollez, pero luego cuando me lo escuché en voz alta me pareció un nombre precioso. Amador me dijo que las dejásemos un rato solas, a la hija y a la madre, que él venía luego a ver que todo iba bien. Hice un par de fotos con el móvil y bajamos la loma mientras mi tío volvía a contar todas las vacas nombrando a cada una y repitiéndose que estaban todas. El monte estaba precioso. Amador trancó el prao y, antes de subirnos al coche, me saqué el Alsa a Madrid.

AGRADECIMIENTO

Gracias a todos los amigos y lectores que pasaron por estas páginas antes y después de que se convirtiesen en una novela: Inés Pintor, Antonio Castrillo, Álvaro Azcárate, Amaya Muruzabal, Juan Rubio de Olazabal y Javier Pintor. Gracias a Alex Souto por responderme a cualquier duda sobre vacas y terneros y gracias a mi querido primo Alberto Rodríguez por los recuerdos, las preguntas y los nombres de los animales que fueron importantes.

A todo el equipo de Seix Barral y a Jesús Rocamora por encontrar cosas en esta historia que yo no sabía que estaban.

A Anxo Rojo por compartir el camino y a Juan Gómez Bárcena por ayudarme a encontrarlo.

A Viñayo y sus vecinos, por no dejarme marchar del todo.

La piedad
Jorge Begega

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la fotografía de la portada, Lauren Jones / Stills

© Jorge Begega, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2026

ISBN: 978-84-322-5142-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Table of Contents

Portadilla
Dedicatoria
Cita
UNO
DOS
TRES
CUATRO
CINCO
SEIS
SIETE
OCHO
NUEVE
DIEZ
ONCE
DOCE
TRECE
CATORCE
QUINCE
DIECISÉIS
DIECISIETE
Agradecimiento
Créditos